MI CIUDAD

ESCRITORES DE ESTADOS UNIDOS HABLAN DE SU LUGAR PREFERIDO

MI CIUDAD

ESCRITORES DE ESTADOS UNIDOS HABLAN DE SU LUGAR PREFERIDO

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

por Claire Messud

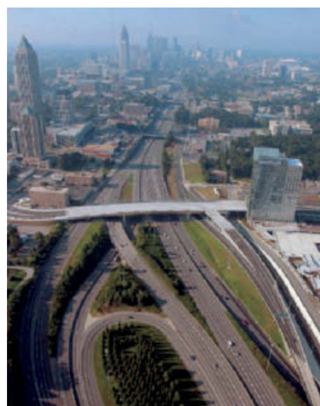


Claire Messud es autora de tres novelas y un libro de novelas cortas. Su título más reciente, *"Los hijos del emperador"*, figuró en la lista del *New York Times* de los diez libros de mayor éxito de venta de 2006. Ha sido dos veces finalista del Premio PEN/Faulkner Award y ha recibido becas de la Fundación Guggenheim, del Instituto Radcliffe y del Centro de las Humanidades de la Universidad de Harvard. Actualmente vive en Cambridge, Massachusetts, con su familia.

Más de tres cuartas partes de la población de Estados Unidos vive en una ciudad. En esta nuestra era de globalización, se puede caer en la tentación de decir que la experiencia de vida es igual en todos los entornos urbanos: los mismos rascacielos, trenes subterráneos, cadenas de tiendas; la misma densidad de construcción y de humanidad; la misma sensación de urgencia y determinación. Los ensayos incluidos en esta colección evidencian lo desacertada que sería esa suposición al presentar la tierra de ensueño que es Los Angeles para John Kellerman, el despertar animado del Miami que describe Edna Buchanan, las barriadas de mediados de siglo pasado del querido Brooklyn de Pete Hamill, los viaductos embrujados del barrio Pilsen del Chicago de Stuart Dybek, la belleza natural y la diversidad humana que hay en el Seattle de Charles Johnson, y los mitos presentes y pasados del Nueva Orleans de Richard Ford. Todos sus recuerdos y reflexiones evocan en nosotros la experiencia rica y única que es la vida en el medio urbano, y la manera en la que nuestra imaginación, nuestra identidad y nuestra historia literaria se entremezclan con las calles, edificios, olores y sonidos de una ciudad.

Las ciudades son una invención de nuestra mente, que creamos bien sea antes de conocerlas o cuando ya nos desesperan, y a base de los datos aislados que recogemos, de las historias que nos cuentan y de los autores que hemos leído. Fue así como David Bottoms, cuya niñez transcurrió en un pequeño pueblo del sur, dio vida a una Atlanta cosmopolita y Steve Stern redescubrió su Memphis natal a través de las fábulas a lo Bashevis-Singer de los judíos inmigrantes. El Boston que nos presenta Carlo Rotella es una ciudad poblada de fantasmas que descubre en sus recorridos nocturnos, donde se coexiste con garzas y coyotes, y donde los nombres de ciudadanos ya muertos adornan los parques y muelles como recordatorio de hechos banales y de hazañas. El Baltimore de Jonathan Yardley es una conversación literaria entre el pasado y el presente, empezando con Edgar Allan Poe hasta Anne Tyler.

La ciudad sólo existe en función de su relación con cada persona. Las ciudades desbordan de vidas y esa es, precisamente, la causa por la que carecen de vida propia o de realidad objetiva. No se puede decir que el Nueva York de Donald Trump es más o menos real que el Nueva York del vendedor ambulante oriundo de Karachi. Es por ello que nuestra imaginación es nuestra



Atlanta



Baltimore

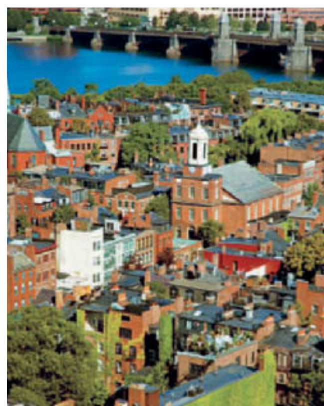
única llave al corazón de la ciudad. Una experiencia particular puede dar al traste con cualquier generalización. Aquello que se tiene por cierto puede ser refutado, lo que no quiere decir que sea falso.   Ello es lo que hace que el entorno urbano sea muy liberador, no sólo porque es la invención personal de cada uno de nosotros, sino porque hace posible nos reinventemos, un tema recurrente en los ensayos que se presentan a continuación.

Ser parte de una ciudad es, por consiguiente, una cuestión de elección. La ciudad acoge por igual al más indiferente que al más ferviente converso, al hijo adoptado que al natural del pueblo, al más compenetrado que al más distanciado; a todos por igual. Lo contrario sucede en los pueblos pequeños, donde el desarraigo y el desafecto te aíslan (en una entrevista del 11 de abril de 2010 en The Observer, Lorrie Moore recuenta en tono jocoso su experiencia en su pueblo adoptivo de Madison, Wisconsin : "Algunas personas consideraban que era criticona. Si escribes desde la perspectiva de un forastero, no pasa nada. Pero, después de hacerlo, tienes que salir de allí. Ese fue mi error, no irme del pueblo".) En cambio, la ciudad es por su naturaleza como el amante perfecto, se entrega sin condiciones, y mientras más le pides, más te da.

Sin embargo, y a pesar de su carácter mudable, cada ciudad tiene su propia personalidad, sus cualidades únicas y su ambiente. El sabor de su aire, la amplitud de sus calles, el ruido de la circulación de los automóviles, su historia, sus piedras, las conversaciones que se oyen por casualidad; la ciudad está compuesta de cosas concretas que nuestra imaginación no puede hacer desaparecer. De una manera misteriosa, cada uno de nosotros encuentra la ciudad de su vida, aun cuando le tome tiempo (como le sucedió a Edna Buchanan con Miami) o regrese al lugar de donde creía haber escapado (como le pasó a Steve Stern con Memphis).

Yo, por ejemplo, vivo ahora en Cambridge, Massachusetts, aunque suelo decir que vivo en Boston. Durante varios años, después de regresar a Estados Unidos de mi estancia en el extranjero, viví en Washington, D.C. Durante ese período, de 1995 a 2003, me sentía a disgusto en la ciudad, como en un exilio. No me sentía parte de la ciudad, pero tampoco quería ser parte de ella. Durante todos los años que allí residimos (por motivos de trabajo de mi marido y no del mío), miraba a mi alrededor e imaginaba que todos los demás pertenecían a la ciudad, ya fuera porque estaban en la política o porque eran del sur o porque habitaban en ese feliz estado donde se es parte de la ciudad, sin realmente serlo, algo muy propio de periodistas o diplomáticos destinados a un lugar por un plazo fijo en puestos de trabajo que implican una cordial pero a la vez distante convivencia con la ciudad.

Durante esos años, viví primero enamorada de Nueva York, mi amor inalcanzable y no correspondido (donde nunca he vivido, aunque he escrito una novela


Boston


Chicago


Houston


Los Angeles

que tiene lugar allí para consumar mi pasión), corriendo para allá cada vez que podía quedarme con amigos y solicitando puestos de empleo que nunca aceptaría. Cuando finalmente me cansé de Nueva York, dediqué el resto de mi tiempo en Washington a planificar mi escape. A instancias mías, nos retiramos primero a una colonia de artistas en Francia y luego pasamos tres meses en París. Acepté un puesto como profesora en Tennesse durante un semestre tras lo cual, a regañadientes, me llevé a mi marido al este de Massachusetts, donde pasamos dos años sin desvincularnos definitivamente de D.C., pues habíamos alquilado nuestro querido apartamento en Adams Morgan, localizado detrás del lamentablemente célebre hotel Hilton, donde solía nadar felizmente seis meses del año. (Y uso la palabra querido al hablar del apartamento, porque aunque oficialmente no me gustaba vivir en Washington, con el paso del tiempo, nos habíamos hecho una vida allí que disfrutaba). Después de Massachusetts pasé un semestre en Ohio, luego regresamos a Washington para vender el apartamento, dar una última nadada y emprender camino hacia el norte, a principios de un caluroso septiembre, en nuestro cargado camión U-Haul.

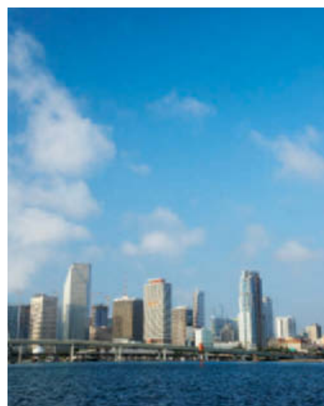
Si Washington fue la inestable relación de mis años treinta, Boston ha resultado ser el matrimonio avenido de los cuarenta. Estudié en un internado aquí hace muchos años con la consecuencia de que en mi vida tengo ahora trato con conocidos, pero que no llega a la amistad. Me reencuentro con antiguas compañeras que hace tiempo no veía en la peluquería, en el parque, y tras alegrarme de ver que aún respiran, sigo mi camino. Una vez más ha sido el trabajo de mi marido el que ha determinado el lugar donde vivo, pero ya no siento ningún resentimiento, disfruto de ir y venir a mi antojo, de coquetear con otras ciudades e imaginar otra vida, pero siempre con la seguridad de que somos, en definitiva, felices, y que la ciudad, si bien no me apasiona, es complicada, bella e interesante, bendecida con grandes obras de arte y música gloriosa, con islas secretas, con un río resplandeciente, con playas y montañas cercanas, y con un desbordado número de personas fascinantes , muchos de ellos jóvenes debido a las incontables universidades. Es una ciudad cuyo pasado es más ilustre que su presente, y ello da una sensación de alivio y relajación. En este sentido, se siente como Amsterdam.

Me siento fuera de sitio por muchas razones: no soy natural de aquí, no suelo participar en las tradiciones de la ciudad o de su gente, me mantengo lo que llamo una actitud profesional y desvinculada, y discurro por la bella superficie de la ciudad como un barquero sobre el agua de un estanque. Me maravilla el apego sincero de mis hijos por este lugar, el único que han conocido bien. Me encanta que sientan que pertenecen a esta ciudad, algo que yo nunca he experimentado, ni experimentaré. Le agradezco eso a Boston.

La pregunta que me hago es, si se hubiera invertido el orden de las ciudades, si hubiera experimentado a Boston con la impaciente reticencia de cuando tenía treinta años y hubiera acogido a Washington como hogar para mi familia, si no de mi corazón, ¿cómo hubieran influido las ciudades sobre mi experiencia de vida y cómo la habría condicionado yo? El Washington que guardo en mi memoria es aquel que forjó mi ser en ese momento de aspiraciones, desencantos y esperanzas, y de tantas otras cosas. Pero, también es cierto que me sentía ajena



Memphis


Miami


Nueva Orleans


Nueva York

a la flora y a la fauna de esa ciudad (el gran magnolio de brillantes hojas que se erguía frente al apartamento, los frondosos y húmedos recovecos del parque natural de Rock Creek, las cucarachas que plagaban las noches de verano en la calle 19, las ratas que danzaban sobre sus patas traseras en el césped frente al edificio de apartamentos), las condiciones del tiempo (los abundantes aguaceros, el calor africano), el movimiento somnoliento de sus habitantes, los virajes casi en el aire de los destartalados taxis a lo largo de las anchas calles vacías, el soñoliento centro de la ciudad con sus monumentales edificios blancos. Todo era extraño para mí y todo era agravado por mi distanciamiento.

Una ciudad está hecha de mitos, pero también de plantas, animales y ladrillos. En Boston, he descubierto los mapaches y los zorrillos, como los de mi niñez en Canadá, y hasta las estaciones del año reflejadas en los arces, desde el brote de sus hojas hasta la mudanza de color que es clave de su despliegue otoñal, guardan algo familiar para mí dentro de su particularidad. La manera en la que los rayos de sol caen en determinado ángulo, la luz fría y diáfana del invierno, el verde claro de la mañana estival, la bruma que envuelve como el amor, todo encuentra eco en mi memoria y, solo por ello, me hacen feliz. Existen fantasmas en las ciudades como los que menciona Carlo Rotella en su ensayo sobre Boston, pero para mí también existe el fantasma de mi yo adolescente, de la joven vestida con ropa algo gastada de segunda mano y corte de pelo disparejo que recorre los Jardines Públicos y la calle Newbury Street con la pandilla de chicas, tomando café y fumando cigarrillos de clavos de especia en Harvard Square, jugando a ser adultos, tomando mi primera bocanada de libertad. Ya no me molesta mucho ese fantasma, pero afianza mi seguridad de que esta ciudad es un lugar real.



Seattle



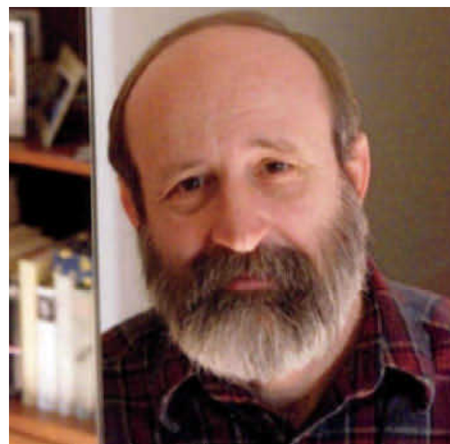
Washington, DC

En su novela, En busca del tiempo perdido, Marcel Proust escribe sobre el paisaje campestre de los paseos de su niñez que "constituyeron por siempre jamás para mí la imagen de los países en los que me gustaría vivir". Y añade: "ya sea porque la fe creadora está agotada en mí o porque la realidad tan sólo se forma en la memoria, las flores que se muestran hoy por primera vez no me parecen flores de verdad". Para que un lugar, y en particular para que una ciudad cobre vida, hay que poner nuestra fe en ella, en su realidad y en su relevancia. No es suficiente ser un turista que observa indiferente sus plazas y callejones. Hay que dar paso a sus mitos o, por lo menos, a los tuyos propios. Qué muchas son las oportunidades que nos proporciona este país para poner nuestra fe en los diferentes ritmos y realizaciones, en las abundantes y diversas realidades, y en los sueños que se guardan sobre una extensión que va desde desde Seattle hasta Houston, y desde Boston hasta Los Angeles. Los ensayos en esta edición son testimonio de la diversidad de vidas concretas e imaginadas que abundan y se desbordan en cada esquina, y de la agudeza e ingenio de cada mente.


ATLANTA

LA POESÍA EN LOS PUENTES

por David Bottoms



David Bottoms ha publicado siete colecciones de poesía, dos novelas y un libro de ensayos y entrevistas. Entre sus muchos premios figura el Premio Whitman, de la Academia de Poetas de Estados Unidos y el Premio de Literatura de la Academia de Artes y Letras de Estados Unidos. Es profesor distinguido de Literatura Inglesa en la Universidad Estatal de Georgia y poeta laureado de ese estado.

En una ocasión le preguntaron a Robert Penn Warren, autor que nació y creció en Guthrie, Kentucky, si se consideraba un escritor sureño. Su respuesta fue, ¿Qué otra cosa podría ser? Con ello quería decir que el lugar de su nacimiento y niñez había moldeado su personalidad de una forma definida e inamovible. Cada interacción suya con el mundo estaba influida por la historia y por el código social de su región. No es que siempre se sintiera orgulloso de esa historia o que siempre estuviera de acuerdo con ese código, pero su vida no era independiente de ambos.

El sur está plagado de una serie de ideas falsas que tienen personas de otras partes del mundo, por lo que todo escritor que haya nacido por debajo de la línea de jurisdicción de Mason-Dixon tiene que, eventualmente, hacer las paces con el mito y la realidad que es "El Sur". Ello supone hacer frente a verdades inquietantes sobre la intolerancia, la violencia y la explotación racial. No obstante, vale la pena recordar que estos defectos humanos no son exclusivos de nuestra región. El razonamiento más empleado versa sobre los terribles pecados de su pasado y su presente, aunque tiene buenas virtudes que lo caracterizan. No cabe duda de lo primero, pero lo mismo se puede decir de cualquier otra parte del mundo. Lo que distingue al sur de Estados Unidos es el hecho de que perdió una guerra que se libró mayormente por faltas de conducta moral imposibles de corregir. Este me parece un argumento particularmente convincente cuando se mira la obra de sus escritores. El sur es una región con un corazón herido que siempre va en pos de la trascendencia. Cuando la herida es cultural, las personas tienden a buscar remedio en la religión o en el arte. La aplicación más amplia de esta deducción es que el sur de la posguerra civil se ha convertido en una tierra de predicadores y poetas.

Es inevitable que a cualquier autor que se presente en público le pregunten cómo él o ella se hizo escritor. A todo escritor del sur le preguntarán cómo el lugar de su niñez ha influido sobre su obra. He reflexionado sobre estas preguntas porque siempre han sido un enigma para mí. Crecí en los años 50, a los pies de las montañas del norte de Georgia y nada hubo en mi familia o en mi comunidad que me hiciera pensar que algún día yo vaya a escribir una palabra en una página.

No provengo de una familia de lectores. Ni una sola vez durante mi niñez observé que uno de mis padres leyera un libro por mero placer. No era gente de libros. Eran hijos de la Gran Depresión y trabajaron toda su vida. La televisión era el único entretenimiento para el que disponían de tiempo. La mayoría de los libros que había en nuestra casa eran míos, y la mayoría eran



El Domo de Georgia. Página opuesta: el horizonte de Atlanta visto detrás de la calle 17th Street Bridge.







Arriba izquierda: La madrugada se anuncia en Atlanta. Tope: La marquesina del viejo Teatro Fox, en Atlanta. Arriba: Estreno de la película Lo que el Viento se Llevó, en el Gran Teatro Loew's, en la calla Peachtree, en el año 1939.

textos escolares. Mi abuela tenía unas diez novelas apiladas nítidamente en una pequeña estantería en su salón, dos de ellas eran ejemplares de Lo que el viento se llevó, de Margaret Mitchell, una edición de tapa dura y otra de bolsillo.

Lo extraño es que durante mi niñez sentía gusto por la lectura. Ello se debió mayormente a que mi madre me alentaba a ello y a una pequeña librería que pertenecía a mi maestra de segundo grado. Sin embargo, de niño dediqué la mayor parte del tiempo a los deportes, en mi caso, al béisbol. Jugar un deporte era algo que se esperaba de un niño de un pequeño pueblo como Canton, mientras que los libros, la música y el arte, y casi todo aquello que se calificaba como cultural, levantaba sospechas. Si no se frenaban esos intereses a tiempo, podrían eventualmente contravenir las doctrinas del cristianismo fundamentalista.

Vivíamos en el cinturón bíblico, y a veces parecía que vivíamos en la parte donde más apretaba, en la hebilla. La ironía es que mis memorias más tempranas sobre el lenguaje poético datan de mediados de la década del 50 y del sótano de la Primera Iglesia Bautista de Canton. Todavía recuerdo las filas de sillas de respaldar redondo colocadas frente al pizarrón de la escuela dominical donde los niños de la sección primaria se reunían para cantar en grupo. En ese salón fue donde por primera vez descubrí la belleza, las alabanzas y la angustia de los Salmos.

Aún entonces, cuando era sólo un niño de siete u ocho años, me conmovía algo de ese inglés arcaico y exótico que aludía a otro mundo divino. Me refiero, claro está, a la traducción de la Biblia del Rey Jacobo. Qué poeta podría superar el lamento afligido del Salmo 102: "Porque mis días se disipan como el humo, y mis huesos arden como brasas; mi corazón se seca, marchito como la hierba". Y el mensaje igualmente bello e infinitamente más esperanzador del Salmo 23: "El Señor es mi pastor, nada me puede faltar. Él me hace descansar en verdes praderas, me conduce a las aguas tranquilas".





Izquierda: El Teatro Fox, originalmente construído en la década de 1920, como sede del Templo Yaarab, de Atlanta, que combina la arquitectura islámica y egipcia.
Arriba: Niños juegan en la fuente del Parque Olímpico del Centenario, en Atlanta, construído para las Olimpíadas de 1996.

Otra fuente de poesía que me arropó con sus olas de letras e imágenes fueron los himnos que cantábamos en la iglesia. "«Roca de la eternidad, fuiste abierta para mí" u otro de mis favoritos, "Nos veremos en el río; en las márgenes del río, que frecuentan serafines". Mi abuela Bottoms graznaba estos últimos dos cánticos espirituales, constantemente y uno tra otro mientras hacía las labores del hogar. "Antes de llegar al río, nuestra carga dejaremos" y también "una mañana feliz cuando esta vida termine, me iré volando". Una buena idea. Estos salmos y cánticos espirituales, expresiones de esperanza para muchos sureños de pueblos pequeños, constituyeron mi primera experiencia del lenguaje como arte. Fueron también mis primeros encuentros con el sentido figurado del lenguaje, con un lenguaje que intentaba trascender la realidad. Fueron, de muchas maneras, la iniciación que sólo pude haber recibido en un pueblo como Canton.

Desde tiempos de antes de la guerra, Atlanta ha alardeado de haber hecho la transición de ciudad de comercio regional a una con influencia en la esfera internacional.

Atlanta, a unas 40 millas al sur por la carretera número 5, era un lugar radicalmente diferente. Era un lugar de cultura. Tenía museos, bibliotecas, universidades, galerías de arte, una orquesta sinfónica. Allí estaba situada la casa de las leyes y bajo su cúpula dorada los legisladores elaboraban las disposiciones que regían el estado. Pero aparte de todo ello, Atlanta tenía una historia que había evolucionado hasta convertirse en un poderoso mito.

Durante mi primera infancia, el primer acontecimiento histórico que me dejó realmente impresionado fue el de la Guerra Civil en Estados Unidos. En la escuela primaria, los libros de texto de mis compañeros estaban cubiertos de dibujos de la bandera del ejército confederado y, en casa, mi abuela me narraba historias de las mujeres que había conocido durante su niñez que habían visto pasar las tropas incendiarias de Sherman por Georgia. Mi experiencia distaba



El Capitolio Estatal de Georgia, completado en 1889, es un lugar histórico en la arquitectura del siglo XIX en Estados Unidos.



de ser única y, todo ello me unía a mis amigos en una identidad común, sin que supiéramos mucho de las verdaderas causas y luchas de esa guerra. Las cosas eran, sencillamente, tal como eran, e inexplicablemente nos sentíamos parte de una cultura donde la raza negra vivía y trabajaba en un lado del abismo y los blancos en el otro. Todo tenía que ver con la historia, y nuestro primer vínculo con esa historia era la ciudad de Atlanta, un lugar misterioso que no muchos de nosotros había visitado.

Mi primer recuerdo de esa ciudad fue una visita al teatro Fox. Tenía 12 años cuando la madre de mi mejor amigo nos llevó a la matiné para ver la película Lo que el viento se llevó. El teatro era sencillamente el edificio más exótico que había visto. Se había construido en los años 20 para la organización Shriners de Yaarab, de Atlanta, y su mezcla de arquitectura islámica y egipcia hacían del edificio una extraña presencia en la calle Peachtree.

La película que disfrutamos ese domingo era exótica, pero de una manera diferente. Lo que el viento se llevó ganó popularidad por el mito de mostrar “la causa perdida” y por los confederados que libraron la guerra para preservar los valores del Viejo Sur. Mis compañeros y yo nos lo tragamos todo, o gran parte de ello, aunque nos inquietaba la sensación de que algo no estaba bien en esa película, de la misma manera que algo no estaba bien en la sociedad en la que vivíamos. Un grupo de sureños, los que vivían al otro lado del abismo, veían la historia desde una perspectiva totalmente diferente y se congregaban alrededor de una figura que escuchaban hablar desde un púlpito en Atlanta, una voz que empezaba a tender un puente cultural. Ese púlpito era el de la Iglesia Bautista Ebenezer, en la avenida Auburn y la voz era la del doctor Martin Luther King Jr.

Lo raro es que, mis propios experimentos con el lenguaje y la poesía comenzaron alrededor de la fecha en la que por primera vez tomé conciencia del Movimiento de Derechos Civiles. En parte fue una mera coincidencia, claro está, era sólo un adolescente que empezaba a estar al tanto del mundo, y sentía que era necesario expresar mis sentimientos sobre el papel. Si bien recuerdo,



Tope: La original Iglesia Baptista Ebenezer, en Atlanta, es donde Martin Luther King Jr. y su padre fueron pastores. Arriba: Los visitantes del Centro Nacional Histórico Martin Luther King Jr. caminan por la Avenida Auburn durante el feriado nacional para celebrar la fecha del nacimiento, el 20 de enero, del líder de los derechos civiles en Estados Unidos.

un número muy grande de esos primeros intentos en la poesía versaron sobre la injusticia social, la injusticia racial y cosas por el estilo.

Mi generación es la última que vivió en un sur segregado y, en las calles del Canton de los años 50 y principios de la década del 60, rara vez ví a una persona de raza negra. De hecho, nadie hablaba mucho sobre el tema de la raza. Lo que aprendí del Movimiento en mi adolescencia me llegó en fragmentos del noticiario por televisión.

Varios nombres comenzaron a sonarme familiares — Martin Luther King Jr., Joseph Lowery, Andrew Young — pero la información que podía obtener sobre la lucha de los afroestadounidenses era superficial. Sin embargo, estos datos aislados sirvieron para reforzar las preguntas que tenía sobre el statu quo en el sur, y también provocaron en mí sentimientos de empatía que me hicieron leer libros como Blues para Míster Charlie, de James Baldwin y El hombre invisible, de Ralph Ellison.

Durante la mayor parte de mi adolescencia, la lucha por los derechos civiles fue algo que sucedió en Atlanta y en otras grandes ciudades. La gente que yo conocía no tenía idea de lo que pasaba en las iglesias locales de feligreses negros o la escuela Ralph Bunche, y todos quedaron pasmados cuando la comunidad afroamericana intentó eliminar la segregación en el teatro de Canton. Hubo algún incidente de violencia, volcaron un automóvil en la calle y amenazaron con hacer algo, pero nadie fue herido de gravedad. Este fue el alcance de mi experiencia personal con la lucha de los derechos civiles. Atlanta era mi conexión, mi puente a una mayor toma de conciencia sobre la comunidad humana y el creciente papel que en ella yo habría de desempeñar.

Y hablando de puentes. Mi esposa y yo hace poco vimos un segmento por televisión en el que un niño le preguntó al presidente Obama por qué tanta gente lo odiaba. El presidente le abrazó y le dijo que eran cosas de la política y que la gente realmente no lo odiaba. Fue un momento revelador, un recordatorio doloroso de que alguna gente se ha quedado a la zaga, pero un recordatorio esperanzador de los puentes firmes que se han tendido. El presidente Obama no fue elegido solo por los afroestadounidenses, sino por todos los estadounidenses.

Hace varios años, una joven escritora me preguntó que por qué no había escrito más sobre las razas. Vacilé un momento y le dije que todos los poemas son sobre la raza porque, en algún plano, todos los poemas versan sobre la humanidad. En realidad, el mensaje que he tomado de la poesía es el siguiente: Solo se tiene una vida, una sola vida con infinidad de variaciones. Todos compartimos una vida, nacemos, tenemos aspiraciones, luchamos, buscamos el sentido de la vida y morimos. La poesía es el arte de la metáfora, que es el arte de establecer conexiones, el arte de descubrir puentes. El gran mensaje de la poesía es el que nos habla de todo lo que tenemos en común, de nuestra fundamental condición humana y de lo que significa ser una criatura de la raza humana en nuestro momento determinado.


Una niña copia los epitafios en la cripta de Martin Luther King Jr. y su esposa Coretta Scott King.



Mientras estallan los fuegos artificiales la exhibición de un gigantesco durazno marca el comienzo del año nuevo, en el famoso distrito de Underground en Atlanta.


BALTIMORE

LA VIEJA CIUDAD DE BALTIMORE

por Jonathan Yardley



Jonathan Yardley nació en 1939 en Pittsburgh. Se graduó en 1961 en la Universidad de Carolina del Norte, donde fue redactor del periódico estudiantil, The Daily Tar Heel, en 1960 y 1961. En 1968 y 1969 Yardley fue becado Nieman de Periodismo en la Universidad de Harvard. Trabajó en 1978 en el diario *The Washington Star* como editor de libros y estuvo allí hasta el cierre del periódico en 1981, cuando llegó a ser crítico de libros para el diario *The Washington Post*, puesto que ahora ocupa. En 1981 recibió el Premio Pulitzer a la Crítica Distinguida.

Baltimore, una de las ciudades principales más antiguas de Estados Unidos y la más grande en el estado de Maryland, tiene una historia literaria poco común. Numerosos escritores han vivido en Baltimore en el curso de los años, algunos de ellos muy distinguidos, y mucha actividad literaria todavía se da allí, pero uno puede contar con los dedos de la mano a los verdaderos "escritores de Baltimore", ésos cuyo tema principal es la ciudad y sus habitantes. A diferencia de Chicago y Los Ángeles, ciudades que han inspirado a numerosos a escritores y han creado sus propias y distintivas tradiciones literarias, el viejo Baltimore es como un hijastro literario.

En muchos aspectos Baltimore es un pequeño gran pueblo. Sus vecindarios tienden a ser insulares, cada uno con carácter y tradiciones distintas, y aunque su importancia como puerto y centro industrial ha disminuido considerablemente, todavía es una ciudad de clase obrera. Por generaciones ha mantenido un complejo de inferioridad con respecto a las ciudades más grandes al norte y al sur: Nueva York, Filadelfia y Washington; lo que probablemente sirve para explicar su sospecha de los forasteros y su reticencia a recibir a los recién llegados. Yo viví allí en las décadas de 1980 y 1990 y me resultaba muy cómodo, pero pude haberme quedado allí otros dos o tres siglos y probablemente aun así no habría sido considerado un baltimorense verdadero.

Todos estos aspectos del carácter de Baltimore pueden hallarse en la obras de los cuatro "verdaderos escritores de Baltimore" H.L. Mencken, Russell Baker, Anne Tyler y Laura Lippman, y voy a referirme a ellos. Primero, no obstante, debemos dar un vistazo rápido al pasado y el presente literarios de Baltimore.

Su historia literaria empieza en septiembre de 1814, cuando un joven ciudadano de Maryland llamado Francis Scott Key, de pie en la plataforma de una balandra observó el bombardeo británico del Fuerte McHenry, en la entrada al puerto. Le conmovió tanto ver la bandera de Estados Unidos alta y erguida durante la batalla, que escribió un poema, al que llamó The Defence of Fort McHenry, y que fue publicado en un periódico de Baltimore poco después la batalla. Lo combinó con una melodía llamada To Anacreon in Heaven, que muchos estadounidenses aún hoy consideran imposible de cantar, pero que ha sido el Himno Nacional por casi un siglo y es conocido universalmente como The Star Spangled Banner.

Casi 20 años después de que Key escribiera su poema, el primer escritor verdaderamente famoso llegó a Baltimore. Edgar Allan Poe vivió en Baltimore



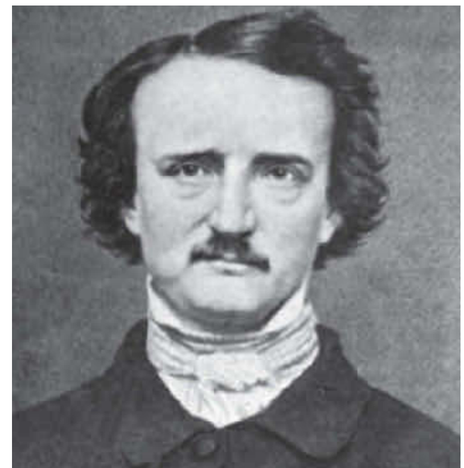
La pintura muestra a Francis Scott Key, que compuso "The Star Spangled Banner", el himno de Estados Unidos, luego de ver flamear la bandera en el puerto de Baltimore durante la Guerra de 1812. Página de enfrente: El venerable U.S.S. Constellation en el puerto de Baltimore, en 2004.

durante tres años, a partir de 1832 y escribió poemas y cuentos mientras estuvo allí; pero en Baltimore, como en todas partes donde vivió, resultó empobrecido y embriagado. Poe es más célebre en Baltimore no por haber vivido allí sino por haber muerto allí, en 1849, cuando se detuvo allí en ruta de Richmond a Filadelfia. Fue enterrado cerca del centro de la ciudad, y su tumba continúa atrayendo a los turistas. Cada año, en el aniversario de su muerte, un misterioso "aficionado nocturno de Poe" deja rosas rojas y una botella de coñac en la lápida. La identidad de esta persona es un secreto muy guardado y el ritual es ahora una querida tradición de Baltimore.

Poco de interés literario ocurrió en Baltimore en el resto del siglo XIX, pero en el siglo XX cuatro escritores importantes — James M. Cain, Dashiell Hammett, F. Scott Fitzgerald y John Dos Passos —pasaron allí períodos significativos. Cain trabajó para el periódico The Baltimore Sun a principios de la década de 1920 y llegó a tener amistad con Mencken, que entonces redactaba la importante revista nacional The American Mercury. Mencken alentó las ambiciones literarias de Cain, que para cuando se mudó a California en la década de 1930 resultaron ser obras pioneras de ficción detectivesca "cruda y cínica", entre las que estaba The Postman Always Rings Twice y Double Indemnity.

Un escritor cínico aún más importante, Dashiell Hammett, llegó con su familia a Baltimore alrededor de 1900 a la edad de 6 años. Dejó la escuela a los 14 y tuvo una sucesión de trabajos, el más importante como detective de Pinkerton. Salió de Baltimore cuando aún era joven y la ciudad no figura directamente en sus famosas novelas — The Maltese Falcon y The Thin Man — pero su experiencia en Pinkerton sentó las bases para estas y sus muchos otros libros y cuentos.

Scott Fitzgerald llegó a Baltimore en 1932 porque su esposa, Zelda, recibía tratamiento psiquiátrico en una clínica allí, y se quedó aproximadamente cinco años. Decía que adoraba a la ciudad, y en ella escribió partes de su obra Tender Is the Night, pero su alcoholismo se acrecentaba y sus años en Baltimore no fueron productivos. En cuanto a John Dos Passos, había dejado ya bien atrás la mejor de sus obras — la famosa trilogía, U.S.A. — cuando llegó a Baltimore en 1952. Vivió allí hasta fin de su vida dos décadas más tarde, pero no escribió nada de importancia y parece que se conformó con una vida doméstica tranquila.





Tope: Una foto de Edgar Allan Poe. Arriba: Desde 1949 un misterioso visitante cada año deja un ramo de rosas y una botella de Cognac en la tumba de Poe, para conmemorar el aniversario natal del escritor, el 9 de enero.



H.L. Mencken



Russell Baker



James M. Cain



Dashiell Hammett



F. Scott Fitzgerald



Uno de sus vecinos, como se indica en el sitio web útil aún inacabado The Baltimore Literary Heritage Project, fue Ogden Nash, el más grande de todos los escritores estadounidenses de verso ligero. Se mudó a la ciudad en 1934 al casarse con una mujer de Baltimore y lo hizo su hogar hasta su muerte en 1971. Fue feliz allí y fanático entusiasta de sus equipos profesionales de futbol y béisbol, pero la ciudad casi no influyó en su verso, su verso (Candy is dandy,/ But liquor is quicker) que ciertamente es maravilloso.

La actividad literaria en Baltimore hoy día se concentra en los programas de redacción en la Universidad Johns Hopkins Universidad y el Colegio Universitario Goucher. Varios escritores que tienen obras publicadas han enseñado en estos programas, y unos cuantos de sus estudiantes han tenido carreras literarias, pero Baltimore en sí no tiene casi nada que ver con ellos más allá de ser un lugar donde viven los maestros y estudiantes. Los programas de redacción de colegios universitarios y universidades son ahora una realidad central de la vida literaria estadounidense, y no siempre una realidad bien acogida, ya que alientan la falsa promesa de que cualquiera puede ser un escritor y tienden a producir ficción de factoría en la que los escritores suenan muy parecidos unos a otros.

Desde el puerto de Baltimore se muestra el paisaje de la ciudad más grande de Maryland.



Tope: Panorámica del Inner Harbor. Arriba: En la década de 1980 el Inner Harbor fue revitalizado y es el principal atractivo turístico de la ciudad, y uno de los lugares más apreciados. Entre sus atractivos figuran el Acuario Nacional, el Centro Espacial de Maryland y una variedad de restaurantes y tiendas.



John Dos Passos



Laura Lippman

Una presencia diaria en las vidas de los escritores de la ciudad es el diario The Baltimore Sun, que en las primeras décadas del siglo XX fue uno de los mejores periódicos y de mayor influencia en Estados Unidos. Entre 1910 y 1995 había dos ediciones del mismo, matutina y vespertina, y por redacciones desfilaron los mejores periodistas estadounidenses, de los cuales dos de los más famosos y respetados aún hoy son Henry Louis Mencken y Russell Baker.

Nadie contribuyó más que Mencken a la alta reputación nacional que una vez tuvo el diario The Sun. Luego de ser aprendiz en un par de periódicos más pequeños de Baltimore, Mencken llegó a The Sun en 1906 y estuvo conectado con el diario hasta su muerte en 1956. Fue reportero, redactor y ejecutivo de la compañía, pero principalmente fue columnista y crítico, y en ambos papeles tuvo un efecto en la vida cultural estadounidense que no puede exagerarse. Su prosa era fuerte, original, inventiva e inimitable (aunque muchos la han tratado de imitar), y sus opiniones eran feroces. Sus columnas para The Sun se transformaron en ensayos para The American Mercury, que a su vez se compilaron en libro tras libro.

Baltimore tuvo un valor incalculable para Mencken. Su juventud en esa ciudad fue el tema de sus tres memorias clásicas (Happy Days, Newspaper Days y Heathen Days, todas todavía a la venta), y aún cuando en la década de 1920 fuera el periodista, crítico y ensayista más famoso del país, Mencken resistió la tentación de mudarse a Nueva York. A excepción de su breve matrimonio en la década de 1930 (que terminó con la muerte temprana de esposa), vivió en la casa donde había nacido, y su vecindario de la calle Hollins fue el centro de su mundo. Pero por provinciana que su vida personal pueda haber sido, fue el crítico literario más influyente de su día, e hizo más que cualquier otro estadounidense para sacar al país de los páramos del puritanismo cultural y llevarlo a la edad moderna.

Mencken era todavía una presencia vívida en The Sun cuando Russell Baker llegó allí en 1947, recién salido de la universidad, pero no hay razón para creer los dos se hayan conocido jamás. Mencken tenía fama mundial y Baker era sólo un reportero de noticias policíacas. Trabajó en The Sun varios años, llegó a conocer bien la ciudad bien y refinó un talento de escritor que, aunque totalmente diferente al de Mencken, fue de altura comparable. Cuando se fue al diario The New York Times en la década de 1950, realmente reveló su propio talento, primero como reportero y luego como autor de una columna inmensamente popular, “Observer”, que se enfocaba en la vida ordinaria en vez de los grandes acontecimientos y estaba escrita en un estilo irónico y no estridente.

A Baker se lo considera un verdaderos escritor de Baltimore debido a sus dos memorias, Growing Up y The Good Times. La primera es la historia de su niñez en Baltimore y la segunda concierne substancialmente a su tiempo como aprendiz en The Sun. Growing Up es ampliamente considerada una obra maestra de las autobiografías estadounidenses, mientras que The Good Times recuerda una vida periodística ahora perdida para siempre y un Baltimore





Tope: Vista aérea del centro de Baltimore.
Arriba: Fells Point, una histórica comunidad en la ribera de Baltimore.

disipado que ahora es bastante difícil de encontrar a la sombra de las torres de oficinas altas y modernas.

Otra escritora de Baltimore que entró a la profesión por medio del diario The Sun es Laura Lippman. Hija de un prominente editorialista y columnista de The Sun, trabajó en el diario durante la década de 1990, cubriendo una amplia variedad de puestos y desarrollando un conocimiento especial del mundo del crimen de la ciudad, un mundo conocido internacionalmente por dos series de televisión, Homicide: Life on the Street y The Wire. Al final de la década de 1990 Lippman comenzó a escribir novelas acerca de un reportero de prensa llamado Tess Monaghan que se convirtió en detective privado. Las primeras dos, Baltimore Blues y Charm City, fueron publicadas como originales en libro de pasta blanda en 1997.

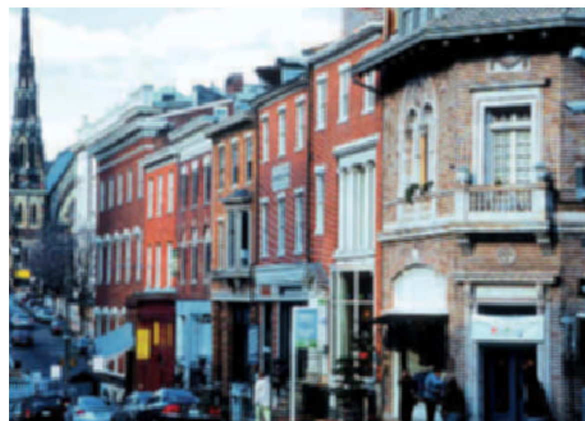
Desde entonces Lippman ha publicado otros15 libros, novelas de misterio de Tess Monaghan y lo que ella llama novelas "autónomas". Un admirable ritmo de producción, y lo que es aún más notable, es el alto nivel de calidad que ha mantenido. Todavía se llama a sí misma una "novelista de crimen", pero ella es mucho más que eso. Crea personajes con gran habilidad, le da vida a Baltimore como personaje mismo, escribe excepcionalmente bien, y se ocupa de temas serios. Tiene muchos años por delante y todos sus admiradores tienen mucho que anticipar en cuanto a sus obras.

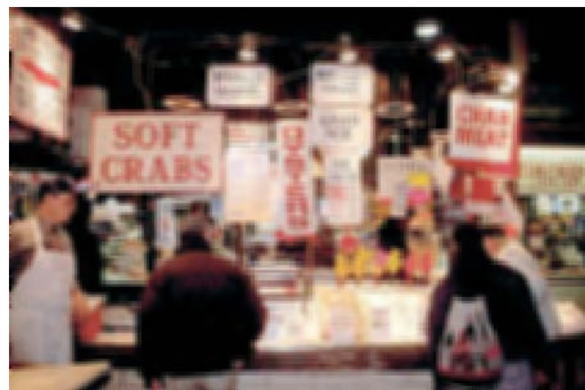
Por último, está Anne Tyler. Ella es la excepción de la regla de que Baltimore no acoge a los fuereños. Llegó a la ciudad a principios de la década de 1960, cuando tenía 20 y tantos años, se casó y tuvo dos hijas y fue autora de una primera novela bien recibida, If Morning Ever Comes. No fue sino hasta 1974, con su cuarta novela, The Clock Winder, que Baltimore surgió como escenario para su ficción. Y desde entonces lo ha sido. Desde el principio reveló una simpatía profunda por las agradables excentricidades y rarezas de la ciudad, y desde el principio sus conciudadanos de Baltimore le acogieron a ella y a su visión de la ciudad, y la hicieron una de ellos.

En la década de 1980 Tyler llegó a ser una novelista de gran éxito de ventas en el país con sus dos libros más famosos (y mejores), Dinner at the Homesick Restaurant y The Accidental Tourist. Ahora, con más de 60 años, continúa escribiendo constantemente y finaliza una nueva novela aproximadamente cada tres años. Estas reciben invariablemente elogios de los críticos y tienen éxito popular. Su reputación al principio de su carrera fue como escritora literaria, y ha mantenido altas nomas literarias al tomar su lugar entre los escritores estadounidenses más queridos y populares de su época. Rechaza toda entrevista y otras formas de publicidad, una política notable y admirable en esta era de incesante autopromoción

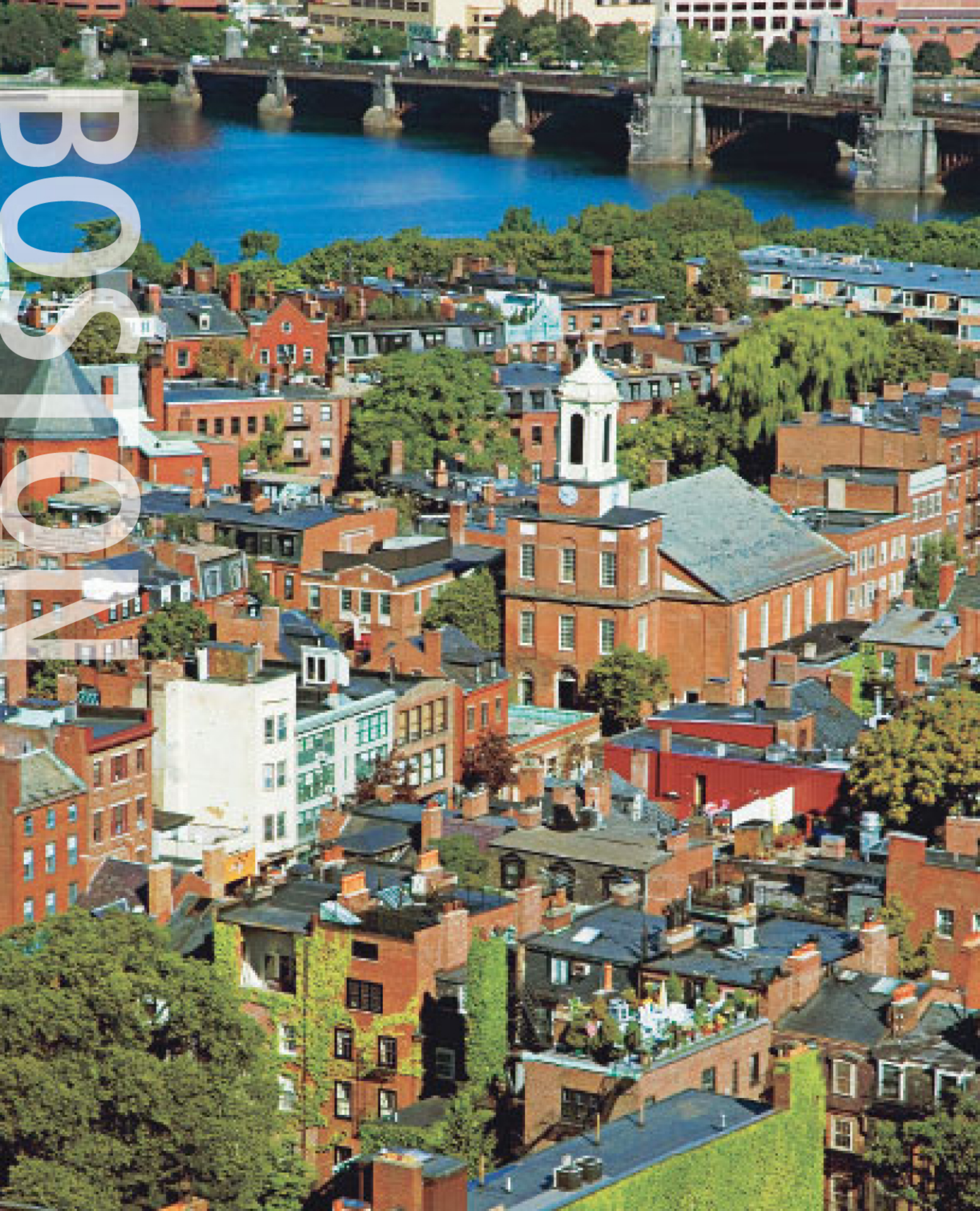
Tyler (por su novela Breathing Lessons) y Russell Baker (por Growing up) son los únicos dos escritores de Baltimore que han ganado Premios Pulitzer de Literatura. Sus posiciones en el firmamento literario estadounidense están tan aseguradas como las de Mencken, y Laura Lippman seguramente va a unirse a ellos.







Tope: Los Camden Yards, sede del equipo de beísbol Baltimore Orioles. Centro: Mount Vernon es un pintoresco e histórico vecindario en Baltimore. Arriba: El Mercado de Lexington, en el centro de Baltimore, es uno de los mercados más antiguos del mundo. Fue establecido alrededor de 1782.


BOSTON

FANTASMAS

por Carlo Rotella



Carlo Rotella es el autor de *Cut Time, Good with Their Hands*, y *October Cities*. Escribe regularmente para la revista del diario *The New York Times Magazine*, para la revista del diario *The Washington Post Magazine*, *The Boston Globe, Slate* y para WGBH, la estación de radio y televisión pública en la zona de Boston; su obra también ha sido publicada en *The New Yorker, The American Scholar* y en *The Best American Essays*. Es director de estudios estadounidenses en el colegio universitario Boston College

Recientemente mi hija Ling-li, que tiene ocho años, ha sido amenazada por fantasmas. Comienzan a reunirse a la hora de acostarse, dispuestos a invadir sus sueños. En la profundidad de la noche, despertada por una pesadilla particularmente activa, luego de una serie de otras menores, recorre a tientas el pasillo hasta mi dormitorio y se pone a mi lado en la cama. "Tengo pensamientos malos", dice en la oscuridad, con la voz baja, "trae todo". Yo soy el experto residente en materia de sueños malos, dado que los he padecido toda mi vida: vistas a medias, bestias babeantes que pasan por puertas en la que el seguro no sirve y por ventanas demasiado pequeñas para encajar en el marco; una larga caminata por los corredores del infierno con un bate de beisbol al hombro; la misma horrible película en cada canal y el aparato de televisión que no se apaga, y de alguna manera, yo aparezco en la película. La técnica es un antídoto para el miedo, eso lo he aprendido, por lo que enseñé a Ling Li, cuando era muy pequeñita, que un aliado puede entrar en los sueños trayendo equipos especiales que uno puede usar para repeler diversas amenazas, y que eventualmente, a medida que crece el poder como soñador, uno se puede manejar mejor con la intervención del aliado y entrenar a la mente que sueña para producir el equipo cuando se lo necesita.

En el transcurso de los años hemos armado juntos un arsenal para su uso que contiene una red para atrapar monstruos; un extintor de incendios, que lo añadimos en el periodo en que temía al fuego; un castillo volador y un caballo alado para llegar ahí; un traje resbaloso, para engañar a los malvados que siempre tratan de atraparla para llevársela a sus guaridas extravagantemente desdichadas. Hace poco hemos agregado una piedra pequeña y lisa que se guarda en el bolsillo. Cuando los fantasmas aparecen uno empuña la piedra, que provoca que un viento fuerte surja, que hace que esos diáfanos hijos de perra salir rajando lejos, aullando de frustración. Pero lo cierto es que he llevado mi caso, en favor de mi propia destreza, un poco demasiado lejos; en lugar de entrenarla a que lleve esos instrumentos en su propio sueño, ella prefiere despertarme para pedirme que sea yo quién se los lleve, como si yo fuera su encargado de llevar sus armas, o su abogado.

Las preocupaciones de Ling-li con los fantasmas datan de un reciente viaje familiar que hicimos a isla Georges, en el puerto de Boston. Nos pasamos unas cuantas horas explorando el Fuerte Warren, donde fueron recluidos los prisioneros confederados durante la Guerra Civil [estadounidense]. No hay duda que algunos de ellos perecieron en ese lugar. Tomados de la mano, transitamos a ciegas las galerías oscuras en lo hondo del fuerte, sintiendo con



El U.S.S. Constitution, la nave comisionada más antigua de la Armada de Estados Unidos, realiza su visita anual al puerto de Boston. Enfrente: Una vista aérea a lo largo del rio Charles captura la variedad de los estilos arquitectónicos de Boston.



nuestros pies las irregularidades del piso de piedra lisa, tensionados en busca de una mancha clara en la negrura, aliviados enormemente cuando la luz del teléfono celular de un visitante emitía a lo lejos un brillo verdoso, escueto. En el viaje de retorno en la barcaza, Ling-Li y Yuan, su hermanita pequeña (que no tiene miedo a los fantasmas), se sumaban al grupo de chicos en el pasamanos de la proa en la acuosa luz solar de septiembre, gritando felices al viento, mientras la nave se abría paso en el oleaje de otras naves. De regreso en tierra, pasamos caminando frente a las oficinas de una compañía que auspicia visitas a las casas embrujadas de Boston. Ling-Li se aproximó al anunciador, que con un sombrero tarro en la cabeza, parado fuera frente a un atril, vendía su negocio. Al principio, simulando un acento arcaico y con gestos ruinosos, se negó a confirmar o negar que los fantasmas fueran reales, pero al fin, a fuerza del interrogatorio, le dijo que él mismo era un fantasma. Ella absorbió la noticia sin hacer comentarios, y nos marchamos del lugar. El encuentro con el bullicio en la gira por la era Victoriana fingida y lo lúgubre del fuerte, al juntarse, despertaron el actual ciclo de fantasmas en su vida de sueños.

Cuando la gente me pregunta qué es lo que me gusta de Boston, en general respondo que es su vejez (para una ciudad del Nuevo Mundo) y que se puede ir caminando a casi cualquier lugar. Ninguna de esas cualidades es típica en la vida de una ciudad de Estados Unidos. Yo me crié en Chicago, una ciudad que ahora más me parece un experimento, modelo ciclópeo de un juego de trenes apenas instalados hace pocos días en la pradera. Todas las pirámides y catedrales de mi niñez se levantaron y cayeron durante la memoria viviente, los proyectos urbanísticos de muchos pisos marchando a lo largo del borde de la autopista, las monumentales ruinas de las acerías y fábricas hundiéndose lentamente en la alta hierba de la pradera, que poco a poco se adueña de un solar abandonado en Chicago. Y Chicago se extiende a



Los veleros surcan las aguas del muelle de Boston. Arriba. La Antigua Casa del Estado, construída en 1793, es el edificio público más viejo que quede en Boston.

lo ancho del panorama plano del medio oeste en una escala tan gran grande e inhumana que una noche ventosa de febrero parece que un destino a apenas ocho cuadras de distancia yace justo sobre la curvatura de la tierra.

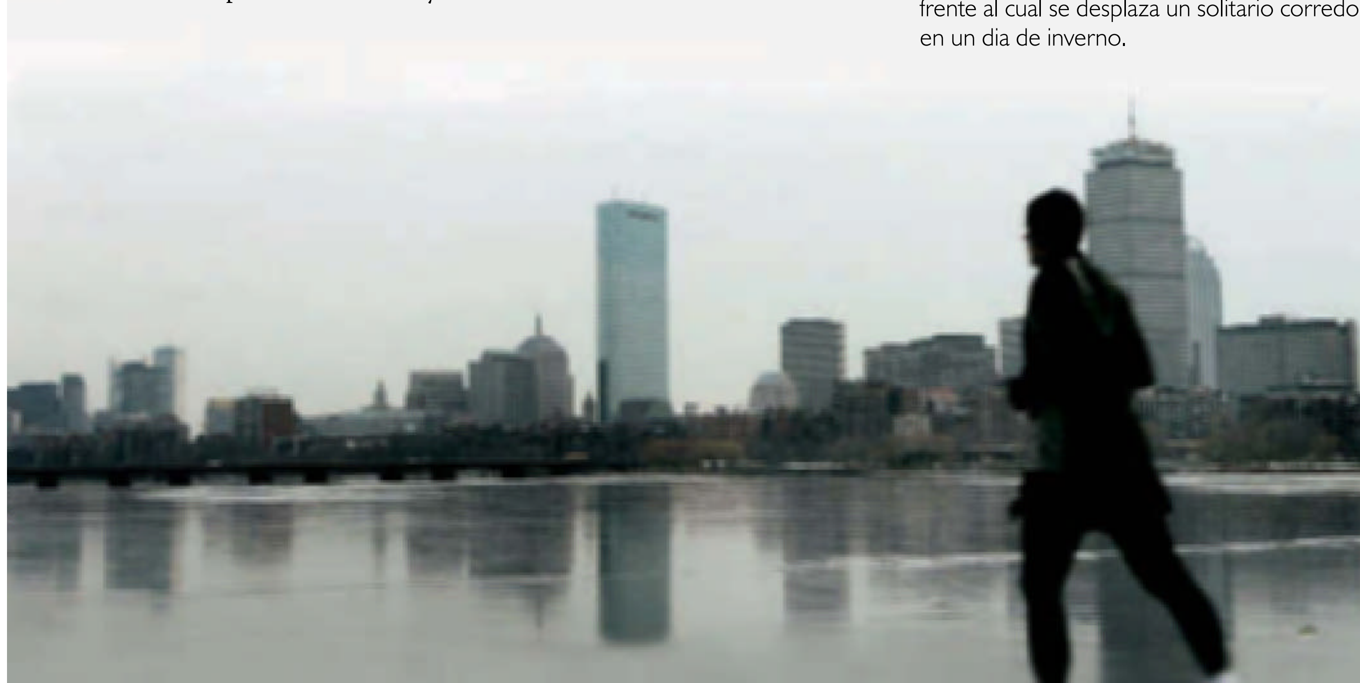
Para una sensibilidad entrenada en Chicago, Boston parece una ciudad aglomerada, como si hace mucho tiempo alguien juntara una enorme cantidad de material urbano – balcones de nivel triple, patios colegiales cerrados, puentes de piedra y acero, la cúpula dorada de la Casa Estatal, sillas de jardín y cubos de basura colocados en espacios de estacionamiento, reservados para quién se encargue de limpiar la nieve de ese lugar—todo empacado apretadamente en un lugar de contornos raros al borde del océano. Yo vivo en Brookline, un pueblo separado metido en una depresión cóncava en los límites del mismo Boston; mi vecindario, mi panorama adoptado como hogar, es una colección de arrugas familiares en un tejido apretado. La calle donde vivo, una doble fila de casas dúplex construidas casi unas pegadas a las otras, yace entre un terreno alto en un lado y una línea férrea en el otro. Por las noches puedo ver desde mi ventana pasar los trenes de la línea verde, iluminados como barcos de excursión, pasando por detrás de las casas a lo largo de la calle. En las noches de invierno, cuando enciendo el fuego en el hogar, el ruido de los trenes que se acercan y se alejan baja por la chimenea. Encerrados entre los dos ramales de rieles de la línea verde, una red a la manera de una mano abierta, contornos protuberantes de Aspinwall Hill y Fisher Hill, y el paso principal entre Beacon Street y Boylston Street, estamos metidos aquí como ratones en un agujero en un antiguo muro de piedra.

Pero la comodidad requiere su propio antídoto: me gusta correr durante la noche, luego que las chicas se hayan ido a la cama con relatos y osos de peluche y lámparas de noche. Comienzo a bajar la cuadra, dejo la casa detrás de mí con la luz del porche encendida y otra luz encendida en ventana de la





Tope: El Hall Faneuil, en el centro de Boston, uno de los tantos lugares históricos en la Senda de la Libertad en Boston. Arriba: Los nuevos edificios de Boston están junto a algunos de los edificios más antiguos de Estados Unidos. Abajo: Una panorámica que muestra el horizonte del centro de la ciudad, frente al cual se desplaza un solitario corredor en un dia de inverno.



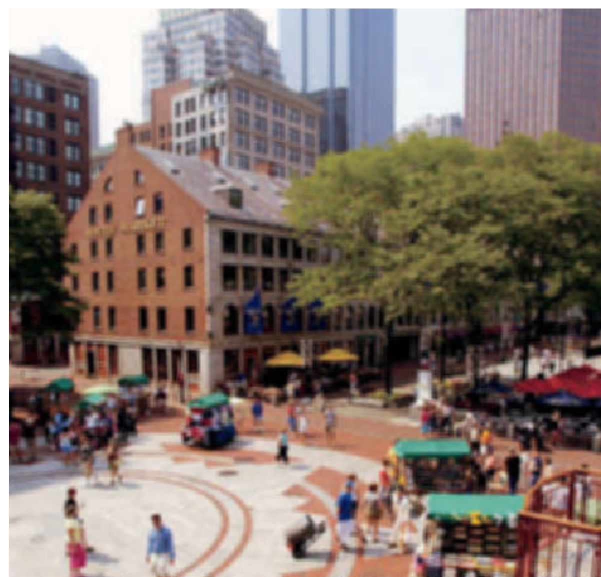
oficina, donde mi esposa se sienta en su mesa de trabajo. Cruzo Beacon Street y entro en Brighton, parte del mismo Boston, pasando por casas y luego por edificios de apartamentos con las ventanas iluminadas por la luz azulada de la televisión. Ya en forma y aprovechando mi impulso cruzo por la calle Washington en la diagonal cerca de la estación de policía, cuya presencia no impide enteramente a los famosos incompetentes y enfurecidos conductores de la ciudad pasarse la luz roja frente a la misma. Luego sigo por la suave bajada de la calle Market hacia el río. Las aceras están casi vacías y el tráfico es escaso.

El río, que en las dos márgenes tiene sendas pavimentadas, es una de las arrugas más largas y profundas en Boston, un corredor natural íntimo, parcialmente cubierto por árboles y matas, que lo encarrila a uno en semisecreto por la ciudad, cruzando calles solamente cuando aparece un puente. Tomo velocidad por la senda en la ribera del río, entrando en ritmo para el largo aliento, imbuido por una creciente sensación de insustancialidad al pasar de un trecho sombrío a un lugar mejor iluminado para luego retornar a la oscuridad. De vez en cuando una rata cruza velozmente por la senda, casi bajo mis pies. Los patos y los gansos hacen guardia al filo de las flotillas durmientes de sus congéneres, y como si fueran vigilantes lanzan la alarma cuando me acerco pero luego todos se calman cuando determinan que solamente se trata de mí. Una garza pálida se levanta desde la orilla poco profunda y con un par de aleteos torpes se aleja resbalando sobre el agua. Una vez, al pasar por un matorral de juncos altos, que siempre emite murmullos a mi paso, un coyote se puso delante de mí ante una franja de luz de luna, mirando sobre su hombro encogido mientras cruzaba la carretera vacía, y me mantuvo el paso durante un rato antes de desaparecer por el otro lado, por un oscuro trecho de terreno fangoso.

Me cruzo con algún ocasional compañero corredor o con alguien que saca a pasear al perro tarde; cuando el clima es bueno las parejas de enamorados se sientan en los bancos que dan al río. Pero a lo largo del río los vivos están superados por las reliquias de los muertos: Richie Forte, muerto en Vietnam, cuyo nombre lleva la zona del parque de Nonatum en Newton; David Berray, que pereció en el Centro Mundial del Comercio el 11 de septiembre de 2001, al que se recuerda con una placa cerca de un campo deportivo en Cambridge; Longfellow, Eliot y Weeks y Weld y todos las figuras ancestrales de voz clara que le dieron nombre a puentes y varaderos de barcos; las legiones de escritores muertos hace mucho cuyos libros acumulan polvo en los estantes de las bibliotecas de las universidades frente al agua — Harvard, el Instituto Tecnológico de Massachusetts, la Universidad de Boston. No muy lejos del memorial de David Berray hay una pieza de granito marcada con una inscripción de un dicho tan iluso que más califica para una mentira: “En este lugar Leif Erikson construyó su casa en Vineland el año 1000”. Ebenezer Norton Horsford, un fabricante de levadura en polvo del siglo XIX, que tenía pasión de aficionado por la arqueología de la variedad







Tope: Los turistas se distraen recorriendo en bote el Jardín Público de Boston. Arriba: La gente pasa frente a los trenes del subte conocido como “The T.”. Abierto en 1897 es el subterráneo más antiguo de Estados Unidos. Fondo: El histórico Hall Faneuil ha sido revitalizado como pieza central de un mercado con tiendas y venta de comidas.

más poética posible, es el responsable de esa baliza. También hizo levantar una extravagante torre vikinga en el lado más al oeste del rio, y encabezó los esfuerzos para comisionar la estatua de Leif Erikson, que se ve en la rampa del tráfico, la frente cubierta por la palma, desde la mediana con pastizales entre la avenida Commonwealth y el borde de Back Bay. Posiblemente los esfuerzos de Horsford calmaron al fin a los inquietos fantasmas vikingos que se congregaban al borde de su cama, aunque nunca lo sabremos porque por supuesto Horsford está muerto desde hace mucho.

Alguna vez trato de explicarle a Ling-li mi urgencia por salir de noche, sin estorbos, avanzando rápido, para acomodarme en los pliegues del paisaje y en el ciclo de los ritmos. Aunque ella supone abiertamente que es una tontería optar por exponerse solo en la oscuridad, trato de hacerle ver que recorrer la noche es una técnica para arraigarse, para inscribirse uno mismo en un lugar y al lugar en uno mismo. Al repetir y variar las rutas, uno se entrelaza en el tejido del suelo del hogar, de donde uno no pueda ser fácilmente arrancado, no por los enemigos, ni siquiera por aquellos que lo aman a uno. Es cierto que cuando se corre de noche se siente el fresquecillo de la levedad del mundo, la tenue debilidad de la conexión de uno con cualquiera o con cualquier cosa —especialmente en el frío y en la humedad, y más especialmente los domingos por la noche en lo profundo del invierno—pero todavía no comprende como uno puede darse un golpe contra esa soledad precisamente por salir a buscarla. A medida que los fantasmas de la ciudad se familiarizan con uno, gradualmente, uno aprende de su compañerismo. Por cada figura que se percibe a medias, en la ventana de un segundo piso, o en un automóvil al paso, por cada forma de fantasma que titila en la visión periférica cuando se pasa por una arboleda o un cementerio en un terreno al borde del río, hay muchas otras más de lo que uno alcanza a ver, muchas más que, más bien, le echan un vistazo a uno: una sombra extraña y familiar estampada contra la enorme oscuridad.

Cuando regreso a casa, hago estiramientos, tomo una ducha y me pongo ropa cómoda, y luego camino por la casa tranquila, apagando luces, revisando la estufa y las cerraduras de las puertas, asegurándome de que todo esté bien. Mi esposa hace rato que ya se fue a la cama. Antes de acostarme paso por el dormitorio de las chicas dormidas para darles un beso de buenas noches. Con frecuencia me siento un minuto en el cuarto para escuchar su respiración, el cosquilleo de la casa en la inmovilidad, el bramido seco y sibilino del tren nocturno. Soy la única chispa de vida consciente en la casa, pasando sin ruidos y sin ser visto por las despreocupadas durmientes. Cierta vez Yuan me dijo “te pareces al malvado que me quiere y protege de los otros malvados”. Alguna vez me quedo un rato más en el dormitorio de las chicas, esperando recuperar completamente mi cuerpo para poder echarme al lado de mi mujer y quedarme dormido.





Tope: La entrada a uno de los principales campos de la Universidad de Harvard, en Cambridge, Massachussetts, un suburbio de Boston. Arriba: Escena frecuente durante el invierno en el vecindario de Beacon Hill en Boston, con los vecinos limpiando la nieve que cubre sus vehículos, luego de una templestad.


CHICAGO

CHICAGO AGUAMARINA

por Stuart Dybek



Stuart Dybek es el autor de tres libros de ciencia ficción y dos de poesía. Su labor con frecuencia se desenvuelve en el vecindario de Pilsen, donde creció en el Lado Sur de Chicago. Su trabajo de ciencia ficción y poesía son frecuentemente citados en antologías y han recibido numerosos premios, incluyendo un Premio MacArthur en 2008. Dybek es un distinguido escritor residente en la Universidad Northwestern.

Chicago, una ciudad donde el río fluye en sentido contrario, es una paradoja. Su geografía se asegura de que lo sea. La no declarada capital del corazón del país, es una ciudad del interior de la nación, reconocida por sus rascacielos, que se elevan desde las llanuras de la vasta y fértil pradera conocida como el Oeste Medio de Estados Unidos. El olor a sal del mar está a 1.100 kilómetros de distancia, y aún así Chicago es una ciudad con agua. Su horizonte es aguamarina. La costa de la ciudad da al mar de agua dulce más grande del planeta, uno que contiene 20 por ciento del agua dulce de la Tierra. Más que pradera, campos o parques, es su agua la que sirve, como contrapunto de la naturaleza, a las vigas y concreto de la arquitectura de la ciudad y al espíritu de sus calles. La protección de la ribera pública fue una principal característica del Plan de Burnham de 1909, un plan responsable para la preservación de lo que es originalmente hermoso de Chicago. El lago es el reflejo expansivo de la ciudad y muestra la misma transformada. El agua es uno de los mitos de la ciudad. Cualquier niño que haya crecido en el interior de la ciudad y haya ido durante el sofocante verano a la playa o, mejor aún, abierto ilegalmente un hidrante y dejado correr el agua a raudales en la calle mientras el rocío se esparcía por el vecindario, lo puede decir.

El origen de la ciudad de Chicago está entrelazado con el agua. En 1674, Louis Joliet y Père Marquette, un misionario jesuita que hablaba varios idiomas de los nativos americanos, remaron contracorriente en varias canoas, hechas de madera de abedul en el río Illinois, y se convirtieron en los primeros europeos en acampar cerca del sitio que se convertiría en una metrópolis. Siendo niño me fascinaban los exploradores. Durante la noche, mi cama se convertía en una canoa con la cual remaba a través de la selva, imaginando lo maravilloso que los dos franceses se debieron sentir cuando la vieron por primera vez. Los ruidos de las horas nocturnas de la ciudad eran audibles desde mi ventana, en especial los trenes que nunca dormían, resonando sobre los viaductos. Nuestro vecindario estaba surcado por las vías del ferrocarril, y el así llamado Canal Sanitario –la boca de una alcantarilla abierta– cubierto de lodo, bajo puentes para ferrocarril tan sólo a una calles de distancia. Pero fue en un río que fluía a través del bosque; a lo largo de sus orillas, búfalos, venados, osos y zorros iban a beber agua. Mi padre, un inmigrante polaco, recordaba haber visto una placa que marcaba un lugar donde Marquette acampó en el invierno en la orilla del río en la Calle 27 y la Avenida Damen, no lejos de donde vivíamos, y un día, mi amigo Eddie Boy y yo hicimos una excursión en bicicleta tratando de encontrarla, pero si hubiese existido una



El centro de Chicago es sede de uno de los diez principales centros financieros del mundo. Enfrente: Una silueta de Chicago, la tercera ciudad más poblada de Estados Unidos.

placa, ya no estaba. El hurgar entre los desperdicios era algo común en nuestro vecindario, donde los tapacubos del automóvil de un hombre podían ser los desperdicios de otro, por lo que imaginamos que alguien la robó para venderla.

Nosotros vivíamos en Pilsen, en el lado suroeste, un vecindario y puerto de entrada llamado así por Plzen, la ciudad checa que también debe su nombre a una cerveza ligera y clara. Chicago es una ciudad dividida entre el lado norte que es más residencial, y el lado sur de clase trabajadora e industrial. Es una ciudad de vecindarios y barrios, debido a que es una ciudad de inmigrantes. La historia de la inmigración se puede observar en la forma en que sus vecindarios están divididos por líneas raciales o étnicas: Bronzeville, el Barrio Chino, Greektown, Andersonville, la Pequeña Italia, el Barrio.

La ciudades que tienen buena fortuna son lugares donde surgen escritores que las definen – o sino trate de imaginar a Londres sin Dickens. En Estados Unidos Chicago es una ciudad rara, con una tradición literaria como la de Londres o Moscú y, de la misma manera, los escritores de Chicago, la mayoría del lado sur, son de vecindarios cercanos: Saul Bellow vivió en Hyde Park, Nelson Algren en Polish Triangle, entre las avenidas Milwaukee y Division; Gwendolyn Brooks en Bronzeville, y James Farell en lo que alguna

Cada vecindario tiene su propia calle central, y la calle 18 es la de Pilsen. Al caminar por la calle 18 en dirección sur, pasando por la humeante fragancia de taquerías, en las que resuena la música ranchera, se pasa frente a tiendas con anuncios en español y ante animados murales que traen a Diego Rivera a



Tope: El rio de Chicago pasa frente al edificio más elevado de la ciudad, la Torre Sears. Fondo: El Plan Burnham de 1909 es responsable por el mantenimiento constante del frente lacustre público de Chicago, sobre las orillas del Lago Michigan.

la memoria, y uno se puede se preguntar porqué este lugar debe su nombre a Plzen y no a Guadalajara.

Desde la década de 1960, el vecindario de Pilsen es uno de los principales puertos de entrada para la inmigración de hispanos, que cruzaron no un océano sino un río para llegar a Estados Unidos. Antes de eso, era un enclave de eslavos. Inmigrantes checos se establecieron ahí a mediados del siglo XIX, y el vecindario fue uno de los pocos en la ciudad en sobrevivir el Gran Incendio de Chicago, en 1877. En ese mismo periodo hubo disturbios por el descontento laboral y el cambio social, y por ello Pilsen, de clase trabajadora desde sus orígenes, figuró de manera prominente en los movimientos de huelgas, protestas y brutales represalias. Era una época cuando un oscuro "crisol" de vecindarios podía servir como una caldera para acontecimientos nacionales de proporción histórica, una época que vio la violencia de la Revuelta de Haymarket, experimentos sociales como el Hull House de Jane Adams, la educación progresiva de John Dewey y literatura de protesta tal como las críticas de John Dewey contra la industria de empacado de carne de Chicago en The Jungle. Esta mezcla de liberalismo estadounidense surgido en Chicago se extendería posteriormente a la teoría y labor de Saúl Alinsky, organizador comunitario cuyas ideas a su vez influyeron a un joven abogado llamado Barack Obama.

A pesar de que los históricos acontecimientos ocurridos en los 5,6 kilómetros cuadrados que cubre Pilsen, mis amigos y yo, que crecimos ahí generaciones más tarde, desconocíamos bastante sobre su pasado. Chicago, a la que Nelson Algren brillantemente calificó como "la ciudad en hechura constante", que no se dan tiempo para la historia. La preservación requiere de cuidado y fondos, y un lugar en constante crecimiento se beneficia más con la demolición, para reconstruir y dejar atrás el pasado y sus amargas experiencias, aunque no necesariamente sus rencores. La historia de conflicto entre clases y de disturbios laborales rara vez se enseña en las escuelas. Aún así, me pregunto si yo, cuando crecía, no palpaba el pasado de alguna manera subliminal.

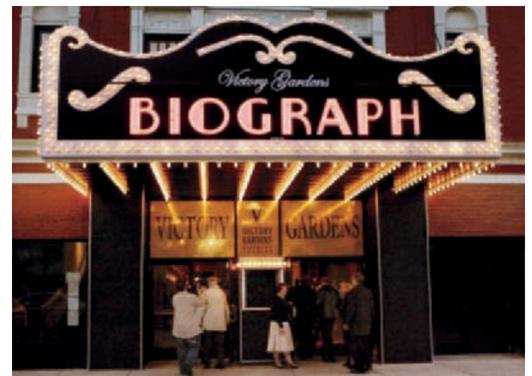
El filósofo Jaques Derrida menciona el término "fantasmología" ("hauntology"), que definió como "el estado paradójico del espectro que ni es, ni tampoco no es". Derrida habla de manera metafórica sobre cómo las fuerzas económicas del pasado, aunque estén olvidadas, continúan acosando al presente. En Pilsan había un viaducto ferroviario del que se rumoraba estaba embrujado. Los viaductos son túneles espeluznantes de todas maneras, y se suponía que el de la calle 16 tenía fantasmas. Era un rito local de iniciación el pasar corriendo por el túnel durante la noche. Nosotros conjeturábamos qué es lo que ocurrió en ese lugar, ya sea un asesinato cometido por una pandilla, una salvaje violación o que uno de los vagabundos que viajaban en los trenes fuera encontrado ahorcado allí.

Sólo como adulto, al investigar sobre la historia de mi vecindario, supe que ese camino fue el sitio de la Batalla del Viaducto en el año 1887. La huelga





Tope: El Tren Elevado es el sistema de transporte que conecta a la ciudad con algunos de los suburbios de Chicago. Arriba: Jardines en el techo del edificio de la Alcaldia de Chicago.



A replica of the Biograph Theater marquee is illuminated for the movie house made famous by the Depression-era bank robber John Dillinger.

de los trabajadores ferroviarios de 1887 causó un descontento laboral general. Cuando una multitud de manifestantes desarmados, que incluía a mujeres y niños, se reunió en el viaducto, policías y experimentadas tropas federales, que combatían a la tribu sioux, que había derrotado al general Custer, disparó contra la multitud, matando a 30 personas e hiriendo a por lo menos un centenar. Es posible comprar "ladrillos de recuerdo" que se suponen son de la pared llena de balazos por la masacre del Día de San Valentín, y la fachada del Teatro Biógrafo, donde John Dillinger fue muerto a balazos, ha sido cuidadosamente preservada y permanece como una atracción turística. Chicago es, después de todo, conocida por su adolescente romance con pandilleros. Pero si visita el viaducto en el cruce de la calle 16 y Halsted, además de fantasmas, no encontrará ningún monumento a la Batalla del Viaducto.

Sin embargo, como en la novela Las aventuras de Augie March, de Saul Bellow, puedo clamar ser "un estadounidense, nacido en Chicago – Chicago, esa ciudad sombría", y hay momentos en que, al retornar a mi viejo lado sur, me acosan, me siento como un turista de mi propio pasado. Mi modo favorito de transporte es remar en mi kayak hacia la Punta Sur del río Chicago, cuyo cauce natural hacia el lago fue, por motivos de salubridad, invertido en el año 1900. La Punta Sur se bifurca en el Buque y el Canal Sanitario, que se mueve sigilosamente hacia el lado suroeste. Nosotros lo llamamos el Canal Insalubre. La leyenda dice que si una gota tóxica del canal toca la piel directamente, esa persona se contagia con una enfermedad, como la poliomielitis, tuberculosis o sífilis, o plagada con gusanos que crecen en el agujero de desagüe de los corrales. El canal era conocido como el Arroyuelo Burbujeante en ese entonces cuando Chicago, citando a Carl Sandburg, era el "matadero de cerdos del mundo", y los gases de los cuerpos en descomposición arrojados al río producían burbujas en la superficie. Aunque se han invertido considerables recursos para mejorar la calidad del agua, siempre tomo la precaución de tener el mínimo contacto con el canal cuando echo mi kayak al rio en en la Avenida Ashland.

La Punta Norte del río fluye a través del cañón de vidrio y acero en el centro de la ciudad que tiene una arquitectura de vanguardia. Es un viaje que vale la pena tomar. No hay mejor perspectiva para ver una ciudad desde abajo hacia arriba –ya sea París, Praga o Chicago– que desde su río. El río parece estar más limpio en la Punta Norte. Equipos de remo me rebasan, gente a lo largo de la orilla captura pesca no comestible, y el rumor dice que el alcalde Richard J. Daley quiere instalar una flotilla de góndolas para transportar gente por el centro de la ciudad.

El Canal Sanitario no está listo aún para las góndolas. Tiene el mismo olor que tenía cuando yo era niño, de aceite, creosota, además de las palomas debajo de los puentes de las vías. Sus desgastadas orillas están apiladas con desperdicios y basura. El lago Michigan refleja la cara de la Costa Dorada que la ciudad quiere que el mundo vea. Pero un río industrial como Punta







Tope: Un grupo de bailarinas en el festejo anual del Dia de San Patricio. Arriba: Una vez hogar de inmigrantes de Europa Oriental, el vecindario de Pilsen es ahora escenario de una procesión en el Día de los Muertos. Fondo: Los cocineros preparan comida para restaurantes en la la zona sur de Chicago.



Los competidores pasan por el Parque Grant, en el centro de la ciudad, durante la maratón anual de Chicago.





Sur revela el otro lado de la ciudad donde las ventanas de las fábricas están rotas y chamuscadas. En la secundaria, iba por las noches para contemplar la quema de acetileno y las descargas de flama azul de las fundiciones del turno nocturno que destellaban en el agua oscura. En el verano, exploraba las hectáreas detrás de fábricas que se fueron a la quiebra y que se estaban revirtiendo en praderas y pantanos, donde la vida silvestre –conejos, zorros, faisanes, garzas, ranas y serpientes– sobrevivían a la vista de la brumosa variedad de torres del centro de la ciudad. Como las vías del ferrocarril, los ríos son rutas migratorias y junto a las siempre presentes gaviotas hay patos buscando comida en el agua, ánades, patos dorados, serratas grandes, gansos australianos, cisnes migratorios, garzas , martines pescadores de río, golondrinas, águilas y halcones peregrinos (ave oficial de la ciudad), ahí para cazar pichones.

Bajo el liderazgo de Daley, la ciudad de Chicago ya es célebre en el movimiento de favorable a las ciudades verdes. En una ocasión, durante un evento de alfabetización para estudiantes de zonas marginales de la ciudad, describí al alcalde cuando remaba a lo largo del río y mi asombro por ver una represa fabricada por castores, una clara indicación de la mejora en la calidad del agua.

“Eso no es nada”, me dijo el alcalde en su marcado acento sureño. “Ese río se está limpiando tanto que los depredares han regresado. Una marta llegó a la Punta Sur por la noche, salió en Cermak, se escabulló hasta el Barrio Chino y mató a la mitad de los patos. Recibí una llamada del Departamento de Policía diciendo que los propietarios de restaurantes chinos estaban protestando airadamente queriendo saber qué íbamos a hacer al respecto. ¿Qué quieren que haga, que arreste a una marta?”.

Posteriormente, confirmé con un especialista en vida silvestre, que me explicó que, como lo había sospechado, la historia era inverosímil dado que las martas han estado extintas en Illinois desde 1859. “Pero”, agregó el especialista, considérelo “como si se hubiese tratado de un visón americano”.





Tope izquierda: Un niño frente a un colorido mural en homenaje a los trabajadores migrantes, instalado en un centro juvenil en el South Side de Chicago. Tope derecha: El Museo Chino Americano, en el vecindario de Chinatown en Chicago, muestra la historia de la gente que se instaló en ese lugar. Centro: El distrito Pullman no ha cambiado mucho desde la década de 1880 cuando George M. Pullman construyó viviendas para los obreros de su fábrica de vagones ferroviarios. Arriba: La escultura llamada “Cloud Gate”, conocida como el “Frijol” es una estatua de acero inoxidable, de 110 toneladas, obra de Anish Kapoor, instalada en el Parque Millenium en Chicago.


HOUSTON

HOUSTON: LA CIUDAD EXPERIMENTO

por Fritz Lanham



Fritz Lanham Lanham creció en un suburbio de Houston y fue durante 16 años crítico de la sección de libros del Houston Chronicle. En la actualidad, dirige el programa Asia Society Texas Center. Egresado de la Universidad de Texas y de la Universidad de Indiana, es miembro del Instituto de Letras de Texas. Vive con su esposa, Kellye Sanford, en la zona Spring Branch, en Houston.

De todas las grandes ciudades de Estados Unidos, Houston es la que mejor elude una definición. Si dice su nombre, ¿qué le viene a la mente? ¿El centro de una ciudad con muchas torres de cristal? ¿Ríos de concreto que serpentean por una expansión urbana? Si, eso es cierto, pero no son sólo estas cosas las que diferencian a Houston de otras ciudades del cinturón del sol porque no captan el alma de Houston.

Toda persona de determinada edad ha oído hablar del Astrodomo, apodado la "Octava Maravilla del Mundo" cuando se erigió a principios de los años 60 sobre una pradera donde apretaba mucho el calor. De niño recuerdo vestirme para ir allí a ver los juegos de béisbol. Los hombres llevaban saco y corbata, y las mujeres iban con sombrero. No se iba allí solamente para ver cómo el equipo local perdía otro partido, sino para celebrar que Houston era una importante metrópolis.

Pero esos días pertenecen ahora a un pasado lejano. Hoy el Astrodomo está vacío y mayormente olvidado, un monumento a lo que fue en su momento un error de la arquitectura deportiva, y perdida ya su preeminencia como ícono de Houston. Nadie sabe qué hacer con el Astrodomo y vaticino que algún día, en un futuro no muy distante, vendrán y discretamente lo tirarán abajo.

Houston también tiene la reputación de ser una ciudad de petróleo y gas, el lugar de rufianes alborotadores y magnates alcoholizados que producía el petróleo. Todo relato de la historia de Houston incluye la fiesta de excesivo consumo de bebidas alcohólicas y su anfitrión, el especulador Glenn McCarthy, con motivo de la inauguración del elegante Hotel Shamrock, al final de la cual las damas de alta sociedad junto a las jóvenes aspirantes a estrellas de Hollywood flotaban borrachas en la piscina, en esta bulliciosa explosión social de celebración hecha posible por el oro negro.

Sin embargo, esos barones del petróleo, de personalidad avasalladora como era McCarthy, desaparecieron hace mucho tiempo, como también el Hotel Shamrock. Y si es cierto que la industria energética sigue siendo el motor más poderoso que impulsa la economía local, sus empleados ahora trabajan arduamente en torres de oficinas y tienden a ser de una personalidad tan insulsa como la de un contador serio. Las propias refinerías, con sus vastos conductos, tuberías y tanques de metal, se han confinado a la parte oriental del condado, más allá de los límites de la ciudad, donde viven los obreros de cuello azul. Muchos residentes de Houston sólo toman nota de su existencia cuando les llega el mal olor y los houstonianos prósperos rara vez



Un tren ligero pasa por el centro de Houston. Enfrente: El Centro Wortham se destaca en el distrito teatral de Houston.

sufren esa inconveniencia. No, la industria del petróleo y del gas no son las que definen el carácter único de esa ciudad.

Cuando pienso en la identidad de Houston, suelo volver a la actitud que mantiene hacía todo lo nuevo y al cambio, y a su pasado. Motes como ciudad experimento, ciudad de la improvisación y ciudad por accidente me vienen a la mente. Houston es un lugar de construcción y de demolición, de desear para luego descartar. Es un lugar donde se rehace el espacio físico y social, donde se erige un nuevo edificio, se emprende un nuevo negocio, se abre una nueva galería de arte o se establece una compañía de danza.

Casi la mitad de todas estas nuevas actividades fracasan, se descartan y se olvidan. Sin embargo, Houston es una ciudad donde la gente prueba a hacer cosas nuevas porque nada ni nadie se los impide. Lo que a veces puede ser bueno y otras malo.

Mi esposa y yo estamos a punto de hacer la renovación total de nuestra sosa casa estilo rancho de los años 60, así que la construcción de residencias es algo que ha ocupado mucho mi mente. Y la construcción de residencias es tan buen ejemplo como cualquier otro para ilustrar la propensión de Houston hacia los interminables cambios de imagen.

En la actualidad, Houston atraviesa por un período de "relleno" para usar la palabra de moda .

La gente, o gran parte de ella, ya está cansada de vivir en los suburbios de los quintos infiernos. Quieren estar más cerca de su lugar de trabajo, de los restaurantes de la ciudad y de los lugares de espectáculos y diversión. Dondequiera se mire los promotores inmobiliarios han levantado chalets adosados, casas con patio, apartamentos, llenando así espacios y aumentando la densidad poblacional de la ciudad.

Todo ello ha sido facilitado por la célebre ausencia de un reglamento de zonificación. Los votantes de Houston se han pronunciado en dos ocasiones en contra de la zonificación que consideran es una trama de los comunistas para privar al hombre de su derecho de hacer con su propiedad lo que le venga en gana.



Tope: Trabajadores construyen andamios temporales, con el horizonte marcado por los rascacielos de Houston. Abajo: Una vista angular de los edificios de la ciudad de Houston.



En realidad, las escrituras de viviendas ponen restricciones que limitan el tipo de edificio que se puede erigir en los barrios. No obstante, aún se pueden encontrar acogedores casas de una planta de los años 20 que comparten el mismo bloque con una obra de arte modernista al estilo de Mies van der Rohe, fabricada en metal, con ángulos agudos y de espartana funcionalidad, diseñada quizá por uno de los ambiciosos jóvenes arquitectos que produce la Universidad de Rice o la de Houston. Los puristas lamentan estas faltas de congruencia, pero a mí me gustan. Es por ello que las hileras de tiendas, los talleres de reparación de automóviles, las residencias estilo neo georgiano valoradas en $850.000 (llamadas “cajas de abogados” en estos lugares) y los edificios comerciales de oficinas se codean más estrechamente y en sorprendente yuxtaposición que en las ciudades “planificadas”. El tótem de Houston podría ser el diablillo de la incongruencia.

El lado más oscuro de esta actitud de apertura a lo nuevo es la deplorable indiferencia por la preservación de lo antiguo. No pasa un mes sin que se deje de oír que un promotor inmobiliario ha condenado un ejemplo del pasado de Houston. Hace poco, el último edificio de tiendas de estilo art deco de la ciudad cedió ante la bola demoledora para ceder su sitio a una nueva librería Barnes & Noble. Al momento de escribir estas palabras está en juego el futuro de otra obra de arte deco, el antiguo teatro Alabama, donde en 1968 disfruté de la película El Graduado con Dustin Hoffman, acompañado de una chica que luego me rompió el corazón. Sea lo que sea que el propietario construya en su lugar, nunca tendrá el mismo encanto.

En algunas partes de la ciudad la destrucción con fines inventivos ha dado buenos resultados. En Midtown , un área de 40 bloques que conecta el centro de la ciudad con el mundialmente reconocido Centro Médico en el sur, los desarrollistas experimentan con proyectos de altura mediana y zonas peatonales que combinan el espacio residencial con restaurantes y tiendas al nivel de la calle, lo que invita a tomar comidas al aire libre al estilo europeo. Houston es una ciudad famosa porque nadie en ella camina, pero ahora se ven más y más experimentos destinados a cambiar esta situación.

El centro de la ciudad de Houston ha sido durante la mayor parte de su historia moderna un espacio que se vacía a las 5 de la tarde. Hace unos 20 años, la ciudad y unos promotores inmobiliarios privados con visión de futuro comenzaron a cambiar esta situación y renovaron espacios comerciales para convertirlos en apartamentos tipo loft. La idea pareció tener éxito por un tiempo. Abrieron nuevos restaurantes y barras, se veía gente caminando por las calles en la noche. Se construyó un nuevo estadio de béisbol en el centro de la ciudad, el Minute Maid Park, y una nueva arena para partidos de baloncesto.

Sin embargo, el centro de la ciudad no ha atraído a una masa crítica de residentes. Por ejemplo, no hay tintorerías, pequeños negocios de comestibles, ferreterías o eso que llamamos la infraestructura de la vida civilizada en el





Tope: Un caminante pasea en un parque cerca del centro de Houston, Arriba: El Canal de Barcos de Houston pasa por refinerías e instalaciones para almacenar petróleo y productos químicos, en su ruta hacia el Golfo de México.





Tope: La multitud colma las instalaciones del Estadio Reliant para el partido por el Super Tazón, en 2004. Arriba: Un interno en el Museo de Bellas Artes de Houston revisa la obra titulada “Nueva Luz”, de Thornton Dial.

entorno urbano. En resumen, que el pronóstico para el centro de la ciudad es incierto, pero hay motivos para mantenerse optimistas.

Me he centrado hasta ahora en la construcción porque, sea lo que sea que hace de Houston un lugar atractivo, es todo lo que ha sido creado por el hombre más que por la naturaleza. Aunque es más verde y tiene una vegetación más exuberante de lo que mucha gente piensa, Houston no puede alardear de sus encantos naturales. Si se mira al horizonte no se avistarán unos picos nevados de montañas a la distancia como en Salt Lake City o en Seattle.

La ciudad no está emplazada en un bonito puerto como San Francisco, sino que linda con la parte superior de la Bahía de Galveston, a unos 100 kilómetros tierra adentro desde el Golfo de México. Si no hubiera sido por el huracán de 1900 que terminó con la vida de 6.000 personas en Galveston y quitó a la ciudad el título de principal puerto de Texas, Houston seguiría siendo un lugar poco próspero. Sin embargo, aprovechando la desgracia de Galveston, los padres fundadores de la ciudad impulsaron un plan para dragar un canal hasta la Bahía de Galveston que hizo posible la navegación de barcos hasta Houston. Así surgió el Puerto de Houston, que junto a la invención del climatizador de aire, le dio vida como importante metrópolis.

Y, sobre todo, la invención del climatizador o acondicionador de aire. Houston no es sólo llano sino también caluroso, es como estar en un baño de vapor que resta fuerzas durante seis meses al año, como mínimo. Uno no se da tanta cuenta del calor porque la ciudad está totalmente refrigerada por medios artificiales. Dicho esto, el calentamiento global no le hará ningún favor a Houston.

La ciudad está cruzada por pantanos de agua enlodada casi estancada, algunos han sido canalizados en concreto, otros no, y su principal función es drenar el agua de lluvia en la Bahía de Galveston. Se han hecho grandes esfuerzos para hacer que el Buffalo Bayou, que atraviesa por el corazón de la ciudad, sea una vía fluvial más atractiva. En algunos lugares, corren a lo largo del pantano los senderos para los caminantes y la calidad del agua es mejor, pero no creo que en lo que me resta de vida veré a una persona darse un chapuzón en las aguas de Buffalo Bayou.

Todas estas características físicas de poco valía sirven para espuelar el espíritu de innovación y de experimentación que antes he descrito como la característica fundamental de la ciudad. Construye esto, derriba aquello, haz lo que sea, intenta hacer algo para que el lugar sea más atractivo y confortable.

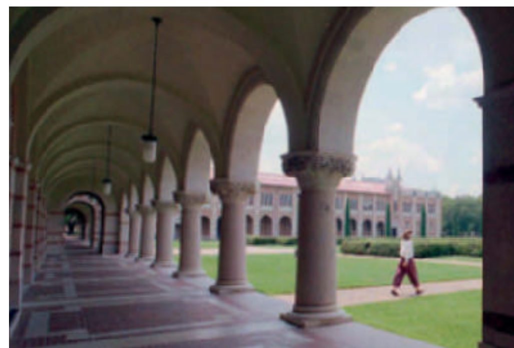
Aunque el aspecto físico de Houston está en constante estado de cambio, también experimenta una alteración demográfica, como sucede en otras ciudades de Estados Unidos, pero aquí es mucho más notable.

Houston está cambiando de color de piel para convertirse en una ciudad predominantemente hispana. El sesenta y tres por ciento de los residentes del condado son hispanos. Esta cifra es la tercera más alta en el país para





Tope: Un avión especialmente modificado carga al transbordador espacial Endeavor, pasando por el Centro Espacial Johnson, en Houston, en camino hacia el Centro Espacial Kennedy, en Florida. Arriba: Los hermanos Xydris muestran sus ofertas en el Palacio de las Botas, la última tienda dedicada a temas del Viejo Oeste, que estuvo ubicada en el centro de Houston y que cerró sus puertas en 2005.



Considera como una de las 20 principales universidades de Estados Unidos, la Universidad de Rice se inauguró en 1912, es conocida por sus programas dedicados a la ciencia.





condados con más de un millón de habitantes. Las repercusiones de esta revolución demográfica están todavía por sentirse.

Todo el que tiene puesta la mirada en Houston sabe que hay una explosión demográfica de hispanos. Lo que parece estar cambiando es el estado socioeconómico de la población. Antes, la proporción de hispanos pobres y de clase obrera era desproporcionada. Los anglosajones de clase media los veían como obreros de construcción, sirvientas, cocineros, chóferes de camiones, gente que hacia trabajo útil, pero eran una clase aparte.

Sin embargo, llegará el día en que los habitantes de todas las etnias de Houston despertarán y se darán cuenta de que no sólo son los albañiles y los cocineros de restaurantes los que tienen una piel más oscuara y apellidos en español, sino la mayoría de los médicos, abogados, ejecutivos de la banca y dependientes de tiendas. Si lo pone en duda, siéntese un día a la salida de un edificio de oficinas o dé una vuelta por uno de los principales centros comerciales y anote la etnia de cada persona que vea. Es algo poco científico, pero sé que será revelador.

¿Cómo afectará a la ciudad la radical hispanización de la ciudad? En menos maneras de las que cree o de lo que yo supongo. Es cierto que muchos residentes no hispanos de Houston padecen de ataques de ira y ansiedad cuando observan a su alrededor y ven que todos en una tienda o en autobús hablan en un idioma que no entienden. Parece que, de alguna manera, esto es algo antiamericano. Sin embargo, la mayoría de los residentes de la ciudad ya han asimilado en su ADN cultural la comida y la música hispanas, y un poquito del idioma. Más importante es que la mayoría de los hispanos que conozco parecen acoger la idea de Houston como ciudad de experimentación, y la mezcla social y física que ello conlleva.

Siempre me he considerado como alguien que busca un lugar interior de paz y no uno de esos tipos emprendedores, que arremeten e impulsan hacia delante y que es lo que personifica el espíritu de Houston. Dicho esto, la mayor parte del tiempo me siento cómodo en esta ciudad y lo he estado durante 25 años. Creo que como muchos estadounidenses, he subestimado mi propio gusto por lo novedoso y por los riesgos que conlleva todo lo nuevo.



Tope izquierda: Tres festivas bailarinas del Ballet Folklórico se toman un descanso durante la Marcha del Orgullo Hispano, que se realiza anualmente en Houston en memoria de César Chavez. Tope: Conocida por sus Mercados de Pulgas, los compradores recorren el Mercado Sabadomingo en busca de buenas oportunidades. Arriba: Muchos jinetes participan en la Muestra y Rodeo que se realiza en Houston. Se trata del evento más grande del mundo de este tipo, que comenzó en 1932, como acto de beneficencia en favor de la juventud de Texas.


LOS ANGELES

TIERRA DE ENSUEÑO

por Jonathan Kellerman



Jonathan Kellerman es autor de 31 novelas de gran éxito de ventas, seis obras de no ficción y numerosos ensayos y artículos científicos. Es psicólogo clínico, profesor titular de pediatría clínica en la Facultad de Medicina Keck, en la Universidad de California del Sur y profesor adjunto en la facultad de psicología de la misma universidad.

La mañana del 14 de enero de 1959, David y Sylvia Kellerman descendieron con sus tres hijos por la escalera arrimada al avión de hélice de la aerolínea TWA y pusieron pie sobre la pista del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

El avión había despegado la noche anterior del aeropuerto La Guardia, en Queens, Nueva York, donde las temperaturas habían descendido a dígitos muy bajos durante una feroz tormenta de nieve. Los niños, envueltos en pesados abrigos sobre sus pijamas y portando gorras de orejeras, atraían las miradas del personal en tierra. La temperatura en Los Ángeles rondaba los 26 grados centígrados, el sol brillaba y todo estaba verde. Sylvia pensó que había llegado al Jardín del Edén y quizás fuese verdad.

A mis nueve años, y siendo el mayor de mis hermanos, me dí cuenta de que este viaje alteraría el curso de nuestras vidas y la aventura me encantaba. No más inhalar el cóctel de combustible de jet mezclado con un inusual aire cálido de invierno y quedé atónito ante la imagen de las palmeras que encuadraban la pista de aterrizaje, y pensé: "¡es realmente igual que en las películas! ¡esto va a ser fantástico!

Y lo fue.

Mis padres decidieron trasladarse a Los Ángeles sin un plan definitivo en mente. Afectados por una difícil situación financiera que imponía un presupuesto semanal de 35 dólares sobre una familia de cinco personas, nos reubicamos casi indigentes a unos 5.000 kilómetros de distancia. La decisión de Dave y Sylvia de desarraigarse de familiares y amigos, y de abandonar la ciudad donde ambos habían nacido, era un acto de valentía y de insensatez, la precaria salvación del total infortunio que extendían los brazos abiertos de la Nueva Frontera en Estados Unidos.

Mi padre, condecorado como héroe en la Segunda Guerra Mundial y combatiente en la Batalla de las Árdenas, y en el desembarco en la playa Utah, finalmente había cumplido los requisitos necesarios para obtener un préstamo de hipoteca de vivienda en virtud de la Ley de Reajuste de los Militares de 1944 y, más de una década después de su baja honrosa del ejército, se compró una de tantas casas idénticas que se construyeron en serie en Bayside, Nueva York. Poco después de instalarnos en ella, se la expropiaron para construir una autopista.

Mi padre, David Kellerman, un pionero de la televisión cuya habilidad en la electrónica motivó que sus oficiales de mando le apodasen "el mago", se había cansado de forrar los bolsillos de las corporaciones con el fruto de sus inventos y decidió establecer su propio negocio. El membrete estampado en su



Con más de 30 playas en la costa del condado de Los Angeles, los surfistas tienen amplias opciones para su deporte. Enfrente: Carretera de entrada al centro de Los Angeles, cubierto por la contaminación.



Vista del horizonte del centro de Los Angeles, estampando en la cordillera de San Gabriel, con montañas cubiertas de nieve.

papel de escribir daba la impresión de que era un empresario de considerable envergadura, pero mi padre fabricaba los capacitadores (dispositivo que almacena carga eléctrica) a mano y con precisión en el sótano de aquella pobre casa que pronto sería derribada

"Ya que nos tenemos que reubicar", le había dicho a mi madre, "que sea lo más lejos, a Los Ángeles. Es donde la industria aeroespacial está tomando vuelo".

Nuestra primera casa en la ciudad angelical, fue el Hotel Ranch, un motel del bulevar Pico en el oeste de Los Ángeles que había visto mejores días. Hace ya mucho tiempo que fue arrasado y donde antes estaba su agrietado aparcamiento hoy se levantan los portones del solar del impresionante estudio cinematográfico Fox. Lo que supongo puede ser un tipo de metáfora.

Allí vivimos por un mes o algo así, compartiendo dos habitaciones, mientras que mis padres recorrían la ciudad en busca de un casero dispuesto a alquilar a una familia con tres niños alboroteros. No cabe duda de que mis padres se sentían deprimidos por nuestra penosa e inestable situación. Yo, en cambio estaba encantado porque en el hotel ¡había una piscina!

Sin ninguna barrera y de unos cuatro metros de profundidad, aquella piscina de imprecisa forma de riñón y agua contaminada, salpicada con algas y que ocupaba gran parte del patio interior del motel, me atraía como si fuera una laguna tropical. Ahora que vivía en una ciudad donde los inviernos glaciales rápidamente se hacían un recuerdo lejano, el disfrute de varias vueltas en la piscina en el mes de enero era una realidad que me dejaba bobo. No tardé mucho en enseñarme a nadar.



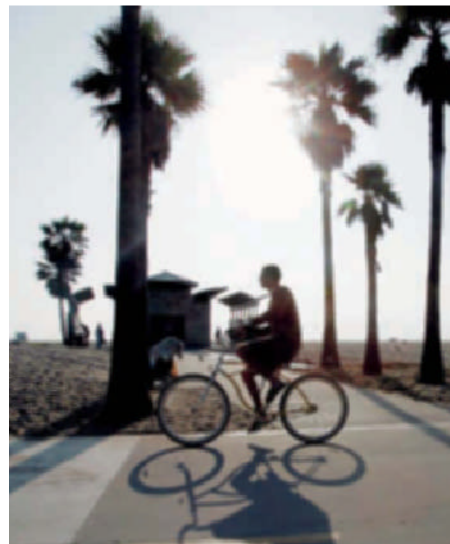
El Observatorio Griffith es el lugar con las mejores vistas de Los Angeles. Instalado en el Parque Griffith, el observatorio fue remodelado en el año 2006.

Con el tiempo, mis padres lograron alquilar un piso de dos dormitorios en una de esas viviendas ordinarias de los años 50 en los alrededores de un barrio obrero. Pero mi hogar lejos de mi hogar era el sillín de mi bicicleta.

La mayor parte de mi niñez en Los Ángeles transcurrió sobre dos ruedas, recorriendo kilómetros del campo abierto de este lugar que hoy llamo mi hogar, siempre que las condiciones del tiempo me lo permitieran, que era casi todos los domingos. A menudo, pedaleaba más de 15 kilómetros en dirección nordeste hacia el parque Griffith, una joya de unos 17 kilómetros cuadrados al norte del muy verde distrito residencial de Los Feliz, con mansiones donde vivían Cecil B. DeMille y legiones de actores.

Al igual que hoy, el parque alojaba un zoológico de fama internacional y un observatorio astronómico, aunque entonces gran parte de los terrenos aledaños no habían sido urbanizados. Mis exploraciones me revelaron hondonadas de frondosos helechos, apacibles riachuelos donde fugazmente nadaban los pequeños peces de agua dulce y merodeaban cangrejos, las suaves pendientes de los valles que mostraban las huellas de coyotes, venados y pumas, y las vistas desde la cima de una colina sobre la que daban vueltas los halcones peregrinos y los de cola roja. No era la maravilla creada por el hombre que es el Parque Central de Nueva York, sino una naturaleza en estado salvaje en convivencia con el estuco y el concreto. Es la misma yuxtaposición que perdura en el siglo XXI pues, curiosamente, aun con todo y sus atascos de tráfico y de un desarrollo urbano llevado al máximo, gran parte de Los Ángeles conserva aún su belleza natural, enmarcada por montañas por tres de sus costados y agraciada por el cuarto por el Océano Pacífico.

Otro de mis recorridos favoritos en bicicleta me llevaba por el sudeste hacia el Exposition Park, cerca del recinto de la célebre Universidad de California del Sur, donde me pasaba solo las horas en el Museo de Historia,



Arriba: Un ciclista pedalea en una senda junto a Venice Beach, en Los Angeles. Venice Beach es muy popular entre los turistas por su ambiente de carnaval. Abajo: Los niños juegan en el agua en el muelle de Santa Mónica, al oeste en el condado de Los Angeles, y uno de los lugares preferidos en la costa californiana.



observando estupefacto los salones repletos de piedras preciosas, los soberbios despliegues de enormes frutos cítricos premiados de California, los especímenes de mar conservados y flotantes en formol, y los modelos tridimensionales de grandes y peludos mamíferos de mirada vidriosa. Luego de una breve parada para comprar un helado del vendedor ambulante, siempre apostado cerca de las rosaledas esmeradamente cuidadas de los terrenos del museo, pedaleaba de vuelta a casa sintiéndome física y emocionalmente satisfecho.

El clima templado de Los Ángeles y la evidente ausencia de fronteras me proporcionaron una libertad imposible de imaginar cuando vivía en la costa este, y creo que fue esa combinación la que fomentó desde temprano mi interés en la sicología y en mi posterior carrera como autor de obras de ficción, pues no había mejor forma de capturar las imágenes, olores, sonidos y personalidades que me llegaban en rápida sucesión como imágenes de película, que no fuera mediante el estudio y registro de las millares de maneras en la que la gente se maneja en este maravilloso lugar.

Esa misma falta de limitaciones que animaba a seguir en pos de los sueños fue la que llenó a mi padre de aspiraciones por lo que, en espacio de pocos años, sus jornadas laborales de quince horas comenzaron a rendir fruto y vivíamos en nuestra propia casa, una sencilla casa de estilo inglés en el barrio Pico-Robertson. Diez años después de llegar a Los Ángeles, mi padre era un verdadero hombre de éxito, había registrado diez patentes y logrado el reconocimiento como un importante colaborador en la carrera especial. Murió hace seis años, pero mi madre, con casi 90 años de edad, vive todavía en la misma casa (a pesar de que la remodeló en los años 60 y la transformó en "algo moderno"). Y para los tres hermanos Kellerman, Los Ángeles sigue siendo su principal lugar de residencia.

Como a muchos otros, a mi hermana, a mi hermano y a mí, nos fascina esta espaciosa e interminable expansión urbana que nos dio acogida hace 50 años, cuando llegamos con gorra de orejeras y todo.

En la película "Bowfinger", de Steve Martin, hay una escena cómica en la que la actriz Heather Graham, en el papel de la ingenua Daisy, baja del autobús en la estación Union de Los Ángeles La joven, con ojos vivos y una energía vital fuera de este mundo, mira a su alrededor y declara alegremente algo como, "muy bien, ya estoy aquí, y ahora, ¿a dónde tengo que ir para convertirme en estrella de cine?

Las proporciones olímpicas de su vana ilusión cumplen un propósito en la película, pues provocan la risa de un público que es más sabio. Sin embargo, la irreal y enérgica ingenuidad de Daisy no dista tanto de la realidad diaria de Los Ángeles: es el lugar donde los soñadores y los que sufren el desasosiego de los sueños vienen a reinventarse.

Vaya al Oeste, joven hombre, que eventualmente se llega al océano y no hay ninguna otra parte a dónde ir.

Así que hazte un plan.



La escultura kinética es el atractivo en la muestra del Parque de Exposiciones, en el Centro de Ciencias de California, en Los Angeles.



Campus de la Universidad del Sur de California, en Los Angeles.

La ciudad de Los Ángeles propicia la constante llegada de soñadores ilusos. Es un pueblo de un solo negocio, su principal producto es la ilusión y quién sabe cuando otra "futura gran estrella" baje del autobús.

Aquellos hombres visionarios, los que idearon el concepto de la película cinematográfica como empresa comercial a finales del siglo XX, habían llegado a Los Ángeles atraídos por kilómetros de campo abierto prestos a ser mutados en cualquier otro lugar, desde Texas hasta Tahití, animados por el espíritu de la época que impulsaba a llevar adelante los proyectos y gracias además a un clima benévolo. Los Sennet, Goldwyn, Warners y otros como ellos echaron unas raíces que ahora están bien aferradas y profundas. En cambio, muchas de las empresas aeronáuticas que atrajeron a mi padre han desaparecido y las empresas manufactureras del centro de la ciudad ahora compiten con otras en regiones del mundo donde los sueldos son más bajos. Sin embargo, la compañía que se autodenomina, sin tono irónico, como "La Industria" y los negocios secundarios que genera, como el alquiler de vestuario, dobles de acción en escenas peligrosas, laboratorios de efectos especiales, laboratorios de edición de películas y agencias de talento, han tenido un crecimiento exponencial.

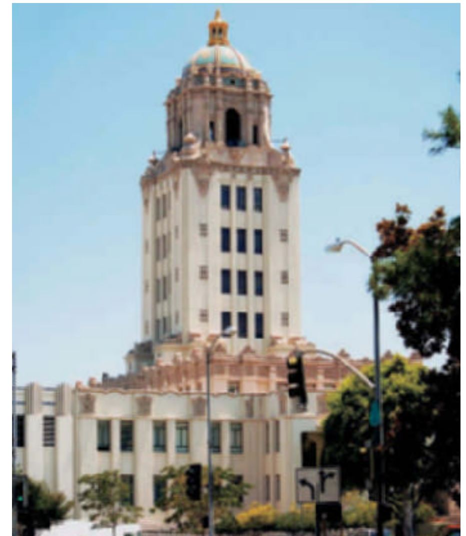
La industria cinematográfica ejerce hoy un dominio mucho mayor sobre el panorama cultural, sociológico y político de Los Ángeles que en los tiempos de mi llegada aquí hace medio siglo . El diseñador de modas que intenta atraer la atención de las damas de la alta sociedad de Chicago, Dallas y Kansas City fija sus esperanzas en la alfombra roja de Los Ángeles. Si el modelito con un hombro descubierto, espalda al aire y confeccionado en lentejuelas adorna la figura firme, enfajada y astutamente camuflada de una actriz de la lista A en la noche de entrega de los premios Oscar, no cabe duda de que aumentarán las ventas de su línea de vestidos en todo el mundo seguidor de la moda. De igual manera, los lugares nocturnos y los restaurantes no son clasificados tanto por la calidad de sus platos, sino por el número de celebridades que los frecuentan.

Esta obsesión con las estrellas del celuloide es más que una peculiaridad sociológica, pues llena considerablemente las arcas de la ciudad al atraer a miles de turistas, aventureros y hasta residentes locales, cuyas fantasías giran en torno a alcanzar a ver a uno de sus ídolos en carne y hueso. Los Ángeles es la ciudad que popularizó el exhibicionismo como un producto básico y, desde el punto de vista comercial, sus resultados espectaculares le han dado un aire internacional a esa parte de la región que los nativos llaman SoCaL (California del Sur).

No importa a que parte del mundo civilizado se vaya, todo el mundo ha oído hablar de Hollywood. Lo mismo sucede con Beverly Hills y Malibu.

Es interesante que estos dos últimos ejemplos de la vida de lujo, Beverly Hills y Malibu, son en realidad ciudades independientes que han sido tragadas por la aparentemente interminable extensión geográfica de Los Ángeles. Con la excepción de unos cuantos teatros de decoración ostentosa, Hollywood es un lugar poco deslumbrante, menos glamoroso y donde priman los anuncios







Tope: Las estatuas del "Oscar" y la tradicional alfombra roja conducen a la entrada del Auditorio Shrine en Los Angeles, donde cada año se entregan los Premios de la Academia. Arriba: En el distrito de Beverly Hills abudan los edificios y residencias elegantes y ornados. Abajo: El Rodeo Drive atrae a los conocedores de la comida y a quienes compran caro.

baratos (piense en publicidad a precio de mercancía de descuento). Sin embargo, el concepto de Hollywood trasciende su simple geografía y mantiene un firme control sobre nuestra mente colectiva ejerciendo su continuo embeleso y seducción.

Todo reluce cuando el sol brilla 300 días del año.

Algunas ciudades logran su encanto a través de una planificación exquisita. París es ejemplo de este tipo de belleza.

La belleza de Los Ángeles recae en su maravillosa espontaneidad, en la frecuente y discordante consecuencia de las acciones de advenedizos y arribistas que satisfacen sus aspiraciones sin que se los impida la tradición, la lógica o el buen gusto.

Seleccione cualquier calle de cualquier barrio de alto costo de Los Ángeles y encontrará mansiones neo coloniales junto a otras de similares proporciones pero de estilo neo italiano, muy cerca de extravagantes mansiones con entramados de madera al estilo neo tudor que se levantan contra los contornos agudos de las mansiones de estilo neo ultra contemporáneo.

Si viaja de la frontera oriental de Beverly Hills hacia Sunset y Doheny, al extremo norte de Malibu, habrá recorrido más de 60 kilómetros de propiedades inmobiliarias, una tras otra, valoradas en siete cifras, muchas de ellas construidas durante la última década.

Lo que vale es lo “nuevo, “fresco”, “innovador” y “de una elegancia para morirse” y si eso implica arrasar unas cuantos viejos y apolillados lugares históricos, que así sea.

Los Ángeles es, en realidad, dos lugares a la misma vez.

Por un lado está Los Ángeles ciudad, enorme de por sí, que se extiende por más de 5.000 kilómetros cuadrados, lo que equivale a la mitad del área de Luxemburgo, y con casi cuatro millones de habitantes. Luego está el área metropolitana de Los Ángeles, prácticamente una nación en sí porque encierra todo el condado de Los Ángeles y varios de sus vecinos más cercanos, entre ellos el condado de Orange, sede de Disneylandia.

Al referirnos a está área hablamos de 17 millones de habitantes en una región casi cuatro veces mayor que Luxemburgo.

Dada la enormidad de nuestro territorio somos, y siempre seremos, una megalópolis en perpetua dependencia del automóvil. Los Ángeles es el primer lugar donde se diseñaron los centros comerciales en los que los automovilistas tenían acceso a la entrada de las tiendas desde el estacionamiento. Un tema que nunca falta en las conversaciones es el sistema de transporte en masa, pero el caballo de cromo, de propiedad privada, nunca cederá su lugar como el principal transporte de gente enLos Ángeles. Es demasiado abarcador, los itinerarios son parte de nuestra idiosincracia y, en definitiva, nos gusta viajar por a cuenta propia.

Somos extrañamente semejantes a una ciudad. Somos urbanos, absolutamente y hasta la médula. Sin embargo, solo falta conducir una media







Tope izquierda: La Rueda de Santa Mónica, que funciona con energía solar, instalada en el Parque de Diversiones Pacifico, en el muelle de Santa Mónica. Tope derecha: Campanita, un personaje de Disney, saluda durante un desfile en Disneylandia, en Anaheim, California, que en 2005 celebró el 50 aniversario de la apertura del primer parque de atracciones Disney. Arriba:Instalado en la ladera del Monte Lee, el más elevado en Los Angeles, luce el anuncio de Hollywood, que fue construído en 1923; desde entonces se ha convertido en atracción turística y símbolo del encanto que tiene la industria del entretenimiento.

hora desde muchas partes de Los Ángeles para pasar de la metrópolis a zonas de naturaleza virgen. La cordillera de Santa Mónica juguetea con Los Ángeles, imponiéndose sobre los arroyos y valles formados por su aparición hace millones de años. Si conoce las calles laterales encontrará el silencio con sorprendente facilidad.

Luego está la cuestión de nuestro fiel amigo del oeste, “El gran infinito azul”, más de 150 kilómetros de océano glorioso, imprevisible y erróneamente llamado Pacífico.

Piense en toda su agua como la pila bautismal de la religión que es Los Ángeles.

Diríjase en automóvil hacia el oeste hasta Santa Mónica, otro apéndice que fue tragado por el área metropolitana de Los Ángeles y deténgase cuando no pueda seguir más. Encuentre un lugar donde estacionar, salga del auto y busque un lugar para disfrutar de la vista sobre Palisades, al oeste de Ocean Avenue. Observe el Ferris Wheel, la noria que da vueltas sobre las atracciones de este muelle de aspecto chabacano. Respire el aire rico y salobre, cubra sus ojos con una mano y contemple un sol dorado y miles de kilómetros de agua azul. Si ha tenido la suerte y hace un día particularmente claro, podrá avistar las Channel Islands a unos 130 kilómetros al norte, que aparecen como espejismos a través de la bruma del mar.

Permanezca un momento allí e imagine su propio mundo íntimo y libre de limitaciones.

Hace unas semanas, estaba sentado frente a una de las playas menos accesibles de Malibu y observé cómo una morsa de más de 2.000 kilos retozaba durante varios minutos en la orilla antes de internarse corriente adentro y nadar hasta desaparecer. Este animal, el mayor de los pinnípedos, se reproduce en un área localizada a más de 200 kilómetros al norte de Los Ángeles, cerca de la costa de San Simeón, lugar que toma su fama del castillo de la familia Hearst, y busca usualmente su alimento a unos 600 metros bajo la superficie. La lógica descarta la posibilidad de que las morsas visiten las arenas de Malibu.

En Los Ángeles, todos llegan para reinventarse.

El surfing lo dice todo. “El deporte se originó en Hawai pero se transformó en un fenómeno cultural en el sur de California por vía de un genio procedente del condado de Orange llamado Brian Wilson, quien nunca se había subido a una tabla.

“Si todos en Estados Unidos tuviesen un océano …”

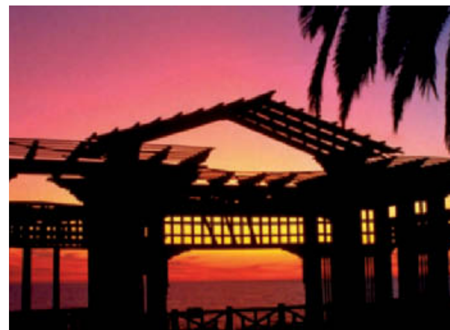
No lo tienen, así que vienen a Los Ángeles.

Y siguen viniendo.

¿A dónde voy para convertirme en una estrella?

El producto es la ilusión, el combustible los sueños.

Que así sea por siempre jamás.





Tope: Una glorieta se perfila ante la caída del sol en el Parque Palisades, en Santa Mónica, en Los Angeles. Arriba: Diversidad de frutas y verduras en el Gran Mercado Central de Los Angeles.



El tráfico avanza por el sur de la carretera hacia el centro de Los Angeles, al atardecer.


MEMPHIS
KING'S
BLUES CLUB
GUMBO

SONÁMBULO EN MEMPHIS

por Steve Stern



Steve Stern nació en Memphis, Tennessee, y al presente divide su tiempo entre Brooklyn y el norte del estado de Nueva York, donde enseña literatura y creación literaria en el Colegio Skidmore. Es el autor de nueve libros de ficción, entre ellos las colecciones de cuentos *Lazar Malkin Enters Heaven*, laureados con el Edward Lewis Wallant Award para narrativa Judeo–Norteamericana, y *The Wedding Jester*, ganador del National Jewish Book Award. Obtuvo una beca Fulbright para enseñar en Israel y una beca de investigación Guggenheim. Su libro más reciente es la novela *The Frozen Rabbi*.

Tengo este sueño recurrente de que un vecindario céntrico marginado a lo largo de la calle North Main en mi ciudad natal de Memphis había sido revitalizado. En el sueño hay tiendas, cafés, teatros y gente que vive en apartamentos renovados sobre negocios florecientes. El sueño es tan vívido que en las ocasiones cada vez más raras en que visito la ciudad, regreso al viejo vecindario, llamado el Pinch, para ver si el sueño se ha materializado. De verdad, hay algunas señales de vida renovada: el funcionamiento de un tranvía, un bar y grill deportivo; pero estos son meros gestos frente a una desolación urbana que en gran parte lo consigue.

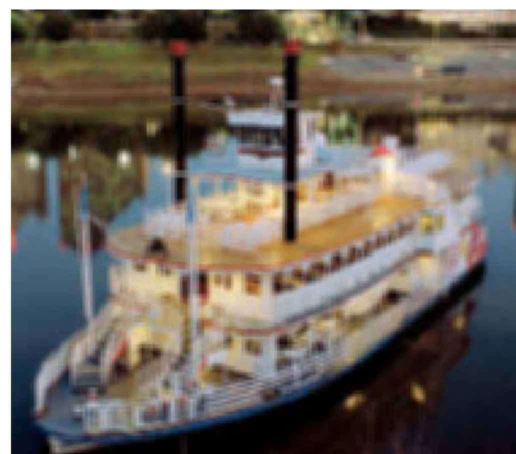
La ciudad de Memphis está situada sobre una falla geológica famosa y el suelo emite periódicamente ruidos sordos como si la tierra estuviera tratando de vomitar un pasado que no había digerido enteramente. Cuando muchacho, fui sordo en cuanto a esos ruidos. Mi panorama ideal, algo parecido al Paris de D'Artagnan posado encima de la escarpa de Tarzán, tenía que ver muy poco con la situación real de Memphis en su adoquinado escarpado con vista al Mississippi. En esa ciudad, conforme al carácter distintivo de la época, ya se había arrasado la mayoría de los edificios que tuvieron alguna demanda sobre la historia y por lo tanto, al mirar hacia el pasado no se podía ver más allá de donde uno había nacido. Se estaba condenado a un tipo de miopía cronológica. Es más, como un judío que vivía en una ciudad que se declaraba a sí misma ser la hebilla del cinturón bíblico (Memphis se jacta de tener más iglesias que gasolineras), siempre tuve conciencia de mi condición de afuereño. Por el otro lado, el Templo Reformado al que pertenecía mi familia se las había arreglado para borrar la mayoría de los elementos de tradición en un intento de ser virtualmente invisible. El rabino vestía toga eclesiástica; un coro cantaba desde una galería entre los tubos del órgano. La consecuencia fue que cuando alcancé la mayoría de edad me fui de la ciudad sin concederle una mirada restrospectiva. Sin tener de mi pasado un patrimonio de que hablar y con un futuro nublado por la sombra de la Bomba, viví por un tiempo la vida de mi generación, medicándome contra la claustrofobia del período. En algún momento dado empecé a escribir cuentos en los que traté de mitigar la atmósfera sofocante de finales del siglo veinte con fantasías poco probables. Más o menos una década más tarde, habiéndoseme acabado las opciones, regresé hacia donde había empezado, avergonzado de los pocos frutos que había recogido durante mis andanzas.



El distrito de Cooper Young para el Entretenimiento es una zona histórica en la que coexisten artistas, galerías y restaurantes. Enfrente: La Calle Beale es legendaria en Memphis, porque es la cuna de los blues y del rock and roll.

De regreso en la ciudad que tanto había hecho para que deseara estar en cualquier otro lugar, encontré empleo en un centro folclórico local. Esto no se debió a ningún cariño por el tema – siempre consideré el folclore un pariente

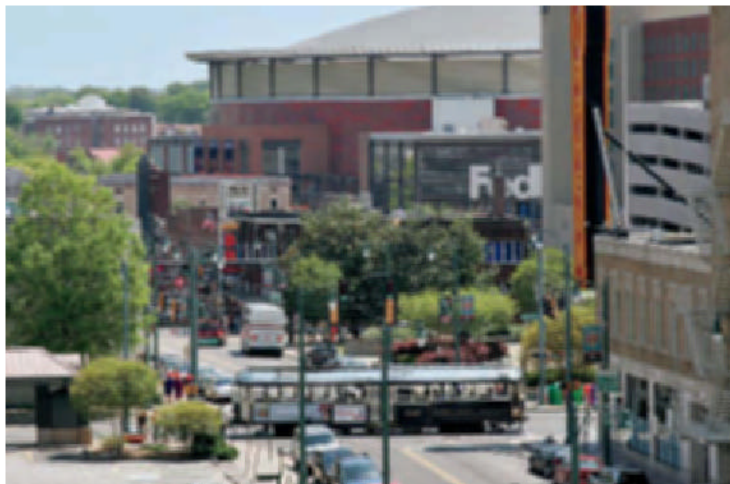
pobre de la literatura – sino que se debió a pura conveniencia. El trabajo, que incluía la transcripción de cintas orales sobre historia, tenía en sí una cualidad de penitencia que me venía bien, aunque después de algún tiempo descubrí con disgusto que me estaba divirtiendo. Las voces en las cintas eran de personas que recordaban la legendaria calle Beale en su apogeo, cuando era la calle principal de la cultura negra en el Medio Sur. En ellas describieron la cruda vitalidad de los prostíbulos y de las tabernas, los curanderos, los navajeros, los potentados con dientes de diamantes, los peones de los muelles y las bailarinas de piel bronceada del éxtasis oscuro; recordaron el barco de excursiones y los músicos blue de las troupes de los shows de medicina y el río, tal como era antes de que se construyeran los diques del TVA, cuando éste crecía y se desbordaba todas las primaveras. Entonces los pantanos se inundaban y la cuenca del Beale se tornaba en una laguna, la que sus habitantes cruzaban en chalupas de madera iluminadas con faroles.



Tope: El rio Mississippi y el horizonte de Memphis. Arriba: Un crucero en barco por el rio es un atractivo popular para los turistas que llegan a Memphis.

Como panorama, tuve que admitir que éste no se quedaba atrás en cuanto al romance y peligro de mi espectral escarpa parisiense, y lo que era particularmente interesante para mí fue que había también judíos. Porque entre las voces negras estaban las de los viejos inmigrantes comerciantes y prestamistas que habían participado sin reservas en la vida de la calle. Incapaz de controlar mi fascinación, fui notado. Mi jefe, viendo que yo era de allí, que trabajaba por poco dinero, y que además era judío, me dio el título de director del Proyecto de Patrimonio Etnico, cuya misión era investigar las raíces de la comunidad judía del ghetto en el Pinch.

Lo que encontré una vez que logré ubicarlo – pues nunca había oído ni siquiera del lugar – fue un vecindario que se asemejaba a un desierto, los únicos vestigios de su pasado judío eran un depósito de chatarra propiedad de









tres generaciones consecutivas de la familia Blockman y una sinagoga arruinada construida de ladrillos cuya última encarnación había sido una discoteca de travestidos. Aparte de eso la calle fue una tierra de nadie de predios sofocados por malezas, edificios abandonados, una central eléctrica, la rampa de un puente. Pero cuando empecé a localizar a los sobrevivientes de esa comunidad desaparecida, todos ellos avanzados en edad y viviendo en suburbios lejos de la calle North Main, algo sucedió: los ruidos sordos subterráneos que había ignorado toda mi vida aumentaron de volumen, hasta culminar en una erupción poderosa, y el Pinch se alzó en medio de su amarga actividad como un continente perdido que se alza del pasado con su población intacta todavía. Así fue como me pareció a mí, tan listo tuve que haber estado para aceptarlo. Embelesado por los testimonios de los testigos vivos, logré conocer a los muertos. Estos incluyeron a Reb Dubrovner, el carnicero kosher y Avrom Pinsker, el brusco profesor de hebreo; el señor y la señora Makowsky, la pareja de contrabandistas de licores y su barbudo colega Lazar – quien se presentó para su propia lectura de los cargos, un rehén de la piedad, apuntalado en las tiras de cuero de su tefilín. Allí estaban Mook Taubenblatt, el curandero del distrito, No legs Charlie Rosenbloom, el irascible jugador cojo, y la curvilínea viuda Wolf, que enseñó a los simplones cómo bailar el black bottom. Allí estaban los hasidim galicianos en su shtibl encima de un

Tope izquierda: La Calle Beale tiene museos y una tienda, como del siglo XIX, dedicada a los productos secos. Tope derecha: La Plaza Peabody, en el centro de Memphis, es el hito en el renacimiento de la ciudad. Izquierda: Muchos clubes de jazz dan a la Calle Beale. Arriba: El Museo Stax de la Música Soul se halla en el sitio original de Star Records, donde legendarios músicos de blues grabaron sus obras.





almacén, los que según se decía oraban en el aire, y los jóvenes estudiantes del talmud y la torah, que pusieron bagres en la pileta ritual y en la Noche de la hora ociosa para amateurs, serrucharon a Rosie Delugach por la mitad. Estaba el castaño en Market Square Park, a cuya sombra, en las tardes de verano cuando huían del calor abrasador de sus conventillos, dormían los habitantes del vecindario entero, mientras que los escolares brincaban en las ramas por encima de ellos como si saltaran de sueño a sueño.

Los sueños mismos estaban atiborrados de figuras salidas de los mitos de los inmigrantes que trajeron con ellos de sus países de origen, junto con sus colchones de plumas y sus samovares – a dybbuk, el alma muerta que tomó posesión de Minnie Klepfscz durante su noche nupcial; a succubus Lilith, la primera y lasciva mujer de Adán, que visitó al soltero Sammy Fuchs en la cabecera de su cama; al vovnik rengo, o santo oculto Fishel Botwinik, un papanatas que vivía en una casucha detrás del almacén de chatarra de Blockman y por cuyo bien Dios se abstuvo de destruir el mundo. He oído definir la vida como un pequeño destello en el tiempo entre dos eternidades, pero para mí el Pinch era una estación de la eternidad flanqueada por el tiempo. Se podía entrar en ella y recoger cuentos y relatos como si fueran maná, tal vez reunirlos para siempre – una ocupación extática. Pero sucedió que el pasado fue un asunto poco fiable: el tiempo muy pronto empezó a estrechar filas y el Pinch volvió a ser tragado por la tierra o (en el idioma del encanto) el dinero de las subvenciones empezó a agotarse.

Dada mi disposición de persistir, supe que estaba mejor informado. Al apropiarme ávidamente de los recuerdos – el cuento de Lazar Malkin, el vendedor ambulante a quien el Angel de la Muerte llevó al paraíso en vida; del viejo Jake Alabaster, el hojalatero, quien siguiendo las direcciones de un mapa que le fuera dado por un místico rabino, entró en las entrañas del Gehena para rescatar a Sofía la Lengua, su mujer fallecida – lo relaciono con mi propio momento, tal como esa dimensión eterna (piénsese en el Mar Rojo vuelto a cerrarse) fue subsumida una vez más por la historia. Para



Tope izquierda: Un grupo toca en el Centro del Folklore Sureño, cuya tarea es "preservar, defender, proteger e impulsar la música, la cultura, las artes y los ritmos del Sur". Tope derecha: El Teatro Orpheum ha sabido sobrevivir los tiempos difíciles desde la década de 1890. Varias reconstrucciones y remodelamientos le han logrado dar nueva vida. Arriba: La estatua de Elvis Presley, leyenda imperecedera del rock.





entonces han pasado muchos años: era de mediana edad. Había publicado mis pocos libros llenos de historias saqueadas del Pinch y aparentemente había vencido mi miopía; porque mirando hacia atrás, pude ver a través de una distancia considerable. Pude ver tan lejos, que vi a los exploradores españoles masacrando a los indios en la orilla del río durante su implacable marcha hacia el oeste en busca de oro; pude ver a los refugiados irlandeses víctimas de la Gran Hambruna de la Papa desmantelando sus lanchas para construir las chabolas en que habitaban cerca de las orillas de la Bahía Catfish. Más tarde cambiarían los uniformes de la Confederación por las túnicas de lino del Ku Klux Klan, el que hostigaba a los esclavos recién liberados a lo largo del Smoky Row. Pude ver los cadáveres apilados esperando ser enterrados en el Cementerio Elmwood durante la plaga de la fiebre amarilla, de la que de alguna manera la ciudad nunca se recuperó; pude ver a una distancia cercana el lugar donde una vez se habían asentado los judíos para después seguir adelante, un distrito decimado más tarde por la supuesta renovación urbana que coincidió con el asesinato de Martin Luther King Jr., el que en efecto fue el golpe de gracia de la ciudad decadente. Fue un acontecimiento que consolidó la maldición que los Chickasaws habían echado hace mucho tiempo sobre la floreciente ciudad, cuando fueron forzados al exilio desde sus acantilados nativos.

Pero aún así mis quimeras persisten, y en ellas las calles muertas resucitan en una bulliciosa vida eterna, los vecindarios devastados de la zona céntrica densos ahora de peatones y con un vívido carnaval mercantil. La escena es tan vital que periódicamente regreso para inspeccionar el desperdicio de la calle North Main, aunque sólo para ver si los sueños han dejado algún rastro – tal vez un trocito de esa distante colisión entre el tiempo y la eternidad o una chispa del nostálgico y pequeño tranvía que pueda tratar de avivar y convertir en llama. Entonces la llama podría estallar en una conflagración de la que podría extraerse, semejante al fénix – ¿qué? quizás otra historia.



Tope izquierda: Los visitantes del Parque AutoZone en Memphis observan el pintado de un mural en un edificio cercano. Tope derecha: El Museo Nacional de los Derechos Civiles tiene una estatua de Rosa Parks, sentada en la primera fila de un autobús. Arriba: Un visitante toca la placa colocada en el lugar donde Martin Luther King fue asesinado, el 4 de abril de 1968, en Memphis.

MIAMI



MIAMI, POR FIN EN CASA

por Edna Buchanan



En Miami, algunas personas notables son llamadas por su primer nombre, aunque sean mencionadas por gente que en realidad nunca las ha conocido personalmente. Una de esas personas es Fidel. Otra es Edna. – Calvin Trillin, The New Yorker

– Calvin Trillin, *New Yorker*

Edna Buchanan, periodista laureada con el Premio Pulitzer y autora de novelas de misterio premiadas, ha escrito dieciocho libros, quince de ellos novelas, y miles de artículos y cuentos. Vive en Miami, la ciudad más calurosa del planeta, con su esposo Michael, dos perros y un montón de gatos.

Extraviada y sin tener un lugar, deambulé por sombras grisáceas hasta que me despertó sobresaltada el cielo azul brillante de Miami. Ese día empezó mi vida.

No es que yo no supe lo que quería. Supe que era escritora cuando tenía cuatro años, en Paterson, Nueva Jersey, donde nací. No sabía leer todavía, pero mi madre lo hacía para mí y quedé enganchada a los cuentos. Les decía a todos que cuando creciera escribiría libros. Lo que tenía en la mente era ficción, pero no fue fácil.

Mi madre pronto fue a trabajar y ya no tenía tiempo para leerme, así que busqué lectores en otras partes. No se me permitía cruzar la calle, por lo tanto daba vueltas por la manzana. Con un libro bajo el brazo, abordaba a quien encontrara, el cartero, vecinos y totalmente extraños y les rogaba que me leyeran. Todos estaban demasiado ocupados, así que aprendí a leer temprano y rápidamente me hice adicta a los periódicos que mi padre compraba para enterarse de los resultados de las carreras.

El periódico es una mina de oro para un nuevo lector adicto a cuentos. Mi padre era uno de diez hermanos. Su madre, nacida en Ucrania, que casi siempre llevaba un pañuelo en la cabeza y casi nunca usaba zapatos, enviudó cuando joven en un desastre en una mina de carbón en Pensilvania. Embarazada y con una cantidad de hijos pequeños, se casó con el mejor amigo de su fallecido esposo, un polaco enorme y adusto que trabajaba en una fábrica. En una foto tomada en su país de nacimiento, mi abuelo, en uniforme militar, está a horcajadas sobre un caballo. No sé exactamente a qué ejército pertenecía, pero lucía un sable y un formidable ceño fruncido.

Vivían en la misma calle. Mi abuela no sabía leer en inglés. Pero eso no era un problema. Ahora yo sabía leer, y me quemaba de impaciencia por compartir con ella las noticias. Mi abuela trabajaba descalza en su cocina mientras yo, sentada en una silla de madera a su mesa, le leía el diario.

Mi abuela ocasionalmente se reía, generalmente estaba escandalizada. Su mundo privado giraba alrededor de su cocina calurosa y fragrante, su jardín y huerto exuberantes y su familia grande y unida. Murmuraba lagrimosamente en su idioma natal, convencida de que yo había inventado esas noticias asombrosas. Fue por primera pero no por última vez, que se me acusó de tal cosa.

Empecé a escribir mi primera novela cuando tenía siete años y llené varios cuadernos blancos y negros de composición, pero mi madre los tiró cuando yo no estuve en casa. Mi padre nos abandonó ese mismo año y no lo volví a ver nunca más.



Los flamengos en su nueva casa en la Isla de Parrot Jungle, un atractivo favorito en Miami. Enfrente: El horizonte de Miami se estampa contra el cielo azul.

Un poco después, descubrí el libro de genealogía de mi abuela materna. Ella fue descendiente de hugonotes franceses que llegaron al Nuevo Mundo vía Holanda dos años antes de que los indios vendieran Manhattan. Un antepasado llamado Samuel Provost, que fue el primer obispo protestante episcopal de Nueva York, ofició en la inauguración del presidente George Washington. Otro sirvió con el general Washington durante ese largo y terrible invierno en Valley Forge.

Típica escena a lo largo de la costa marína de Miami.

Las aventuras patrióticas de antepasados hacía mucho tiempo fallecidos encendieron en mí un amor por la historia que perduraría durante toda mi vida.

Mi abuela rechazó a su acaudalado prometido para casarse con mi abuelo, hijo de un fabricante alemán de velas de navegación. Esperó por mi abuelo, un maestro de escuela empobrecido, mientras éste luchaba en Francia durante la Primera Guerra Mundial. Ella falleció cuando mi madre, su hija única, tenía doce años.

Cuatro años más tarde mi madre y mi padre se fugaron para casarse. Ella tenía diecisiete años y era obstinada cuando yo nací. Después de abandonarla mi padre, mi madre rompió todos los vínculos con la familia y nos mudamos frecuentemente. Yo siempre fui la niña nueva en la escuela; era la muchacha más alta en mi clase, miope, torpe y terrible en atletismo. Cohibida y desgarbada, usaba prendas usadas que las compañeras de trabajo le daban a mi madre. Creí que todos se reían de mí, con buena razón. Una estudiante imposible, recalcitrante y sin perspectivas, yo odiaba la escuela.



Un prudente marino prepara a su nave para protegerla de la tormenta de vientos que se forma en la costa de Miami.

Los libros, los periódicos y mi maestra de inglés del grado séptimo, la señora Tunis, fueron los únicos aspectos brillantes en mi niñez. La señora Tunis me preguntó una vez, frente a la clase entera, si le dedicaría un libro

algún día. Su creencia de que yo podía escribir hizo que yo lo creyera también. Le mostré mi primera nota de rechazo del Saturday Evening Post.

"Recibirás muchas notas como ésta", me dijo ella, "pero no abandones nunca, porque algún día escribirás y venderás libros". Fueron palabras que inspiraron mi vida, palabras que se grabaron en mi cerebro de once años.

Algunos decenios más tarde dediqué un libro a la señora Tunis; ella nunca lo supo. Falleció a la edad de cuarenta y ocho años, cuando yo estaba todavía en el octavo grado. Si viviera todavía, probablemente no se acordaría de mí, pero yo la recordaré siempre, una prueba de que en este gran tapiz que llamamos vida, algún acto pequeño, o unas pocas palabras habladas, pueden resonar por años y hasta cambiar vidas años después.

Todos podemos ser la señora Tunis para alguien, como lo fué para mí.

Mi madre cada vez más atribulada me alentó a que dejara la escuela y fuera a trabajar a tiempo completo. Le hice caso. Nada cambió. Seguí sintiéndome una persona desplazada, a la deriva, sin timón ni destino después de los conflictos de mi niñez y de los inviernos largos, fríos y grises. Febrero fue el mes peor; parecía que la primavera nunca llegaría. Los sueños de mi niñez de escribir parecían igualmente sin esperanzas.

Mi primera vacación de verano, una semana en la costa de Jersey, fue tan deprimente como mi vida. Llovió fuertemente todo el tiempo y la playa estuvo cubierta de algas que olían como peces muertos. Nunca más. Juré que la próxima vez encontraría una playa bañada en sol bajo un cielo azul brillante.

¿Dónde sino en Miami y en Miami Beach, la ciudad mágica y el jardín de recreo del mundo?

Busqué un cielo azul y el sol, pero encontré mucho más. Mi primer vistazo de Miami desde el asiento trasero de un taxi, un año más tarde, se tornó en una experiencia sorprendentemente emocional. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Esta no fue una vacación. Fue el retorno a mi casa. Nunca había estado en Miami pero la reconocí instantáneamente. Estaba en casa finalmente. Había dejado atrás al arenoso blanco y negro noticiario y pasado al tecnicolor, al cinemascope y a la vida real. Debido a algún percance cósmico había nacido en el lugar equivocado, pero, gracias a Dios, había encontrado el camino de regreso a casa.

El latido poderoso del pulso de esta ciudad típicamente estadounidense a punto de transformarse en una exótica capital extranjera – y en el nuevo Ellis Island del país – me tocó el alma. Hasta el cielo era tan distinto. Nubes blancas se deslizan como barcos piratas sobre Miami en la noche y en ninguna otra parte del país la luna en cuarto creciente asciende volcada, como un tazón dado vuelta, en un cielo tachonado de estrellas veteado con rosado, púrpura y oro. Cuando vi las cinco estrellas de la Cruz del Sur, que no pueden verse al norte de Miami, olvidé a Nueva Jersey.

Miami despertó mi creatividad y empecé a escribir y escribir. Mi cabeza se llenó de cuentos, los personajes clamaron ser oídos y las palabras corrieron como torrentosos ríos de fuego. En una clase de creación literaria, conocí





Los hoteles de lujo, los condominios y los kilómetros de playas con arena blanca son lugares preferidos de los turistas. Arriba: Un par de amigas conversa en un parque frente a la Bahía de Biscayne en el distrito de Coconut Grove en Miami.

espíritus afines, entre ellos un hombre empleado en un pequeño diario de Miami Beach, que buscaba un reportero.

Solicité el empleo, di una prueba de mi redacción y, para mi asombro, fui aceptada inmediatamente a pesar de mi falta total de experiencia.

"Felicitaciones", dijo mi nuevo jefe, el redactor responsable, mientras me daba un apretón de manos. "Eres ahora una periodista".

Sospeché que tenía que haber algo más que esto.

Pero estuve siempre enamorada de los periódicos. Mis titulares más memorables fueron de artículos sobre los príncipes sombríos de mi niñez: Willie Sutton (el actor), el Babe Ruth de los asaltantes de bancos; George Metesky, el dinamitero loco de Nueva York; y Lucky Luciano, el hombre que organizó a la Mafia.

Seré reportera de un periódico durante el día, y escribiré la gran novela estadounidense por la noche, pensé sintiéndome feliz. Qué inocente. No supe entonces que el torbellino del periodismo diario no da tiempo para leer una novela, y menos escribir una.

Animada por la energía y la exuberancia de la juventud, fui aprendiendo mientras trabajaba seis y siete días por semana y lo adoraba. La razón fue que después de respirar mi primera bocanada de aire húmedo del verano, cuando las olas del calor refulgían en el pavimento sofocante y las palmeras se perfilaban contra un cielo azul brillante, fui otra persona, por fin en el momento y lugar correctos. Pude pensar, y hasta ver, más claramente en la increíble luz de Miami.





Las palmeras adornas las aceras donde están los hoteles y condominios elegantes de Miami. Arriba: Hoteles de estilo Art-Deco iluminados con luz de neón en Ocean Drive, una de las arterias más concurridas en la Playa de Miami. Abajo: South Beach es un muestrario de diseños del art-deco de las décadas de 1920 y 1930.









Tope izquierda: Entrada a la Feria Internacional del Libro en Miami. Arriba derecha: Un festival en La Pequeña Habana, donde se sirven las comidas favoritas entre los hispanos. Arriba izquierda: Un grupo de bailarines celebra el Dia de la Mancomunidad de Puerto Rico, en el vecindario de Wynwood. Arriba: Una niña que participa en el Festival de Artes de Miccosukee, en los Everglades de Florida.

Entrevisté a personas famosas; cubrí eventos políticos, crímenes, los tribunales; redacté una columna, artículos y avisos de necrología; escogí los perros para el departamento de deportes; fui fotógrafa; aprendí a diagramar páginas, a leer al revés, componer tipo; y empecé a recibir premios por redacción y fotografía.

Después fui contratada por el Miami Herald. El primer artículo que esta refugiada de Jersey escribió para el Herald fue sobre un refugiado cubano cuyos padres rusos habían huido de los bolcheviques para asentarse en La Habana en 1918. Ahora, el hijo, su esposa y sus hijos huyeron de Cuba, se asentaron en Miami y, gracias a un pequeño préstamo de la Administración de Pequeñas Empresas, abrieron la única fábrica de banderas estadounidenses en el sur de Estados Unidos.

Al poco tiempo pasé a la modesta ronda policial, influenciada probablemente por los príncipes sombríos. El trabajo me anonadó, todos los días. Qué mina de oro. La ronda policial es Shakespeare al desnudo. Todos los días me encontré con Hamlet, Otelo, Romeo y Julieta, o el Rey Lear en las calles peligrosas de Miami. En algunos días malos, me los encontré a todos.

Son tantos los que buscan peligros, y algunos pierden sus vidas en la búsqueda del sueño de Miami. En su mayoría son refugiados que huyen de la guerra, de dictadores, de la pobreza – y de sus propios demonios personales. Luego la puesta del sol torna al mar en un rojo color sangre, una luna llena



Monjes budistas de Tailandia cantan durante un servicio matinal en un templo en Miami.

gigantesca se yergue sobre Miami, la temperatura sube vertiginosamente, la presión barométrica baja, y se arma la de todos los demonios.

Es un lugar estupendo para un reportero. Más que nada, me encantaba escribir acerca de los héroes porque, naturalmente, los mejores y más valientes entre nosotros no son super–policías o bomberos, sino gente común que cuando es necesario está a la altura de las circunstancias y hace lo extraordinario cuando tiene que hacerlo.

No se tiene que ser un Rambo para ser héroe. Algunos de los héroes sobre los que escribí fueron amas de casa miopes y camioneros demasiado gordos, niños tenaces y viudas de edad avanzada.

Algunas veces, basta sobrevivir para ser heroico.

Muchos no sobreviven. La primera de mis muchas visitas a la morgue de Miami me llenó de indignación. La conciencia del escritor se conmueve frente a los apremios del oprimido, del hombre pequeño que está siendo intimidado, la víctima de una injusticia. La muerte demasiado prematura, a cualquier edad, es una injusticia. Me moría por investigar y redactar las historias de todos ellos. ¿Qué sucedió? ¿Qué fue lo que salió mal? ¿Cómo se los hubiera podido salvar?

Qué ciudad extraordinaria para escritores, los que cada otoño, provenientes de todas partes, se reúnen para celebrar su diversidad en la Feria Internacional del Libro sostenida en Miami todos los años. Cientos de miles de lectores concurren al evento durante una semana para escuchar a cientos de escritores de todas partes del mundo. El único inconveniente para un novelista es que algunas veces es difícil escribir ficción en una ciudad donde la verdad es más extraña.

Miami está llena de sorpresas.

Como la de las gigantescas serpientes pitones de birmania, anacondas verdes, pitones del Norte de Africa y boas constrictoras, todas animales domésticos que crecieron hasta ser demasiado grandes – tanto como veinte pies de largo y 400 libras – que se escaparon, fueron abandonadas o puestas en libertad por sus propietarios en Miami. Decenas de miles de reptiles gigantes habitan ahora los Everglades, se multiplican rápidamente y alarman a las autoridades al enfrentarse con los caimanes nativos.

Arena roja, levantada por los vientos feroces del desierto en Africa, es atrapada por las corrientes aéreas que circulan hacia el oeste. Enormes tempestades de arena, nubes monstruosas de arena roja, de quinientas a mil millas de ancho, se desplazan a través del Atlántico hacia el sur de Florida. Los miamenses se despiertan y encuentran a sus automóviles cubiertos de arena. El cielo se torna lechoso con una bruma blanquecina, y por la noche, la luna cuelga gorda y baja, un siniestro dólar de plata deslustrado por el polvo del Sahara.

Después de amainar las tempestades de arena y los incendios anuales en los Everglades, el vasto cielo nocturno parece tan cerca como para que se lo







Tope: Envolviendo los tabacos en una fábrica de cigarros en La Pequeña Habana. Centro: Frutos y vegetales que se venden desde un camión, propiedad de alguno de los muchos inmigrantes cubanos llegados a Miami. Arriba: Los jugadores disfrutan de una partida en el Parque del Dominó, en La Pequeña Habana.



pueda tocar, tan brillante que una vez un controlador aéreo en el Aeropuerto Internacional de Miami dio permiso a Venus para aterrizar.

Y quién hubiera pensado que la estudiante recalcitrante, la persona desplazada, escribiría miles de artículos de prensa, diecisiete libros, y sería laureada con el Premio Pulitzer. Nadie que la conoció en Nueva Jersey lo creería jamás.

Nada de esto hubiera o pudiera haber sucedido en ninguna otra parte. Miami tiene poca memoria. De donde provienes, tus logros previos o la falta de ellos, no tienen importancia.

Miami es un lugar donde todo es posible.

Algunas veces floto en mi piscina, temprano en el atardecer manso y húmedo, y me río al ver las montañosas nubes rosadas y doradas, como aquellas pintadas por los grandes maestros, flotar en el cielo de zafiro mientras el sonrosado neón de South Beach brilla en forma seductora desde el otro lado de la bahía.

Mi aventura amorosa más duradera es con Miami y todos sus residentes y residentes potenciales, vivos y muertos, desde los valientes pioneros que sufrieron penurias y desengaños para colonizar esta frontera salvaje, semi–tropical, situada al pie del mapa, para convertirse en los miamenses fuertes, diversos y resistentes de hoy que constantemente ignoran las luces rojas del tráfico y el hecho de que viven en el extremo de una península a nivel del mar que entra en un trecho peligroso y turbulento del mar conocido como Hurricane Alley, el callejón de los huracanes.

La Madre Naturaleza nos ha bendecido de muchas maneras, pero ella puede ser también homicida, con huracanes, tornados, trombas marinas y rayos que caen con más frecuencia que en ninguna otra parte del país.

Uno siempre puede tratar de alejarse de Miami, pero Miami nunca se aleja de uno. Lo engancha a uno para toda la vida.



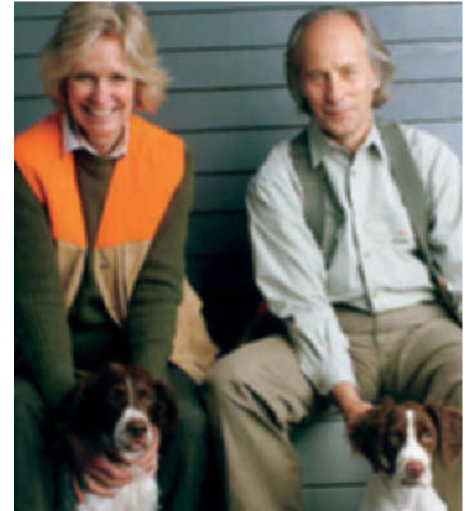
Tope: Un cocodrilo se desliza en las aguas del Parque Nacional de Everglades. Arriba: La carretera Loop Road pasa por el parque de la Preservación Nacional Big Cypress y se pueden a diversas variedades aves y plantas locales.

NUEVA ORLEANS



NUEVA ORLEANS EN LA MIRADA

Por Richard Ford y Kristina Ford



Kristina Ford es jefa de Instalaciones, Infraestructura y Desarrollo Comunitario de la ciudad de Nueva Orleans y ex directora de Planificación Urbana. Es la autora del libro *The Trouble with City Planning* (Yale), publicado recientemente. Richard Ford es novelista y ensayista. Su trabajo ha sido traducido a veintiocho idiomas. En 1996 ganó el Premio Pulitzer para Ficción por su obra Independence Day.

Estos días, mirar a Nueva Orleans claramente es más difícil de lo que solía ser. Si bien nunca fue fácil formarse una idea cabal del lugar. Ese siempre fue su encanto – para el mundo que venía desde lejos y también para sus propios habitantes. Nueva Orleans, aunque sólo por un momento, puede ser cualquier lugar que uno desea que fuera, mientras esconde algunas de sus partes (no siempre prolijamente) manteniéndolas fuera de la vista. Fue una ciudad de conveniencia, de acomodo privado y cambiante – de superficies – debajo o al lado de las que había versiones diferentes a las que no necesitábamos prestar atención, pero que sin embargo formaban parte de lo que la ciudad fue. El conjunto es siempre difícil de abarcar.

Hemos estado en otras ciudades – más grandiosas, más espléndidas, más poderosas y esenciales en los mapas y culturas de sus países. Pero Nueva Orleans encabeza a todas en ser el tema constante diario de conversación y atención de sus habitantes. De los visitantes también. Simplemente, la gente no se cansa de hablar de Nueva Orleans, lo que es otra forma de decir que nos elude. Si fuéramos a escuchar todo lo que se dice allí en el período de un año, oiríamos las palabras “Nueva Orleans” cientos de veces más que cualesquiera otras palabras. Nueva Orleans nos fascina. Aquellos de nosotros que nos interesamos por ella siempre la buscamos, escarbamos sus superficies, alzamos sus bordes, nos aventuramos a acercarnos, la ladeamos para ver más, oír más, conocer más, mientras que la negamos lo menos posible. Nueva Orleans es un fetiche al que acudimos debido a un anhelo que no podemos explicar realmente.

Por ello, las generalizaciones nunca describen muy bien el carácter de una ciudad. Los apodos y los lemas son dominados por las excepciones. “La ciudad de espalda ancha”, “Una ciudad que no engaña “, “La ciudad de los ángeles”, “La ciudad del amor fraterno”. Todos estos tienen que ver más con las necesidades del observador que con la verdadera naturaleza de la ciudad y su capacidad de estar a la altura de las expectativas. O sí, en Nueva Orleans existe un espíritu indulgente que seduce a los forasteros a venir y hacer lo que nunca hacen en su pueblo. En ese sentido es “La ciudad que hace olvidar las preocupaciones”. Pero en Estados Unidos, las ciudades siempre han prometido indulgencia – a forasteros y a feligreses que vienen para asistir a convenciones de sus iglesias y a individualistas que gravitan hacia la metrópolis desde el imperio de tierra adentro. Es igual en Europa – probablemente en China y en Kenia también. La ciudad siempre desbordó de fervor.



Turistas disfrutan de un paseo en carruaje por el Barrio Francés. Enfrente: La catedral de San Luis se levanta en la Plaza Jackson.



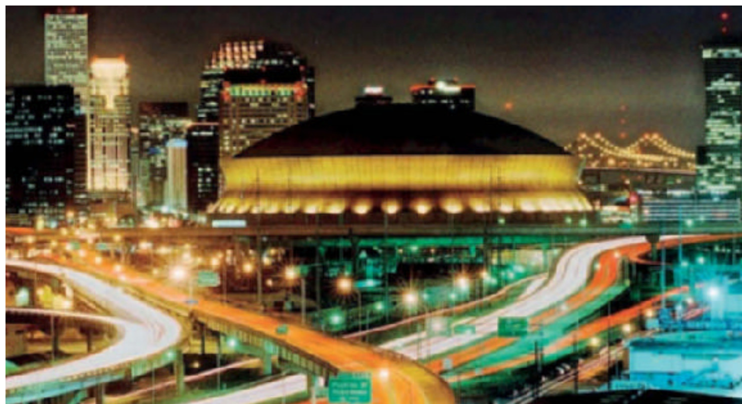
Sin embargo, se puede afirmar la clarividencia simplemente al hablar sobre lo que nos gusta más de Nueva Orleans. Nos gusta su intermitente impertinencia a imitación europea, ante los desgastados prototipos urbanos estadounidenses (Kansas City, Omaha, St. Louis, Dallas, Atlanta). Nos gusta su ubicación dramática e improbable sobre la tierra – una tierra imposible, sombría, entre un río y un lago – lo que hace que se sienta allí la vida en forma alegre y arriesgada. Nos gusta su situación en nuestro mapa de Estados Unidos – un sumidero en el que eventualmente se escurre y se revela mucho de lo que es estadounidense. Nos gusta la mezcla de culturas que me hace placenteramente invisible. Nos gusta la sensación latitudinal de torpor y éxtasis, que inexplicablemente estimula la iniciativa – en mí al menos. Nos gusta el sentido enrevesado que la ciudad tiene de su propia historia que hace que me sienta libre de ella. Hasta nos gusta el asfixiante amor propio de Nueva Orleans, el que por último dicta muy poco la forma en que se debería verla y que nos hace sentir (no muy seriamente ni por demasiado tiempo) como renegados. Y nos gusta el hecho de que al pensar en Nueva Orleans – buscándola, entrometiéndome en ella y mirándola fijamente como yo lo hago – la mente eventualmente vaga hacia afuera, hacia todo Estados Unidos, para ver cómo difiere y se asemeja a Nueva Orleans y el porqué de ello. Es similar a cómo los turistas ven a Estados Unidos más vívidamente estando afuera. Nueva Orleans es nuestro propio país extranjero, un país privado, donde hablamos el idioma del lugar.

Desde 1727, los residentes de Nueva Orleans han venerado a Dios en iglesias situadas en el sitio en que ahora se encuentra la Catedral de San Luis, en la Plaza Jackson.

Naturalmente, lo que ocurrió e hizo que ahora todo sea más difícil de ver, fue Katrina – hace ya más de cinco años, pero visiblemente, implacablemente presente en todo. "Cuánto opio es infundido en un desastre natural", escribió Emerson. "Parece formidable cuando nos acercamos, pero no presenta



Tope: Vista aérea del Gran Puente Nuevo de Nueva Orleans. Arriba: Un largo tramo de carreteras sirven para canalizar parte del rio Mississippi.









fricciones ásperas, sino las superficies más resbalosas". Lo que Emerson quiso decir fue que el desastre natural nos arrulla, nos hace pensar que entendemos y vemos claramente lo que no vemos o entendemos. El desastre natural hace que su objeto y hasta su propia realidad sean difíciles de percibir. Fue el desastre natural el que hizo que Nueva Orleans sea más difícil de ver.

Después de Katrina, el idioma mismo ha llegado a ser algo básico que se ha tornado borroso. (Con frecuencia vemos con palabras). Especialmente para el forastero – (aunque los locales también lidiamos con ello) – por el momento Nueva Orleans ha llegado a significar Katrina, mientras que antes significó otras cosas – todas esas cosas que he descrito. Es como "Detroit" significa una industria exhausta, o "Washington" sugiere un gobierno fuera de quicio. Es nuestra triste metonimia. Katrina – por el momento al menos – se ha convertido en una marca subversiva. Mancilla todo lo que tiene que ver con la ciudad – las palabras, los pensamientos, las posibilidades, el pasado, el futuro. Cuando decimos "Nueva Orleans" – una expresión rica en complejidad y matiz y una verdad parcial que siempre viene acompañada con un guiño del ojo – evocamos ahora, sea que lo deseamos o no, una serie de imágenes más vastas, más granuladas, más desconcertantes: el huracán, toda esa gente en los tejados– o flotando; casas demolidas, calles despojadas, la marea reluciente de aguas tóxicas, políticos con expresión de suficiencia, personas armadas patrullando sus calles; seres humanos rescatando a otros seres humanos. Lo que se había perdido, o lo que apenas sobrevive o persiste contra viento y

Tope izquierda: Una vista de Nueva Orleans, antes que fuera golpeada por el huracán Katrina, con una vista del SuperDomo. Tope derecha: Balcones labrados con fierra adornan los balcones del Barrio Francés de Nueva Orleans. Arriba izquierda: Vista aérea de los pantanos en el rio Mississippi frente a Nueva Orleans. Arriba: Un tradicional tranvía recorre la Avenida St. Charles en Nueva Orleans.







Arriba izquierda: Reconstrucción de una casa de estilo criollo del siglo XIX en el distrito de Lower Ninth Ward, una zona muy averiada por el huracán que en 2005 azotó a Nueva Orleans. Arriba, centro: El jefe indio Walter Crook participa disfrzado en un funeral con jazz. Arriba: Un joven disfrazado de matador de toros, posando en el Barrio Francés de Nueva Orleans.

marea, tiene que encajarse ahora en todo aquello que solía ser para componer nuestro presente. Si una vez Nueva Orleans fue una ciudad de borracha incongruencia y disonancia burlona, sonriente, de palmadas en la espalda (fue rica, fue pobre, fue el sur – excepto que no lo fue realmente; fue negra, fue blanca, fue beige; fue francesa, española, cajun, criolla, indígena, americana), hoy es una ciudad destrozada y entera al mismo tiempo. Es difícil encontrar un apodo o un lema que aclare esa imagen entera.

Este otoño, con la brisa caliente a lo largo de la calle Royal y por Prytania, de St. Claude hasta el linde de la parroquia y en los Campos Eliseos hasta el Lago, se oyen palabras con mezclas de esperanza y duda como: "Regresaremos". "Estamos casi por regresar". "¿Regresaremos algún día"? "¿Podrá Nueva Orleans ser lo que fue"? Estas pueden ser palabras que esperamos oír de quienes vivieron en Nueva Orleans – de ciudadanos amantes de su ciudad, acostumbrados a mirarla con embeleso, como a través de una gasa. Nueva Orleans es una ciudad que conserva. Adopta y pide ser adoptada, se aferra a tanto como le es posible, de la misma manera como se aferra al lugar inestable que ocupa sobre la tierra que se hunde. "Regresaremos" simplemente es una manera de registrar la pérdida y de redimirla. Lo que en términos prácticos significa que hasta un nativo de Nueva Orleans que detesta sus circunstancias prefiere detestarlas en el mismo Nueva Orleans en lugar de en alguna otra parte. Aparte del fatalismo, éste no es el peor carácter que una ciudad pudiera tener.

Grandes figuras de la música participan en el Festival de Jazz y Patrimonio en Nueva Orleans. De izquierda a derecha figuran: Warren Prejean Sr., Keb'Mo, Roger Lewis y Doctor John.









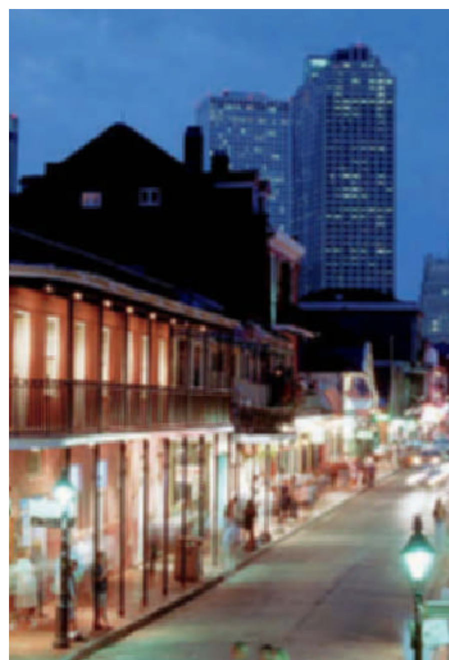




Mismo así, no le hacemos justicia a Nueva Orleans cuando decimos en forma preceptiva que la conocemos, o incluso que compartimos cierto sentido de su singular carácter. Es una ciudad más bien pequeña (más pequeña ahora que tantos han desaparecido o se han mudado). Puede ser simplemente que nuestras afirmaciones acerca de su naturaleza coinciden y se unen y parecen ser más verdaderas de lo que son. Los desastres naturales, sin embargo, tienen por consecuencia el hacernos mirar más detenidamente, y de poner en duda lo que una ciudad realmente es. Para qué usos reales sirve. Qué bien hace. Qué mal. Las ciudades ofrecen diferentes vocabularios para sus inversiones en las vidas de sus ciudadanos. Pero el halo de misterio se trasluce. Y la inversión es muy parecida, de ciudad a ciudad: Queremos hacer que lo por venir sea mejor que lo que fue.

Sólo los políticos que tienen algo para ganar se atreven a aconsejar a toda una ciudad – especialmente una ciudad famosa por no hacer caso ni siquiera a los buenos consejos, una ciudad donde los desastres naturales (recordándolos, sonriendo ante ellos, congraciándose con ellos) siempre parecieron familiares. Por lo tanto, mi intención no es aconsejar. Pero apuesto a que el vocabulario cívico en Nueva Orleans cambiará pronto – si es que no lo ha hecho ya. El "seguiremos adelante" pronto tomará el lugar de "regresaremos", puesto que de todas maneras el lugar al que se regresaría ya no existe. Nadie pudo ponerse de acuerdo acerca de lo que ese lugar fue, o cómo se veía, o a quien benefició. El "lugar de regreso" se convierte simplemente en otra ilusión adaptada a nuestras necesidades individuales. Algún día, pronto, se verá el "seguiremos adelante" como una versión de lo que hubiera, pudiera, o habría ocurrido de todas maneras, aún si no hubiera habido una tempestad terrible.

Cuando miramos a Nueva Orleans, a sus incongruencias, cuando escuchamos sus disonancias, nuestro anhelo es comprender, hacer que todas las piezas dispares se unan. Hacemos esto tanto como nos deleitamos con sus rarezas, su intransigencia. Intimamente, nos preguntamos lo que es normal. ¿Es esto normal? ¿Está bien esto? ¿Me siento yo normal? ¿Estoy yo bien? Así es como todo residente mide la vida en cualquier ciudad. En Nueva Orleans, algún día la respuesta será sí.



Tope izquierda: Un entierro de víctimas del huracán Katrina, con acompañamiento de una tradicional banda de jazz. Tope derecha: Las multitudes llenan las calles del Barrio Francés de Nueva Orleans en ocasin de la celebración del Mardi Gras, o sea el carnaval, de 2009. Arriba: Vista nocturna de la Calle Bourbon, en el Barrio Francés en Nueva Orleans.


NUEVA YORK

NATIVO DE BROOKLYN

por Pete Hamill



Pete Hamill es novelista, periodista y ensayista. Autor de 10 novelas, biografías, un libro de memorias y colecciones de relatos cortos, y periodista, es escritor en residencia distinguido de la Universidad de Nueva York. Sus artículos de prensa se han publicado en *The New Yorker, The New York Times, Esquire,* y *Vanity Fair,* y durante muchos años fue colaborador del *New York Daily News* y del *New York Pos*t. También fue director del *News* y el *Post*. Vive con su esposa en Nueva York.

Todo escritor empieza por ser lector, y yo tuve la buena fortuna de serlo a una edad tan tempranam que ya ni la recuerdo. No hubo ninguna revelación en el aula, ningún momento trascendental en el que descubrí que podía descifrar esos pequeños símbolos llamados letras, formar con ellos palabras y guardar en mi mente palabras como cuadros. Eso significa, casi con toda seguridad, que mi madre me enseñó a leer.

Mi madre y mi padre fueron inmigrantes, llegados a Nueva York desde Irlanda del Norte, católicos de la áspera y sombría ciudad industrial de Belfast. Llegaron separadamente y se establecieron en el inmenso y bello barrio de Brooklyn. En aquellos años, Brooklyn era un barrio de obreros, inmigrantes y sus hijos, que trabajaban en el comercio del puerto. El metro les permitía trabajar en un lugar y vivir en otro, y Brooklyn era especial: bañado por lo que más tarde me parecía una luz de Vermeer. Incluso las casas de vecindad pobres parecían bellas al atardecer o al romper el alba. En Nueva York, el sol sale en Brooklyn a anunciar el día. No es de extrañar que los holandeses lo amasen tanto.

La vida no fue fácil para Billy Hamill y su mujer Anne Devlin. En el viejo país, mi padre dio por concluidos sus estudios al terminar el octavo grado. Mi madre terminó el equivalente a la enseñanza secundaria, pero llegó a América a los 19 años, huérfana, en 1929, con el sentido típicamente irlandés de la oportunidad, el día en que quebró la bolsa. En 1927, mi padre estaba jugando un partido dominical de fútbol semiprofesional cuando recibió una brutal patada, fue trasladado urgentemente al hospital, pasó la noche sedado, y por la mañana, con la gangrena avanzando rápidamente por la pierna destrozada (la penicilina no se había inventado todavía), perdió la pierna por encima de la rodilla. Mi madre trabajaba en un gran almacén y más tarde como sirvienta, al cuidado del niño pequeño de una familia acomodada de Brooklyn. Se conocieron en un baile en 1934. Algo que hacía a mi padre reír años después, ya que nadie puede bailar mucho con una pierna de madera. Yo fui su primer hijo, y llegamos a ser siete cuando la familia estuvo completa. Esto seguramente quiere decir que Anne Devlin Hamill tuvo tiempo de sentarse sola conmigo, enseñarme un libro y leérmelo mientras seguía las palabras con el dedo.

Uno de mis favoritos era “A Child’s Garden of Verses” de Robert Louis Stevenson, y debo haber amado los ritmos de las palabras, las ilustraciones y la forma en que se combinan para crear un deslumbrante mundo infantil. En cierto modo, los versos se asemejaban a las canciones irlandesas que cantaba mi padre cuando venían a visitarnos amigos o vecinos. Las canciones son



Una vista del Puente de Manhattan, que conecta el Bajo Manhattan con Brooklyn. Enfrente: La Estatua de la Libertad es un atractivo para los visitantes que llegan a la Ciudad de Nueva York.



historias. Algunas de ellas llenas de héroes martirizados. La mayoría, llenas de fanfarronas risotadas.

Durante muchos de aquellos años de niñez, vivimos en una casa de vecindad de Brooklyn, en un piso desprovisto de todas comodidades. Yo nací en 1935, en la época más sombría de la Gran Depresión, pero no he guardado recuerdos de penurias angustiosas. Siempre había comida en la mesa. Tenía muchos amigos de la vecindad o de la escuela. Aprendí a jugar el juego callejero de "stickball", con el mango desnudo de una escoba y una pelota



Izquierda: El edificio del Empire State domina el horizonte de la ciudad, vista desde el sur. Arriba: Vista aérea del Bajo Manhattan desde el centro de la ciudad.





Tope: Entre 1892 y 1924 unos 16 millones de personas pasaron por la Isla de Ellis, donde los inmigrantes que llegaban en oleadas eran entrevistados antes de ser admitidos Estados Unidos. Arriba: Actualmente la Isla de Ellis es un monumento nacional, y recibe a turistas que llegan por ferry.



de goma de color de rosa, llamada “spaldeen” (corrupción del nombre del fabricante, que era Spalding). Algunos sábados por la mañana empezábamos a jugar a las ocho , con el sol derramando sus rayos sobre nosotros desde Prospect Park, y no parábamos hasta el anochecer. Entonces no había televisión, pero los días de lluvia había otras distracciones, La entrada al cine el sábado por la mañana costaba 12 céntimos hasta mediodía y alentábamos entusiasmados a los vaqueros con nuestros gritos y nos maravillábamos ante las vistas del Oeste americano. Durante la guerra, descubrí las revistas de historietas y quedé hechizado con “Batman”, porque su Gotham se parecía a mi Brooklyn, con sus profundas sombras, inquietantes almacenes, siniestros callejones empedrados. Pero aun mejor, me ilusionaba un inmenso y maravilloso palacio (a mis ojos) de piedra, a tres manzanas de nuestra casa: la biblioteca pública de Brooklyn.

De nuevo, mi madre me llevó allí la primera vez, y la segunda, y probablemente la décima. Me enseñó la sala de niños, con su inmensa chimenea tallada, me consiguió una tarjeta de lector, me explicó el orden alfabético y me ayudó a dar los primeros pasos en mi carrera de escritor. Yo no salía de mi asombro al ver que podía llevar a casa los libros que estaban en aquellas estanterías bajas. Devoré los cuentos de Babar, soñé con encontrar un elefante con un traje verde e ir con él a una ciudad llamada París. Una ciudad que no se parecía en nada a Brooklyn.

Para el tercer grado, ya iba a la biblioteca solo (se consideraba humillante que tu madre te tuviera que acompañar a cualquier parte, pero sobre todo a la escuela). Hasta muchos años después no supe que la había construído allí mi ricachón favorito, Andrew Carnegie. Al mismo tiempo, una maestra de mi escuela (la señorita Smith) nos hizo a todos copiar los mapas de la guerra de las páginas del New York Daily News (que entonces costaba 2 centavos).



Tope: Vista del centro de Brooklyn y sus altos edificios en la distancia. Arriba: Una madre lleva en trineo a su hijo a la escuela, pasando por el Puente de Brooklyn, en un dia que hubo una fuerte tormenta de nevada.

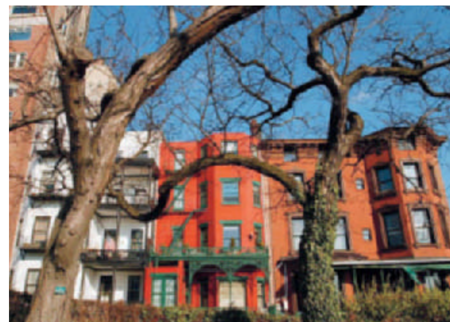
Aquella tarea me enseño donde estaban África del Norte y Francia y Alemania e Inglaterra e Italia y, por supuesto, Irlanda. Me di cuenta de lo inmenso que era el Pacífico, y dónde estaba Guadalcanal, y Midway, y también Japón. La maestra nos recordó que muchos de los jóvenes de nuestro barrio estaban en esos lugares, y que cuando veíamos una estrella dorada en una ventana significaba que uno de ellos había muerto. Para el final de la guerra, había estrellas por todas partes. Cuando terminamos de hacer los mapas, nos dijo que empezáramos a leer sus relatos. Y después ir por la vecindad y pedir las direcciones de los hombres que estaban en la guerra. Luego, escribirles cartas, incluso si no los conocíamos, para agradecerles todo lo que estaban haciendo para que siguiéramos siendo libres.

La palabra "libre" estaba en todas las bocas. Se la oía decir a los amigos de mi padre cuando discutían algo, e incluso alguien que no estaba de acuerdo decía, "¡Eh!, es un país libre". Parecía algo muy importante para ellos, y después de algún tiempo, comprendí que la mayor parte de ellos había venido de países que no eran libres. Lugares donde habían sufrido a causa de su religión. Lugares donde uno no podía decir las cuatro verdades, como se suele decir, sin oír una llamada a la puerta a medianoche. Mi madre y mi padre siempre decían las cuarto verdades. En la fanática Belfast, eso no era posible. En Estados Unidos, mi padre nunca gritaba. Años después, encontré la definición del estilo masculino de Irlanda del Norte en el título de un poema del premio Novel Seamus Heany: "Digas lo que digas, no digas nada". En Estados Unidos, pueden decir todo lo que, diablos, se les ocurra. No necesitan gritar.

Todos estos espíritus libres, estos obreros industriales, bomberos, trabajadores de la industria del acero, fornidos estibadores, me enseñaron muchas cosas, la mayoría de las cuales ha sobrevivido en mis escritos. Uno puede ser duro, sin ser malvado. Si buscas pelea, lo más probable es que la encuentres. Lo más importante de la vida es el trabajo. Y un pecado imperdonable (después de la crueldad) es compadecerse de sí mismo. Mi padre murió a los 80 años y sólo le oí lamentarse de la pérdida de su pierna una vez. Mi madre también trabajaba. Tenía que hacerlo para mantener a una familia numerosa en tiempos difíciles. Ninguno de ellos tuvo jamás tiempo de compadecerse de sí mismo. Estaban demasiado ocupados. Cada uno de ellos trabajó hasta que no pudo trabajar más.

En aquel tiempo, antes del final de la guerra, yo leía también las secciones de deportes de los periódicos y las grandes tiras cómicas de entonces "Dick Tracy", "Smilin' Jack", y sobre todo "Terry y los Piratas". Esta última era la favorita de mi madre, y yo la recortaba todos los días y la pegaba en un álbum para ella. No entendía muy bien la historia, porque su magnífico creador, Milton Caniff, escribía y dibujaba "para quien compraba el periódico". Pero empecé a asimilar algunos de los principios básicos de la narrativa: pasa esto y pasa esto, y como resultado, pasa ESTO.

Sabía dibujar lo bastante bien para copiar los grandes malvados de Dick Tracy y esbozar una versión aceptable de Fat Stuff, de Smilin' Jack. Nunca





Tope: Los coloridos edificios a lo largo de la Promenada Brooklyn le dan un encanto especial a ese vecindario de Nueva York. Arriba: Los visitantes de Astroland disfrutan un viaje en una montaña rusa ciclónica en Coney Island, un centro de distracciones en Brooklyn, Nueva York.



Una pareja pasea por el Central Park en un carromato tirado por caballos. El Central Park fue el primer parque urbano con paisaje arreglado en Estados Unidos.









Tope izquierda: Los cartelones de la plaza de Times Square, publicitan espectáculos que se presentan en Broadway, célebre arteria teatral de Nueva York. Tope: Jóvenes bailarines con trajes irlandeses participan en el Desfile del Dia de San Patricio. Centro: Estudiantes de Taiwán celebran durante las festividades de Año Nuevo en Times Square. Arriba: Un panadero prepara la masa en Bagel Store, en Brooklyn.

pude dibujar la Dama Dragón. Pero aproximadamente por aquella época, sucedió otro importante acontecimiento. Leí un libro que era todo texto y llegué hasta el final. El libro no venía de la biblioteca, sino de un cajón de una tienda de libros de segunda mano, a pocas manzanas de donde vivíamos. Se titulaba "Bomba, the Jungle Boy at the Giant Cataract" (Bomba, el Niño de la Jungla y la Catarata Gigantesca) y me transportó a la jungla amazónica, donde un muchacho de mi edad, superviviente de un accidente aéreo, busca a su padre perdido. En los años de la posguerra, empecé a comprar cada ejemplar de esta serie, generalmente por 10 céntimos, a viajar en mi imaginación a lugares exóticos y hacer frente a inmensos peligros. Hasta el día de hoy, una docena de cuentos de Bomba están amontonados en mis estanterías. El relato es a veces racista, ("Bomba sabía que por sus venas corría sangre blanca"), pero entonces yo no me daba cuenta . Lo que quería saber era qué pasaba después.

En la biblioteca ya hacía tiempo que había dejado atrás a Babar. Me tropecé con el libro de los piratas de Howard Pyle, lleno de ilustraciones, tesoros robados, duelos a espada en la cubierta de los galeones — y más adelante me esperaban Robert Louis Stevenson y Alejandro Dumas. En nuestra casa nunca hubo suficiente dinero, pero yo viví una niñez y una adolescencia asombrosamente ricas. Después de todo, navegué a la Isla del Tesoro con Jim Hawkins. Me batí contra los agentes de Milady al lado de Artagnan. Y pasé todo un verano como Conde de Montecristo. Las tiras cómicas clásicas eran mis Cliff Notes**, excepto que servían más de guía de lectura que de trampa para no leer los libros, lo que daba lugar a registros en la biblioteca en busca de los libros mismos. Yo no solo miraba esos libros, entraba en ellos, vivía en ellos.

Años después leí un ensayo de Stevenson, en el que instaba a los aspirantes a escritores a leer vorazmente. Me di cuenta de que mucho antes de sentir ningún tipo de ambición de ser escritor, ya era eso, justamente, lo que estaba haciendo. Y no estaba solo, para los escritores en ciernes, así como para el lector serio, las grandes obras literarias son alimento. Nutren

la imaginación, despiertan la curiosidad por las vidas de otros, demuestran que existe un vasto mundo más allá de los estrechos límites en que uno vive. Las grandes obras también plantean cuestiones al lector que solo él puede responder. Cuestiones sobre el significado de su propia vida. Sobre las opciones morales a las que todos tenemos que hacer frente. Sobre las consecuencias de opciones y acciones. Para cuando tenía 12 años, quería ser dibujante de tiras cómicas. Cuantas más grandes obras leía de historia y literatura, más se desvanecía esa ambición.

Ahora que soy viejo, a veces me pregunto si habría llegado a ser escritor si me hubiera criado en los gloriosos paisajes del Oeste americano o en el sombrío Belfast. Es una pregunta que nunca puedo contestar. Si hubiera tenido los mismos padres, tal vez. Pero tuve la suerte geográfica de tomar conciencia de mí mismo en el mundo abigarrado de Brooklyn, con sus secretos, su variedad de religiones y etnias e idiomas, sus códigos de conducta. Desde nuestra terraza puedo ver las torres de Manhattan arañando el cielo. Mì propia versión de Oz. Lo veo todavía como un hijo de Brooklyn. Hay pocos santos en esas calles de Brooklyn, y muchos pecadores, pero el pecado es siempre una historia más interesante. También era la época anterior a la televisión, que es un medio pasivo. Uno se puede sentar delante de la pantalla y no hacer ningún esfuerzo imaginativo. La música dice lo que hay que sentir. Las bandas sonoras de risas dirigen nuestra risa. La lectura es activa, nos fuerza a prestar atención a esas curiosas letras, transformadas en palabras, y la imaginación completa la experiencia. Nos pueden hacer ver las calles de nuestra propia parte del mundo, o llevarnos a la Catarata gigantesca. Nos recuerdan constantemente que primero imaginamos, luego vivimos.

Esto se me reveló con toda su fuerza hace aproximadamente 20 años. Como parte de mi trabajo de periodista, había estado informando de la caída del régimen comunista en Praga, fascinante revolución dirigida por un escritor. Cuando esa extraordinaria historia alcanzó su punto culminante y Vaclav Havel fue al Castillo, mi mujer y yo salimos para Berlín. Era una mañana desapacible de lluvia. Había contratado a un chófer para que nos llevase al Berlín Oriental estalinista, y atravesamos la Puerta de Brandenburgo en una de las ciudades más feas de Europa. Yo había estado allí 15 años antes, y ahora era aun peor. La arquitectura de la paranoia forzosa estaba en todas partes.

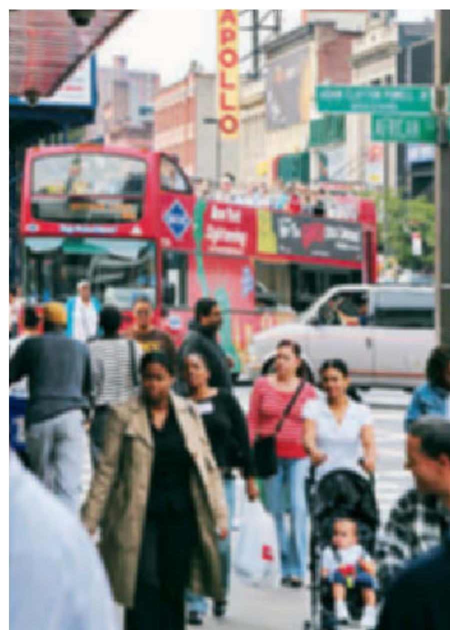
Entramos en una amplia avenida principal y después de recorrer unas cuantas manzanas, vimos en la acera, a nuestra izquierda, una larga cola de personas embutidas en gruesos abrigos, de cuatro o cinco en fondo, muchas de ellas con paraguas.

“¿Qué es esto?” pregunté al chófer “¿Están haciendo cola en espera de alimentos o algo?”

“No,” dijo en una voz baja, que denotaba profunda emoción. “Hoy es el primer día que llegan libros del Oeste”.

Tuve que esforzarme por controlar las lágrimas.



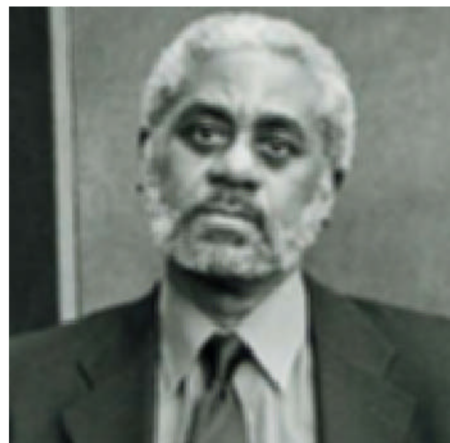


Tope: Dos bailarines del Ballet de la Ciudad de Nueva York interpretan una obra de George Balanchine, un coreógrafo ruso emigrado, que fundó la Escuela Americana de Ballet, en la ciudad de Nueva York. Arriba: Un autobús panorámico pasa frente al Teatro Apolo por la intersección denominada Plaza Africa, para dirigirse al barrio de Harlem en Nueva York.


SEATTLE

ENTRADA AL NOROESTE, EN SEATTLE

por Charles Johnson



Charles Johnson, Doctor en Filosofía y profesor de la Universidad de Washington, recibió el galardón National Endowment of the Arts y la beca Guggenheim. En 1990 recibió el Premio Nacional del Libro por *Middle Passage* (Pasaje central). En 1998, el doctor Johnson fue becario de MacArthur y en 2002 recibió el Premio de Literatura de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras.

En 1976 fui contratado como docente en la Universidad de Washington y conduje hasta Seattle desde Long Island, donde fui estudiante para lograr el Doctorado en Filosofía, en la Universidad Estatal de Nueva York, en Stony Brook. Sin embargo, antes de partir a una región del país que desconocía en su totalidad (nunca había estado en el occidente de Mississippi), le mencioné a mi amigo y mentor, el novelista John Gardner, que mi esposa, mi hijo recién nacido y yo nos mudaríamos al noroeste del Pacífico. Recuerdo que hizo una pausa, apartó de sus ojos su cabello de color vainilla con el corte del Príncipe Valiente y su mirada se tornó como si repentinamente se hubiera esbozado una imagen agradable de su mente. A continuación dijo: "Si mi hija alguna vez se casa con un hombre de raza negra, lo primero que haría es pedirle que se mude a Seattle".

Aunque conozco la intensidad del amor de Gardner por sus hijos, en ese momento no pude descifrar su significado. Sin embargo, el primer día que llegué a esta ciudad, comencé a vislumbrar lo que quería decir. Estaba poblado de todo tipo de estadounidenses que pudiera imaginar: indígenas estadounidenses, blancos descendientes de escandinavos y alemanes, chinos y japoneses, senegaleses y eritreos, hindúes, sijistas y judíos, homosexuales y lesbianas, y negros cuyas familias se asentaron en este territorio a finales del siglo XIX. Era una ciudad liberal cuya textura y temperamento se asemejaban notablemente a San Francisco (ambas ciudades se construyeron sobre siete colinas, tienen calles empinadas y han sido reducidas a cenizas).

El ex presidente de la Universidad de Washington, William Gerberding, una vez se refirió al Noroeste como "ese pequeño rincón civilizado del mundo", y creo que tenía razón. El "espíritu del lugar" (para utilizar una frase de D. H. Lawrence) es urbanidad o al menos el deseo de parecer cortés ante el público, que dice mucho. La gente de esta región, en especial los artistas, tienden a ser muy independientes y tolerantes. David Guterson, uno de mis ex estudiantes, oriundo del Noroeste y autor de la novela de gran éxito Snow Falling on Cedars (Mientras nieva sobre los cedros) hace poco me dijo que las personas que viajan por primera vez hasta este punto del occidente (tan lejos que si continuasen caerían al océano Pacífico) vienen principalmente para escapar de otras personas. Sus descendientes respetan la experiencia personal y las características culturales y, a la vez, protegen la privacidad. Reconocen la tradición pero no se sienten ligados a ella. Con tal separación física de sus centros culturales de origen en Nueva York, Boston, Washington,



Botes de colores en el lago Union de Seattle. Reverso: La Aguja Espacial es uno de los monumentos de Seattle, que se inauguró oficialmente el primer día de la Feria Mundial de Seattle en abril de 1962.

D.C. (el distanciamiento de estos lugares es tanto físico como mental), no tienden a prestar mucha atención a las modas o las opiniones de otros, sino que van tras sus propias visiones singulares. Pienso en personas como Bruce Lee, Jimi Hendrix, Kurt Cobain, Ray Charles de finales de la década de 1940; el dramaturgo August Wilson; artistas como Jacob Lawrence y George Tsutakawa y escritores como Sherman Alexie, Octavia Butler, Timothy Egan, Theodore Roethke y su estudiante David Wagoner (el asesino en serie Ted Bundy una vez tomó uno de sus talleres de poesía). Jonathan Raban, inmigrante de Inglaterra, captura a la perfección el ambiente de esta ciudad ávida por la literatura:

"Había algo en la disposición del paisaje, las luces y los colores cambiantes de la ciudad. Había algo. Fue difícil lograrlo, pero este algo fue un regalo misterioso que Seattle les obsequió a todos los inmigrantes que se interesaron por verla. Sin importar de donde provengas, Seattle extrañamente se siente como el hogar... Es una ciudad extraordinariamente suave y dócil. Si has ido a Nueva York o Los Ángeles o incluso a Guntersville (Alabama), tuviste que acoplarte a un lugar cuyas exigencias son difíciles y explícitas. Tuviste que aprender las normas escolares. Sin embargo, las personas que han venido a Seattle de alguna manera pudieron fundirse en la imagen de un hogar, acomodando la ciudad alrededor de sí mismos como si fuese muchas almohadas en una cama. Un día despiertas para encontrar cosas tan cómodas y familiares que sin problema podrías creer que naciste aquí".



Arriba: En el Museo Burke de Seattle, una réplica de la columna tótem Haida atrae a los visitantes.
Abajo: El viaducto Alaskan Way de dos pisos conecta el muelle y el centro de Seattle.







Arriba a la izquierda: El majestuoso monte Rainier se alza por encima de las aguas del estrecho de Puget. Arriba: Los montes Olympic son el escenario de uno de los transbordadores del estado de Washington que emerge de un banco de niebla cerca de la isla Bainbridge. Arriba: Espectadores de ballenas cerca del Parque Estatal Lime Kiln en la isla San Juan, Washington, divisan tres orcas que salen a la superficie.

En otras palabras, este es un ambiente ideal para desarrollar la innovación, el individualismo y el espíritu creativo. (Estas palabras probablemente estén en alguna parte de la misión de Microsoft, que en 1997 me envió por dos semanas a Tailandia para escribir sobre "La percepción asiática de la belleza" y cuyo campus solo queda a 25 minutos en automóvil de mi casa). Tan solo al otro lado de nuestras ventanas encontramos un escenario idílico y majestuoso que eclipsa todos nuestros escritos sobre él y que ha vivido antes y vivirá después por mucho tiempo. Las montañas se elevan a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar. Hay bosques espléndidos, empapados por la lluvia, tierras desérticas sin árboles, lagos glaciales, cerca de 3.000 especies de plantas nativas y cientos de islas en el estrecho de Puget: un paisaje envolvente, espléndido y prolífico plasmado en un enorme lienzo, un paisaje que a los artistas nos gustaría plasmar en nuestros lienzos pequeños. De esta manera, siempre me ha parecido adecuado que el Sea-Tac fuese uno de los primeros aeropuertos de Estados Unidos en destinar un salón específicamente para la meditación. (Después de viajar a través del estrecho de Puget o de visitar el muelle de la plaza Pioneer, necesitas sentarte en silencio por un momento y degustar la encantadora conmoción de tanta belleza).

La diversidad geográfica del noroeste del Pacífico, su sobrecogedora magnitud y nuestro rincón liliputiense bajo la sombra de un monumento colosal como Beacon Rock en el río Columbia o el majestuoso monte Rainier somete el ego de cualquier persona de la forma más provechosa. Me lleva a pensar en mi lugar de origen como uno de las innumerables criaturas de una gran mancomunidad de seres que incluye el lince canadiense, el gato montés, el lagópodo coliblanco y la codorniz. Nunca deja de aplacar mi sentido de autosuficiencia. Me lleva con facilidad a un sentimiento de admiración y respeto por este mundo inmensamente rico y de misterios inherentes en el que por fortuna me encuentro.

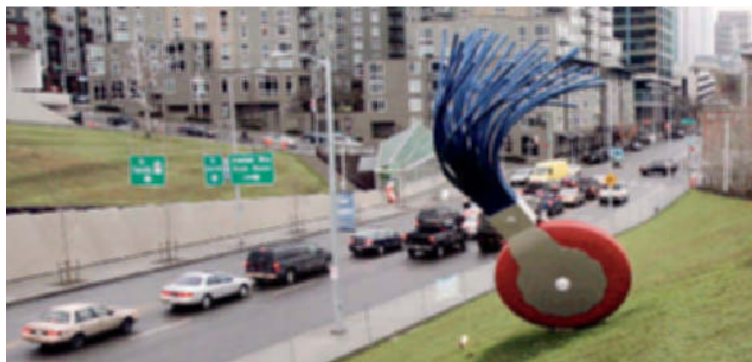


Los viajeros disfrutan de un escenario moderno en el aeropuerto Sea-Tac (Seattle-Tacoma) de Seattle.



Si te detienes, por ejemplo, en la isla Orcas, podrás ver ballenas saltando en medio de las olas esmeraldinas, y el aire circundante de las islas es tan diáfano, tan limpio que con cada respiración sientes una especie de bendición. Esta experiencia en el Noroeste me ayuda a contemplar largamente los problemas efímeros de la vida. ¿Necesito agregar esto a la oportunidad de apartarme del ritmo frenético y las preocupaciones de la vida de la ciudad siempre que uno desee un estímulo del arte, la filosofía y la contemplación espiritual? Todas estas actividades introspectivas son enriquecidas por la atmósfera de niebla y meditación evocada por la característica más mencionada sobre el Noroeste, la lluvia, así como por el aire de la noche húmeda que motiva el brillo de una partes de la geografía y la bruma, el efecto de esfumado de otras partes, desde noviembre hasta febrero, en una atmósfera que es la expresión perfecta del ambiente perturbador e interno de la imaginación creativa. Cuando niño crecí en Illinois y paleé nieve. Aquí, se podría decir, que paleamos lluvia, pero con un clima como éste es fácil quedarse adentro, leyendo y escribiendo hasta la primavera.

Arriba: Barrio tranquilo de Seattle. Abajo a la izquierda: En el Parque Olímpico de la Escultura de Seattle, la escultura “Typewriter Eraser, Scale X” (Borrador de máquina de escribir, escala X) de casi 6 metros de altura, creada por los artistas Oldenburg y van Bruggen aparece a la vista del tránsito en circulación.
Abajo a la derecha: “Thunderbird Mask and Regalia” (Máscara y atuendos del Pájaro Trueno) es parte del arte nativo de la costa noroccidental de Estados Unidos y se exhibe en el Museo de Arte de Seattle.

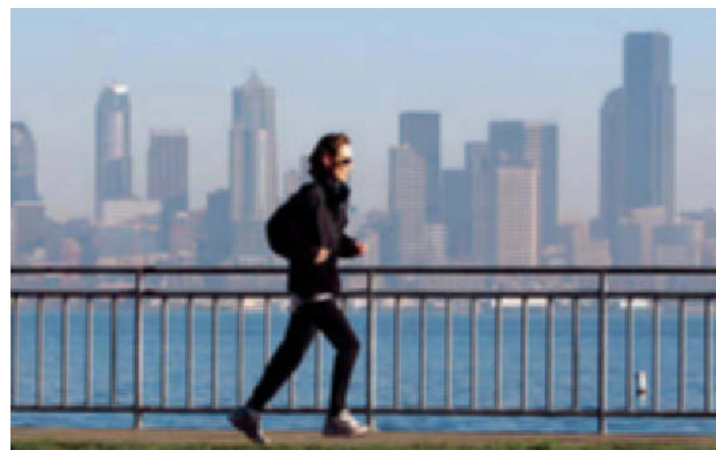




Como inmigrante de Seattle, al igual Raban, y practicante del budismo, aún después de vivir aquí durante más de la mitad de mi vida, no doy por sentado el don de esta belleza ni del espacio para expandir mi espíritu y mi cuerpo. No lo digo metafóricamente. Enseñé kung-fu durante 10 años en el Centro Comunitario de Phinney, y compartí este espacio con clases de yoga, y alguna vez entre nuestros estudiantes había un científico, un arquitecto, un profesor de la Universidad de Washington y un monje Zen. Mi esposa, Joan, nació y se crio en la parte sur de Chicago, en un complejo de viviendas subvencionadas llamado Altgeld Gardens, en ocasiones violento; afortunadamente crie mis hijos allí. Con toda justicia pueden llamar hogar a este sitio, descrito con exactitud como una "ciudad de vecindarios". Hace dos años en Capitol Hill, nuestra hija, Elisheba, artista conceptual, abrió la galería y café Faire, donde se presentan programas de jazz y, en ocasiones, noches de poesía pregrabada o en vivo, así como exhibiciones de arte y actos de comedia realizados por el talento joven del sector. Faire es donde paso el tiempo en estos días, impartiendo mis clases y reuniéndome en citas en medio de una atmósfera vibrante (heterosexuales y homosexuales, estudiantes y góticos) que me recuerda la vitalidad creativa y despreocupada de Berkeley a finales de la década de 1960.

Porque Seattle, sin importar qué más sea, parece un lugar donde prosperan los jóvenes, solteros, iconoclastas y de mente abierta. Recuerdo las palabras de Gardner tres décadas atrás e imagino que habría dado este mismo consejo hoy. El reverendo Samuel McKinney, quien fuera pastor de la iglesia bautista Monte de Sion, la iglesia afroestadounidense más grande de la región, fue compañero de clase de Martin Luther King Jr en el Colegio Universitario Morehouse y lo invitó a Seattle en 1961. El 12 de marzo de 2007, el condado King (donde vivo) cambió su logotipo oficial de una corona imperial a una imagen del gran líder de los derechos humanos; así Martin Luther King se une al jefe Sealth (Seattle), que representa a la ciudad, y a George Washington, ícono del sello estatal.

Si viviese en nuestros tiempos, King no podría describir el noroeste del Pacífico como la Tierra Prometida, pero creo que se sentiría complacido de ver cómo los ciudadanos de Seattle, por muy imperfectos que podamos ser, nos esforzamos por cumplir su sueño de una "comunidad amada" en una ciudad que se posa al borde del extremo occidental del país.







Arriba: Persona trota ante el panorama urbano del centro de Seattle. Medio a la derecha: Compradores frecuentes del famoso mercado Pike Place. Abajo: Compradores exigentes seleccionan entre un surtido de frutas y vegetales frescos en el mercado Pike Place.

WASHINGTON, DC



LA CIUDAD CAPITAL, SEGÚN UN ESCRITOR

por Thomas Mallon



Thomas Mallon's es autor de siete novelas, entre ellas "Henry and Clara", "Bandbox" y "Fellow Travelers". También es autor de libros sobre diarios, plagio literario y cartas. Sus trabajos se publican en las revistas The New Yorker, The Atlantic Monthly, The New York Times Book Review y otros periódicos y revistas. Thomas Mallon es actualmente director del programa de literatura creativa en la George Washington Unversity Review.

A los escritores estadounidenses tienen un larga, aunque intermitente, historia de "trabajar para el gobierno" por algún tiempo. Franklin Pierce, el no muy afortunado decimocuarto presidente, nombró a su amigo Nathaniel Hawthorne cónsul de Estados Unidos en Liverpool, en recompensa por haber escrito la biografía para la campaña presidencial de Hawthorne. El poeta Archibald MacLeish fue bibliotecario del Congreso en la época del "New Deal" y la Segunda Guerra Mundial, y Arthur M. Schlesinger Jr. pasó de Harvard a la Casa Blanca, donde fue consejero de John F. Kennedy.

Mi trabajo no me ha llevado a tan altas altas esferas como las que frecuentaron estos caballeros, pero como escritor que vive en la ciudad-empresa que es Washington, puedo decir que me sorprendió grandemente cuando, durante un período de tiempo relativamente corto, me encontré trabajando para esa empresa. Durante mi breve paso, como vicepresidente de la Fundación Nacional para las Humanidades (National Endowment for the Humanities (NEH)), me dirigía todos los días por la mañana al edificio en 1100 Pennsylvania Avenue, la antigua estafeta de correos de Washington, construida en la década de 1890 y actualmente sede de la NEH y la Fundación Nacional para las Artes (National Endowment for the Arts).

La vieja estafeta de correos es un imponente edificio, con gruesos arcos de estilo románico y una y torre con reloj del mismo estilo, que se puede ver desde la orilla opuesta del Potomac. Me temo que me gustaba más el edificio que mi trabajo, e incluso ahora, de vez en cuando echo de menos mi oficina, en el quinto piso, de estilo Reina Victoria tardío. El revestimiento de madera de las paredes hasta la mitad de su altura, una antigua ventana con cristales esmerilados, los pesados pomos de latón que decoraban las puertas, y una gran bandera detrás del escritorio, prestaban un tono operático a mis nunca terriblemente apremiantes responsabilidades. Estuve allí poco más de un año, lo suficiente para enterarme de que el primer ocupante de esta enorme oficina fue el superintendente del incremento de tasas del Servicio de Correos de Estados Unidos ,durante la presidencia de William McKinley. Según tengo entendido, iba a casa todas las noches, igual que yo, a trabajar en su novela.

Washington ha sido para mi, no tanto la escena del trabajo cotidiano, como un parque temático para la imaginación. Varias de mis novelas se desarrollan en las calles de la ciudad y a través de su historia, que es siempre un asunto local y un asunto nacional. El asesinato de Abraham Lincoln fue una catástrofe nacional, pero también lo fue personal para el comandante



El Capitolio de Estados Unidos, en Washington D.C. tiene un domo central y una rotonda con dos alas. Enfrente: La Casa Blanca ha sido en Estados Unidos la residencia de 42 presidentes y sus familias.

Henry Rathbone y la señorita Clara Harris, los novios comprometidos que compartían el palco del Teatro Ford con el presidente y Mary Lincoln el 14 de abril de 1865. La presencia de Henry y Clara en el lugar del asesinato ensombreció toda su vida de casados, que terminó en 1883 con otro asesinato, el de Clara a manos de su marido. Durante la mayor parte de sus desdichados años juntos, vivieron en Lafayette Square, cerca de donde, a finales del siglo XIX, también residieron Henry Adams, uno de los observadores más mordaces de la ciudad, y John Hay, otro literato que trabajó intermitentemente en el gobierno, en una ocasión como secretario personal de Lincoln y, mucho más tarde, secretario de Estado de Theodore Roosevelt.

Todos los años, mi pareja y yo celebramos la cena de Navidad en el Hay-Adams Hotel, construido a finales de la década de 1920, en el lugar que ocuparon las casas de estos dos personajes. De camino al hotel y después de la cena, solemos acercarnos a ver el árbol de Navidad en el jardín de la Casa Blanca, mansión asentada en el centro de la ciudad, del mismo modo que solía asentarse la casa del dueño de la fábrica sobre una colina en otras ciudades-empresa. En algún momento durante el paseo, me detengo a contemplar el lugar en el que se levantaba la vieja casa de los Rathbones, y pienso en esas dos sombrías vidas que he tratado de reconstruir en una de mis novelas hace cerca de 15 años.

Solo 10 manzanas — a duras penas suficiente distancia para digerir una cena de Navidad — separan Lafayette Square del lugar donde resido en Foggy Bottom. Mi casa está en el "distrito histórico", parcela en la que se levantan pequeñas viviendas construidas en la década de 1890, cuando los almacenes, las obras del gas y las cervecerías ocupaban las zonas circundantes. Ahora, las casas casi desaparecen al lado de los edificios de apartamentos, dependencias universitarias y el Centro de Artes Escénicas John F. Kennedy,



Arriba: La luna llena ilumina a tres lugares importantes en Washington DC. Al frente está el Monumento a Lincoln, al centro el Monumento a Washington y al fondo el Capitolio de Estados Unidos. Abajo: Una vista aérea muestra el Monumento a Lincoln y el parque que lo rodea.



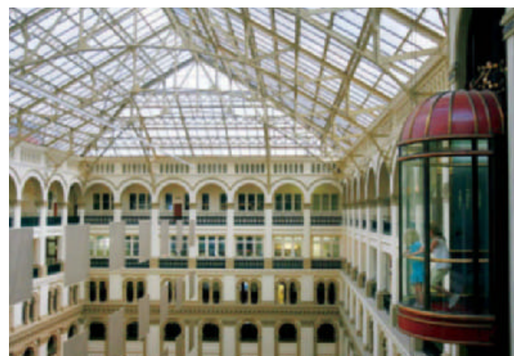
que resplandece de noche con la misma luz blanca que baña el Lincoln Memorial, a corta distancia.

El más inverosímil edificio, y superviviente, en Foggy Bottom, es el antiguo Observatorio de la Marina de Estados Unidos., infausto proyecto del presidente John Quincy Adams, erigido en los insalubres bancos pantanosos del río Potomac, envueltos en la bruma, en los años de 1840. Dedicarse a la astronomía en aquel lugar era lo mismo que cultivar orquídeas en el Ártico o esculpir figuras de nieve en las orillas del Amazonas: los astrónomos con frecuencia tenían que irse a casa temprano porque sus telescopios no podían traspasar la niebla. Y gracias a los mosquitos, que medraban en el río, caían víctimas de la malaria con más frecuencia que el resto de los washingtonianos. Y, sin embargo, el verano de 1877, los astrónomos consiguieron hacer el sensacional descubrimiento de que Marte tiene dos lunas.

A este gran descubrimiento contribuyó el uso por el Conservatorio de "ordenadores" — mujeres encargadas de hacer los cálculos matemáticos y librar así a los astrónomos de lo que hubiera sido para ellos una pesada carga. Fue a uno de esos ordenadores, o al menos, a una representación ficticia de ellos, al que decidí llamar Cynthia May — principal personaje de una novela mía titulada Two Moons (Dos lunas). Me imaginé a Cynthia como una muier que vivía en una pensión en la calle F, y sobrevivía a duras penas, como parte del nuevo ejército de empleados que después de la Guerra de Secesión vino a engrosar las filas del gobierno y el censo de Washington— de hecho, en cantidad suficiente para hacer que Washington pareciera una verdadera ciudad por primera vez.

Después de este descubrimiento, los washingtonianos acudieron en tropel al Observatorio para ver las lunas de Marte, espectáculo que ofrecía un alivio celeste a las usualmente brutales temperaturas veraniegas. Abraham Lincoln había buscado un consuelo cósmico más profundo cuando visitó la cúpula del Observatorio para ver la estrella Arturo, un mes después de







Tope izquierda: La tecnología interactiva permite explorar tesoros históricos, como estos niños en una exposición en la Biblioteca del Congreso. Tope: El edificio del Old Post, el antiguo correo de Washington D.C., fue salvado de la demolición por un grupo dedicado a la preservación. Centro: Los niños miran por las ventanas del elevador luego de visitar la torre del reloj en el edificio del Old Post. Arriba: Una escultura clásica con columnas adorna el frontón del edificio del Capitolio de Estados Unidos.

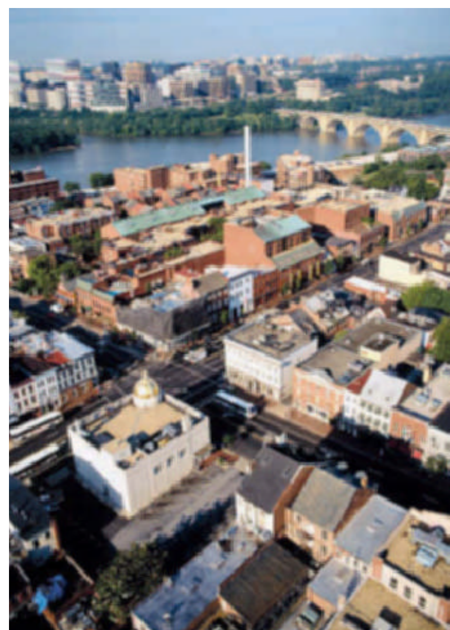


la matanza de Gettysburg, y yo mismo todavía puedo ver la cúpula (ahora, sin telescopios) bajo los rayos del sol, cuando paseo en bicicleta por la orilla del Potomac del lado de Virginia, para hacer trabajar a mis pulmones. Los vecinos de Washington ya no tienen que temer a la malaria, pero el asma es frecuente aquí, y a mi me hace sufrir lo suficiente para sentirme más nativo que trasplantado. Una alta incidencia de esta afección puede ser el precio que pagamos por una ciudad espectacularmente floral; al llegar abril, cuando florecen los cerezos, hay más turistas que cabilderos.

Sin habérmelo propuesto, he escrito una tetralogía ficticia de Washington, algunos de cuyos locales son visibles, o casi visibles, desde mi propio jardín. Si usted sale del Observatorio y cruza la calle 23, llega al Departamento de Estado, más o menos lo que yo hice cuando terminé Two Moons y empecé a escribir Fellow Travelers, novela que se desarrolla en ese mundo del gobierno durante la década de 1950. Mi actual preocupación — los sinuosos edificios del complejo de Watergate— se pueden ver desde la ventana de mi estudio. Ya en 1972, las oficinas del Comité Democrático Nacional fueron objeto de allanamiento y el resto, como se suele decir, es historia, en este caso ficción histórica.

La ondulante fachada de los edificios , en un tiempo ultramoderna, aparece ahora ligeramente desconchada y anticuada, de igual modo que en la actual era digital, las cintas magnéticas, meollo del escándalo de Watergate, nos parecen ahora tan raras como el pergamino. Pero los edificios siguen siendo, como el Capitolio y el monumento a Washington, centro de atención de los turistas. A veces, se puede ver a turistas posando ante ellos para fotografiarse con los brazos en alto, haciendo con las manos el gesto de la victoria del presidente Nixon. Los vecinos de Foggy Bottom suelen ir al Watergate a hacer compras en el supermercado o la farmacia de la planta baja; pero aparte de eso, no le prestan más atención que los neoyorquinos a la estatua de la Libertad o al edificio del Empire State.

Yo mismo tengo algo de neoyorquino. Todos los meses paso unos pocos días en un apartamento que tengo en lo que, incluso ahora, llamo "la ciudad", un mundo urbano totalmente distinto — comprimido y desprovisto de



Tope izquierda: A fines de la década de 1940 el edificio Harry S. Truman se convirtió en sede del Departamento de Estado de Estados Unidos. Arriba: Una vista aérea de la ribera de Georgetown muestra la diversa arquitectura en esa antigua zona de Washington D.C.



El local Ben's Chili Bowl tiene fama mundial y es un lugar obligado para comer para los visitantes que llegan a Washington.





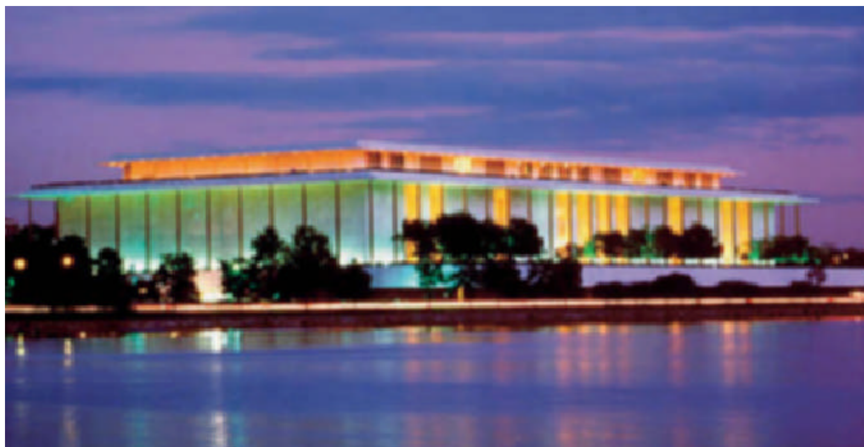
árboles— del que tenemos en Washington. En Manhattan, los novelistas son tan comunes como los camareros aspirantes a actores; en Washington, somos ligeramente exóticos. Aquí, si le presentan a usted como escritor, supondrán que es comentarista político.

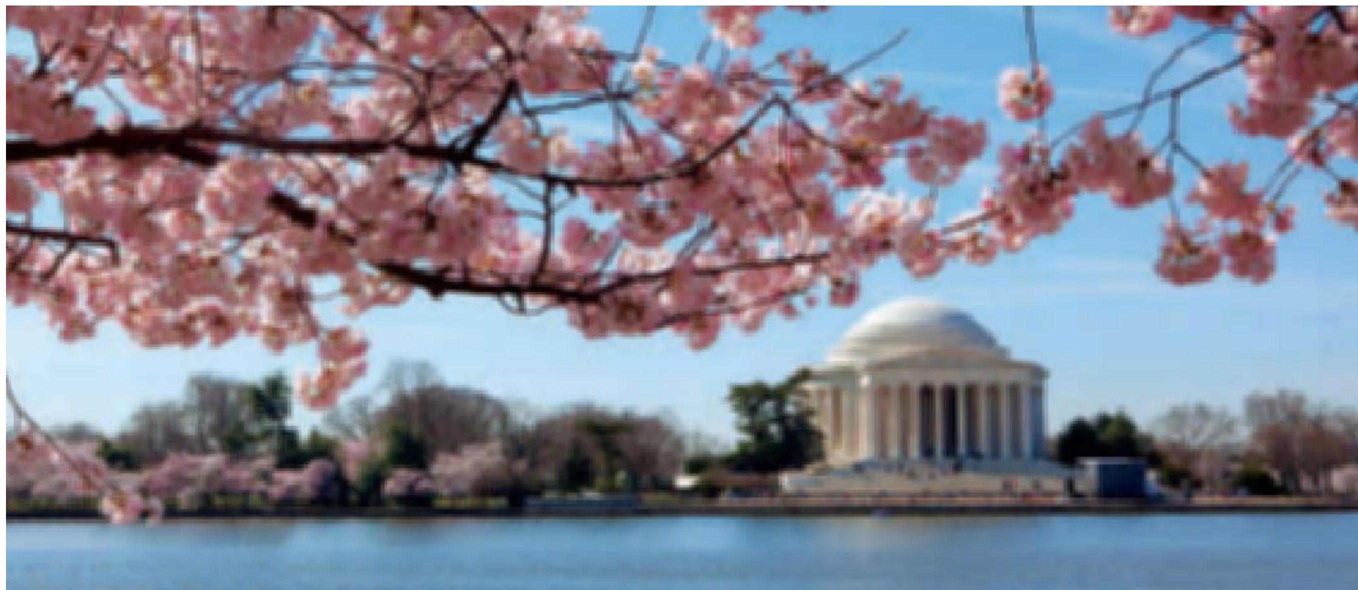
Las dos ciudades son distintas en múltiples aspectos, importantes unos e insignificantes otros. En Nueva York, los hoteles se han trasformado con frecuencia en apartamentos, mientras que en Washington, el cambio más frecuente suele ser a la inversa. Una persona que llega a Manhattan por avión, lo ve surgir del cerco de suburbios edificados en terrenos bajos como un asombroso Everest, pero a Washington se llega como al terreno de juego de un estadio. Con sus edificios de poca altura, la capital está quedando empequeñecida por los condominios de sus afueras y alrededores. El aeropuerto Reagan National está muy cerca del centro de la ciudad, pero aun así, está en el estado de Virginia. Washington puede ser el centro de gobierno del país y "la capital del mundo libre", pero apenas alcanza a figurar en la lista de las principales ciudades de Estados Unidos. Por volumen de población ocupa el 27º lugar, justo por delante de Las Vegas (otra ciudad-empresa).

La crítica retórica de Washington está siempre de moda. John F. Kennedy se burló de su "eficacia sureña y encanto norteño", sarcasmo que se hizo famoso, y los políticos contemporáneos no se olvidan de recordar a los



Tope izquierda: El edificio administrativo de la Institución Smithsoniana, conocido como "El Castillo" está en el Paseo Nacional de Washington. Tope arriba: El Museo de Historia Natural, uno de los lugares más populares del Smithsonian, festejó sus 100 años en 2004. Arriba: El espaciosos Museo Nacional del Aire y el Espacio tiene muchos aviones y aparatos espaciales históricos. Abajo: El Centro de Artes Escénicas John F. Kennedy, que en la imagen brilla en el atardecer, presenta obras de ballet y teatro, programas culturales y acontecimientos especiales.





electores que ansían ir "más allá del Beltway", donde, según el sentir popular, las ideas son más claras y los valores más sólidos. Pero los residentes de la ciudad, acostumbrados a ver el continuo trasiego de presidentes y dirigentes parlamentarios, se sienten generalmente satisfechos de su ciudad. El gobierno del Distrito de Columbia los últimos años ha ido perdiendo su fama de corrupto, y las secuelas de los disturbios de 1968, a raíz del asesinato de Martin Luther King, en su mayor parte no han dejado rastros visibles en la ciudad. Incluso en plena recesión, el panorama de la ciudad está festoneado de grúas de la construcción.

El tramo de la avenida Pennsylvania que pasa por delante de la Casa Blanca ha estado cerrado al tráfico rodado incluso antes del 11 de septiembre, y el tráfico, ya de por sí desquiciado, en una ciudad de calles paralelas interceptadas por diagonales y círculos, nunca se ha recuperado. No obstante, la vía peatonal que ahora bordea la Casa Blanca ha hecho que ese edificio parezca estar más cerca de lo que solía estar. Cuando los turistas vienen a Washington, les gusta ver no solo la Casa Blanca, sino también las oficinas de sus senadores y representantes, ya que cada uno de esos lugares es una especie de pied à terre. Los ciudadanos que viajan a Washington pueden afirmar, como se dice de Nueva York: "está bien para visitarlo, pero no me gustaría vivir allí", y sin embargo, lo dicen con cierto orgullo, al saber que, por poderes democráticos — gracias a la Constitution — viven aquí.



Tope: Las flores del cerezo adornan los alrededores del Monumento a Jefferson en Washington, donde mucha gente pasea en bote durante la primavera. Arriba: Como parte del Recordatorio del Dia del Padre, cada junio al año, un hombre coloca rosas en el Monumento a los Veteranos del Vietnam, en honor de los padres que murieron en servicio durante las guerras en Vietnam y en Iraq.

DEPARTAMENTO DE ESTADO DE ESTADOS UNIDOS
Oficina de Programas de Información Internacional
2010
http://www.america.gov/publications/books.html

Créditos de las fotos, en inglés:

All photographs are credited © AP Images with exception of the following:

Front & back cover: © Fotosearch. Page 2 top: © Derek Shapton. 3 left & center left: © 2000-2010 PhotoSpin, Inc., center right: Kenny Braun/TxDOT, right: © 2010 Thinkstock. 4 left: Memphis Image Library, center left & center right: © 2010 Thinkstock. 5 both: © 2010 Thinkstock. 8 left: © 2010 Thinkstock. 9 left: © Franz-Marc Frei/CORBIS. 13 top (close-up): © Marie Arana. 15 center: Baltimore Area Convention and Visitors Association. 16 top: © 2010 Thinkstock, bottom: Baltimore Area Convention and Visitors Association. 17 all: Baltimore Area Convention and Visitors Association. 18: © 2000-2010 PhotoSpin, Inc. 19 top (close-up): © Tina Klein. 20 top: © 2010 Thinkstock, bottom: Greater Boston Convention and Visitors Center. 22 left: © Amanda Hall/Robert Harding World Imagery/Corbis. 24: © 2000-2010 PhotoSpin, Inc. 25 top (close-up): © Jon Randolph, bottom: © 2000-2010 PhotoSpin, Inc. 26 bottom: © 2000-2010 PhotoSpin, Inc. 27 top: © 2000-2010 PhotoSpin, Inc. 30: Kenny Braun/TxDOT. 31 top (close-up): © Kellye Sanford. 32 bottom: © 2010 Thinkstock. 36: © 2010 Thinkstock. 37 top (close-up): Courtesy of Blake Little Photography. 38 bottom: © Robert Landau/Corbis. 40 top: © David Peevers/Lonely Planet, bottom: © 2010 Thinkstock. 41 top right: © 2010 Thinkstock, bottom: © Lee Foster/Lonely Planet. 43 top: © David Peevers/Lonely Planet, center: © Jerry Alexander/Lonely Planet. 44: Memphis Image Library. 45 top (close-up): © Sabrina Jones, bottom: Memphis Image Library. 46 top: © 2010 Thinkstock, bottom: Memphis Image Library. 47 top left, top right & bottom right: Memphis Image Library. 48 top both: Memphis Image Library, bottom: © Lee Foster/Lonely Planet. 50: © 2010 Thinkstock. 51 top (close-up): © Jim Virga. 52 top: © 2000-2010 PhotoSpin, Inc. 53 top: © 2010 Thinkstock. 54 top: © 2010 Thinkstock. 55 top left: © Getty Images. 56 center: © Getty Images. 58: © 2010 Thinkstock. 59 top (close-up): Fred R. Conrad/The New York Times/Redux. 60 both: © 2010 Thinkstock. 61 top right & bottom left: © 2010 Thinkstock, bottom right: Courtesy of New Orleans Convention and Visitors Bureau, Jack Edwards. 63 bottom: Courtesy of New Orleans Convention and Visitors Bureau, Richard Nowitz. 65 bottom: © 2000-2010 PhotoSpin, Inc. 72: © 2010 Thinkstock. 73 top (close-up): © Mary Randlett, bottom: © 2010 Thinkstock. 75 bottom right: © Atlantide Phototravel/Corbis. 76 top: © 2010 Thinkstock. 77 bottom right: © Peter Ptschelinzew/Lonely Planet. 78: © 2010 Thinkstock. 79 top (close-up): © William Bodenschatz, bottom: © 2010 Thinkstock. 80 bottom: Destination DC/Jason Hawkes. 81 bottom: © 2010 Thinkstock. 82 top right: Destination DC/Jason Hawkes. 83 bottom: Destination DC/Carol Pratt.

Director ejecutivo: Michael Jay Friedman
Directora editorial: Mary Chunko
Editora gerente: Chandley McDonald
Dirección de diseño: Min-Chih Yao
Editores contribuyentes: Anthony Crews
Michael J. Bandler
Investigación fotográfica: Ann Monroe Jacobs



Oficina de Programas de Información Internacional
DEPARTAMENTO DE ESTADO DE ESTADOS UNIDOS
http://www.america.gov/publications/books.html